FELIPE BENÍTEZ REYES

LA GENTE

NOVELA

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

Índice

Cubierta

Anteportada

Portada

Prólogo. Miguel Rancés Olivares y su gestión de las vidas ajenas

LA GENTE

Apéndices

1. Nota y envío
2. Tres poemas de Miguel Rancés Olivares publicados en la revista *Los lamentos de Apolo*
3. Colofón

Créditos

La gente

Antonio Benavides, *Retrato de Miguel Rancés Olivares*.
Óleo sobre lienzo. (Colección particular).

Felipe Benítez Reyes

LA GENTE

NOVELA

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

Prólogo

Miguel Rancés Olivares y su gestión de las vidas ajenas

En mi condición de lector asiduo y de aficionado a la escritura artística, les confieso que no existe un recurso narrativo que me resulte más ineficiente y fullero que el del «manuscrito encontrado», al considerarlo una fórmula casi infalible para que el lector entre con mal pie en una ficción… o para que sencillamente no entre: el ingreso en ella se convierte a menudo en una puerta de fuga. Tal vez, no sé, porque si dejamos al margen esas invenciones de libre fantasía en que los dragones tricéfalos o los viajes al centro de la Tierra se rebajan a ser factores ordinarios, es una mala estrategia la de procurar que alguien asienta al desarrollo de una irrealidad a partir de un dato inverosímil.

Al fin y al cabo, no es frecuente que la gente vaya por la vida encontrándose manuscritos, y menos aún que se trate de hallazgos dignos de ser mostrados al mundo para su asombro y disfrute, de modo que se impone una sospecha razonable: que todo se reduzca a una mixtificación, a una burla frívola a los posibles lectores, poco pacientes con respecto a la frivolidad de los autores, a quienes suele exigirse no diré que solemnidad, en la que toda voz se engola, pero sí un mínimo de seriedad y decoro en los presupuestos imaginativos que se disponga a aplicar a su tarea.

A estas alturas de la historia literaria, en que tan manoseados

están todos los artificios tanto de estilo como de ideación, esos manuscritos de origen más o menos misterioso que el autor dice haber encontrado de manera casual o providencial tienen a mi entender, en fin, muy poco crédito como elemento táctico para establecer entre un autor y un lector un pacto de credulidad, que tan frágil acostumbra ser.

Pero, comoquiera que la deriva de la realidad suele distraerse en llevar la contraria no sólo a nuestros prejuicios más asentados, sino también a nuestras previsiones más insignificantes, el caso es que encontré el manuscrito de las páginas que siguen entre los papeles de mi tío abuelo Miguel Rancés Olivares, abogado de profesión, ya que no de vocación, pues nunca le gustó su oficio, y que murió soltero y de repente mientras daba cuerda a un reloj de pared de la marca Velona.

Cuando desmontamos su casa para aligerarla de esos enseres que, según él, mueren a la vez que su poseedor, encontré una carpeta de legajos que, entre otros papeles de índole diversa, contenía las páginas que siguen, escritas con su caligrafía de reminiscencias entre arábigas y barrocas, con trazos sinuosos y espigados.

En la hoja que hacía las veces de portada había cuatro opciones para titular el conjunto, a saber:

La gestión de lo invisible
La gente
Personajes secundarios
Los afanes

Al asumir la responsabilidad de dar esos escritos a la estampa, elegí el segundo, por ser el que él tenía subrayado con lápiz rojo y marcado además con una equis en el margen derecho, aunque yo hubiese preferido el de *Los afanes*: ¿la existencia como una sucesión desordenada de anhelos que tienden a incumplirse?

Aparte de eso, anotó, indicando que eran tales, dos opciones para el subtítulo:

Una novela en estampas
Mural de los espectros

El primero de ellos estaba descartado con una tachadura.

A la hora de mecanografiarlo, respeté el orden en que encontré el original, aunque con la certeza casi absoluta de que se trataba de un orden aleatorio. No creo que sea un factor determinante: la propia secuencia narrativa de *La gente* resulta en esencia aleatoria.

En cuanto a Miguel Rancés Olivares, no hay mucho que contar que exija ser contado: nació aquí en el pueblo en 1918 y murió en su casa natal en 1985. Entre una fecha y otra, poco más que una existencia sutilmente afantasmada… al menos para mí, y parece ser que también para muchos de quienes lo trataron.

Las fotografías nos presentan a un niño vestido con ropa andrógina de encaje, a un joven atildado a la manera convencional de la época, a un adulto sin ningún relieve especial en su aspecto ni en sus rasgos y a un anciano un tanto aniñado que se daba un aire al Truman Capote de sus postrimerías, que fue como lo conocí y como lo recuerdo, desprendiendo él ya ese frío que, según Balzac, esparcen los viejos a su alrededor; sentado en su despacho de pavorosos muebles retrorrenacentistas y fumando con parsimonia sus cigarrillos Dunhill, entretenido en el mantenimiento de su colección de relojes de pared y releyendo metódicamente, en ciclos más o menos anuales, a Cervantes, a Dickens y a Galdós, a quienes tenía en el altar mayor de sus devociones. Al margen de los títulos que firmaron los encumbrados en ese podio, gustaba de la obra de Marcel Proust –imagino que para sentirse mundano–, de la de Chesterton –supongo que para disfrutar de una inteligencia lúdica en alianza con las tenebrosidades de lo paranormal, Dios incluido–, de la de Paul Verlaine –tal vez para alimentar su nostalgia burguesa de una bohemia tormentosa– y de la de Pierre Loti –calculo que para pasearse con la imaginación por países exóticos, ya que, aparte de sus años de estudiante de Derecho en Sevilla, apenas salió del pueblo.

Era de poco hablar, aunque me dicen que frecuentaba las tertulias del casino con la flema propia de los melancólicos, que casi siempre callan menos por prudencia que por desgana.

Nadie de la familia le sospechaba unas veleidades literarias que fuesen más allá de sus lecturas, y de ahí la sorpresa ante el

hallazgo de este manuscrito, que puede ser considerado no tanto unas memorias suyas como una memoria reconstruida a través de los otros: más el reflejo de una época y de unas gentes que una introspección.

Por circunstancias y edad, apenas conocí de vista a algunos de los personajes que mi tío abuelo retrata, a veces con un par de trazos. Mis mayores me aseguran que todos ellos son reales, aunque me avisan de que nuestro pariente se permitió algunas licencias en su caracterización y, sobre todo, en la atribución de acciones que no fueron tal cual él las interpreta. Supongo que eso viene a dar igual: si en gran medida somos un ente ilusorio para nosotros mismos, no es de extrañar que para los demás seamos meros ensueños, simples *suposiciones*.

Y es que en los pueblos pequeños se establece una especie de genealogía colectiva: todo el mundo está relacionado con todo el mundo por un vínculo a menudo imprecisable, y ese vínculo tengo la impresión de que se establece y se mantiene gracias al *rumor*, a una narratividad basada más o menos proporcionalmente en las conjeturas infundadas y en los hechos veraces. (También, claro está, en las conjeturas –tan ramificadas a veces, tan contradictorias casi siempre entre sí– en torno a los hechos veraces). Esa novela, en suma, que no escribe nadie y escribimos entre todos. Una novela con un planteamiento azaroso y poliédrico, con un nudo extrañamente estático y con un desenlace abierto y bastante incoherente.

Entre los papeles de mi tío abuelo encontré esta anotación:

> Los pueblos son un gran secreto comunal. No me refiero a la suma de los secretos privados y domésticos, pues, con respecto a eso, allá cada cual con los suyos, sino a los secretos que componen la trama común: lo que sabemos de los demás sin saberlo del todo, o incluso sin saber nada al respecto. Lo que no ha sucedido podemos conocerlo al detalle: la imaginación también *conoce*.

Y, a continuación, esta otra:

> Se supone que nadie tiene derecho a saber demasiado de la

gente y que además no es bueno saber demasiado de la gente. Pero acabas sabiendo, o creyendo que sabes. Y todo el que sabe algo –o cree saberlo– termina contándolo, y ahí se forma el secreto común. El secreto a voces. La pormenorizada hipótesis en torno a lo invisible, a lo improbable o, sobre todo, a lo inexistente. La tesis que no requiere premisa, porque la premisa es la tesis.

> Y es que da la impresión de que la mayoría de la gente se pasa más tiempo especulando sobre la vida de los demás que sobre la propia: cerramos los ojos para mirarnos por dentro, para analizar nuestro pensamiento o nuestro sentir, nuestra memoria o nuestra conciencia –en el caso de que todo eso no forme en realidad un grumo indivisible–, pero de repente ese propósito se desvía y acabamos suponiendo lo que hacen y piensan los otros, los cercanos, a los que convertimos en entes de ficción, en marionetas construidas en el taller de nuestra fantasía.

Guardaba también una libreta con arranques no sé si de novela o de cuento, aunque ninguno de ellos pasa del primer párrafo. Este, por ejemplo:

> A Jaime Estrada le hubiera gustado ser un aventurero libertino e indómito que, entre lance y gesta, escribiese tratados líricos sobre el Himalaya o informes taxonómicos –desarrollados a partir de sus minuciosos cuadernos de campo– sobre las serpientes amazónicas, pero lo más trepidante a que llegó en esta vida fue a la presidencia del Casino Municipal, excepción hecha de sus desvelos profesionales como dueño de Almacenes Estrada, muy surtido de todo tipo de enseres e ingenios, lo que, sin ser poca cosa, no rozaba siquiera las cumbres neblinosas de sus anhelos primordiales.

Y ahí se quedaba, no sé si por desidia o por paralización de su inventiva, o tal vez por ambos inconvenientes.

Como dije, soy lector asiduo y aficionado a escribir –de ahí que mi pariente me designase heredero de su biblioteca–, pero en este caso soy un lector sentimentalmente implicado, de modo que no sé qué valor estrictamente literario tiene esta especie de

mural. Tampoco estoy seguro de que él hubiese aprobado el que se hiciera pública su labor, pues ninguna gestión hizo en vida para que lo fuese, aparte de un par de artículos triviales que dio de joven en la revista local *Brisas* y de algunos poemas que publicó, allá por la década de 1960, en la revista jerezana *Los lamentos de Apolo*.

Sea como sea, sus parientes más próximos decidimos, por encima de otras consideraciones, que el editar estos papeles sería una forma de homenaje, de mantenerlo en el recuerdo de los de su estirpe: una suerte de inmortalidad de ámbito familiar.

Al ser el mundo un gran bazar de curiosidades, no está de más que sus allegados abramos de vez en cuando este libro y nos acordemos de Miguel Rancés Olivares a través de su guiñol de vecinos peculiares, obediente cada cual no tanto al dictamen de su destino –porque hablar de destino implica casi siempre una grandilocuencia– como al de sus azares, tan insignificantes quizá como ellos mismos.

ALBERTO MÁRQUEZ RANCÉS

Rota, verano de 1988

LA GENTE

MURAL DE LOS ESPECTROS

…en el desierto de la multitud…

CHATEAUBRIAND

LA MEMORIA es una habitación cerrada en la que caben un juguete roto y una ciudad entera, los imperios imaginarios que vagan por el aire como arquitecturas inestables de una pesadilla y el aletazo en el vacío de todos nuestros fantasmas, incluido –como principal– el que solemos ser ante nosotros mismos.

La memoria es también como un caleidoscopio. Por eso su fundamento es indeciso y todo gira en ella con el vértigo de un remolino de imágenes que no pueden quedarse quietas y que uno mira con el ansia de quien intenta retener la silueta de un relámpago.

Por su condición tornadiza, por su mecanismo imprevisible, la memoria se parece un poco –ya puestos– a aquel reloj de pared de la casa Junghans que coronaba la vitrina central de la farmacia Hermes y que un día dejó de funcionar durante más de una hora seguida, por mucho que Herminio de la Lastra, el titular del establecimiento, no parase de darle cuerda con terquedad de autómata, y así a lo largo de más de treinta años.

«Este reloj no sé por qué no anda, y eso que es de fabricación alemana puntera», se quejaba ante los clientes, y se encogía de hombros, abrumado por aquel misterio. Y volvía a darle cuerda. Y al poco el reloj volvía a pararse, como si mantuviese con el Tiempo un acompasamiento intermitente.

Una vez en que se lamentaba, en el casino, de su reloj sublevado, Fernán Barroso, que, a pesar de ser secretario del ayuntamiento y cronista oficial de la villa, se empeñaba en sacar punta burlesca a todo, le dijo: «Que se pare un reloj es normal. Lo alarmante es que se pare una máquina de movimiento perpetuo», a lo que Andrés Machuca, profesor de latín, apostilló: «*Perpetuum mobile*».

Cada mañana, nada más abrir, el farmacéutico miraba el reloj, por si durante la noche se había producido el milagro de su reparación espontánea, pero el milagro se resistía, conforme a la condición esquiva de los milagros.

Podría decirse, en suma, que Lastra mantenía con su reloj Junghans ese tipo de relación que se mantiene con un pariente trastornado con el que te ves obligado a convivir: un complicado

punto intermedio entre la resignación y la desesperación.

A menudo, los enfermos que iban a comprar medicinas a la farmacia Hermes se quedaban mirando con sus ojos febriles e impacientes al farmacéutico hasta que terminaba de dar cuerda al reloj embrujado, sin comprender Lastra ni nadie por qué no andaba durante más de una hora seguida, a pesar de tener cuerda de sobra. «¿Y por qué no se compra usted otro reloj?», le preguntaba alguno mientras el farmacéutico descifraba la receta de caligrafía críptica del doctor Figueroa, que escribía como si estuviese en medio de un terremoto. «Si este no anda porque no le da la gana», y aquella era su pugna concreta con el tiempo.

Pero, aparte de ser un reloj que nunca anda bien, la memoria, decía, es un caleidoscopio. ¿Movemos ese caleidoscopio? El farmacéutico condenado a vivir pendiente de un reloj caprichoso está sentado con alguien en la terraza del Bar Central, y pontifica: «Si a usted no le hubieran dicho en el colegio que la Tierra da vueltas alrededor del Sol, usted pensaría que el Sol da vueltas alrededor de la Tierra. O incluso que la Tierra no se mueve, que sería lo lógico. Y yo otro tanto, ¿para qué voy a decirle otra cosa? Porque todos sabemos de eso lo mismo que los salvajes: lo que quieran contarnos los cuentistas del universo», y llama al camarero con la mano. El camarero llega con su bandeja de acero inoxidable, redonda y abollada, arañada y brillantísima, como quien lleva un escudo. Cuando el camarero se para frente a la mesa que ocupan el farmacéutico y su acompañante, en la bandeja se estampa el reflejo violáceo de unos jacarandás movidos por el viento. Durante unos segundos, la bandeja parece una plataforma alucinatoria en la que se manifestaran figuraciones variables: un espejo mágico.

Durante la guerra, Herminio de la Lastra sirvió en el cuerpo sanitario con galones provisionales de alférez. Salvó vidas, al contrario que la persona que, en este momento detenido en el tiempo, está sentada junto a él en la terraza del Central, evaluando el grado de frescura de las gambas: Eligio Rendón, gerente de Seguros La Mundial, tesorero de la cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Caída y, unos años atrás, voluntario en un par de cuadrillas de fusilamiento a cambio de una gratificación en metálico y de un ascenso a cabo furriel.

Ambos congeniaban: cada vez que uno soltaba una nadería o incluso una majadería, el otro abría los ojos con una admiración entre sorpresiva y gozosa, como si su amigo acabase de proclamar que había descubierto un planeta desconocido o la cámara más recóndita de una pirámide.

Eligio Rendón tenía una cicatriz ondulada en la mejilla izquierda porque de niño se estrelló contra una alambrada de espino mientras perseguía a una perdiz en la finca familiar, allá en el pago de Tehigo Alto, donde su abuelo materno practicaba el arte de la halconería. Herminio de la Lastra, por su parte, tenía una cara de rasgos aventureros, por decirlo de algún modo, e incoherentes entre sí, pues mal casaba su nariz gruesa y ganchuda con sus orejas pequeñas y con sus ojos saltones enrarecidos con unas gafas redondas de carey, de cristales como abismos, con las que se diría que podría verse aumentado, como a través de una lupa, el universo.

Hace varios días que rompió el viento de levante, que es fenómeno de mucha bravura cuando le da por desatarse y hace que el pueblo huela a catacumba porque remueve los desagües y da fuelle a los husillos. («Este viento huele a fenicio muerto», según el dictamen de Barroso). Viento que pone a la gente además de mal humor, con mirada de meditadores pesimistas, y que provoca que los perros ladren por nada y menos, que correteen los gatos por las azoteas como luciferes erizados y que las gaviotas parezcan cometas errabundas.

El viento de levante recorre las calles, en fin, como una cabalgata invisible de demencia.

«Ponnos lo mismo». Y el camarero se gira con su bandeja. Y la bandeja es un caleidoscopio.

DESDE SU INAUGURACIÓN en 1928, el Bar Central lucía un espejo publicitario: en su lado derecho, un loro abrazaba con sus alas multicolores una botella de licor. La abrazaba con voracidad y como si guiñase el ojo, como si dijera con el ojo: «La botella es mía». El loro alegre.

Poco antes de la guerra, el llamado Niño Roberto, que tenía prontos de ira cuando se metía en discusiones, estrelló una botella en el espejo, pero el loro siguió abrazando la botella de licor medicinal El Castillo –producto estrella de la destilería local Hnos. Méndez– porque se salvó el pedazo estampado, el que representaba al loro pícaro y bebedor, y los dueños del bar lo reenmarcaron. «Yo pago el estropicio», según asumió con dignidad de matachín el Niño Roberto.

De la rotura de aquel espejo fue corresponsable Ismael López, propietario de Paños y Confecciones Ismael, que calentó al Niño Roberto con una defensa del Gobierno, cosa que el Niño Roberto no podía tolerar.

El loro que abrazaba la botella tenía algo en común con Canito el Suicida, que, en cuanto se tomaba dos vasos matinales en el bar penumbroso de Pelapú, se paseaba por el pueblo con una botella de moscatel en una mano y con un cabo náutico, deshilachado y azulino, en la otra, musitando a cada momento, como una letanía: «Voy camino del jardín», para dar a entender que iba a colgarse de una viga o de un árbol. «Voy camino del jardín», y le ponía a todo el mundo una mirada torva y vengativa, para así hacer ascos ostensibles al mundo, y agitaba la soga.

Miguelete el Cordial, cojo y en su Babia, solía ir detrás de Canito el Suicida desde que Canito intentó una vez ahorcarse de una morera, o de eso presumía. A partir de entonces, casi no se veía al uno sin el otro, formando un tándem de amargura cómica, pues Miguelete el Cordial lo seguía a todas partes como una sombra tullida de ángel de la guarda, señalando al futuro suicida y haciendo como si se atornillara la sien derecha con el dedo índice.

La gente le decía: «Miguelete, que pareces el cirineo de ese

majara», y Miguelete el Cordial hacía como si aquello lo ofendiese, aunque sin duda le agradaba el rango de cirineo, pues de siempre le habían gustado las procesiones, tanto las de penitencia como las de gloria, y raro era el día en que desfilaba una y no marchaba él detrás de la banda de música para permitirse el quimerismo vanaglorioso de dirigir, a brazadas aleatorias y sin compás, el cotarro de los clarinetes, tambores y trombones.

Tanto a Canito como a Miguelete estuvieron a punto de matarlos en la guerra. Por nada en especial. Por mera eugenesia, digamos. O por tendencia natural de ambos –quién sabe de eso– a la desventura.

Por lo demás, quien iba a la capilla del Nazareno a eso del mediodía no se extrañaba de ver allí a Canito y a Miguelete arrodillados, con la cabeza gacha, ante la sagrada imagen, ambos murmurantes y contritos, hablando de sus cosas con la deidad martirizada, a la que cabe suponer que Canito le imploraría la concesión de la fuerza suficiente para consumar su suicidio. O tal vez todo lo contrario: la fuerza para seguir en este mundo, que para él debía de ser algo así como una complicada fantasía en la que nada era del todo lo que era.

LOS DOS CAMAREROS que atendían por aquel entonces el Central parecían los oficiales de un barco a punto de hundirse y llevaban sus chaquetas blancas –aquella botonadura de latón bruñido…– con la pesadumbre propia de unos náufragos.

Ambos habían luchado en la guerra, aunque en bandos distintos, y tenían esa mirada entre alerta y difusa de quienes han visto la muerte de cerca y no se olvidan de haberla visto, esa mirada a la vez perdida y muy fija en un punto concreto que tienen los relojeros, los miniaturistas, los acostumbrados a ver cosas que son un mundo chico y ordenado. (El relojero que escudriña el mecanismo averiado de un reloj para localizarle su mal, el miniaturista que, con los labios apretados, delimita el contorno del lóbulo de la oreja de la joven hierática a la que inmortaliza con un pincel de un solo pelo; el niño que cree ver la pulga acrobática en el circo de pulgas…).

La memoria, podríamos decir, es una forma de ceguera, porque, al fin y al cabo, hay que imaginarse todo, reanimar lo inerte, montar la tragicomedia de un pasado reducido a un tingladillo de guiñol.

La memoria no tiene además cronología: su tiempo gira en espiral, en un circuito esquemático y desvaído, con altas paredes de niebla.

En la memoria de cualquiera de nosotros, aparte de eso, y volviendo a lo de antes, la esfera de un reloj no es más pequeña que la luna.

LA MEMORIA, según decía, es un caleidoscopio.

Ahora, en ese caleidoscopio, Miguel Vallejo le dice a uno de los camareros: «Estas gambas son del viernes», y el camarero, con los ojos un poco perdidos en lo remoto, le contesta que él no sabe de eso, que de eso el dueño. «Del viernes», insiste Vallejo, y Rogelio Villalta huele una gamba, hace un mohín teatral de repugnancia y dice: «Del Viernes Santo».

A Miguel Vallejo, dueño de Ultramarinos Vallejo, se le pueden atribuir al menos dos ejecuciones sumarias, cuando a finales de 1936 se mudó a Jerez de la Frontera para ponerse a las órdenes del comandante Arizón. Por su parte, Rogelio Villalta, dueño de la pastelería La Guinda de Oro, denunció en su día, por lo que se le iba antojando, a quince personas de aquí del pueblo, de las que cinco fueron paseadas y otras tres condenadas a perpetua.

El viento de levante forma remolinos de demencia y cabalgatas errantes de arenisca.

Como si el mundo fuera un torbellino.

Como si el viento de levante fuese el dios enloquecido del mundo, orgulloso de su locura.

«Del viernes. Te lo digo yo».

VAYAMOS un poco hacia atrás: octubre de 1935.

Se celebraban las fiestas patronales y la Compañía Internacional de Liliputienses iba a actuar de jueves a domingo en el Teatro Calderón. No se hablaba de otra cosa. «No son enanos, sino liliputienses de verdad», según se jactaba ante la clientela del Central el empresario del teatro. «No más altos que un tití», y extendía la mano a la altura de sus rodillas.

Los liliputienses llegaron con todo el prestigio de su insignificancia, como fenómenos alegres y fabulosos, y la gente decía: «Más chicos que un tapón», o decía: «Caben en una caja de zapatos». En la terraza del Central, Vallejo y Villalta se quejaban al camarero: «Estas gambas son más chicas que los liliputienses».

En la fonda del Comercio, en la que se alojó la *troupe*, hubo revuelo por la afluencia de curiosos, pues nadie se resistía a esperar para ver de cerca y gratis a los artistas de Liliput. «Son como personas, pero de juguete».

Llevaban los liliputienses con ellos a una cómica rubia, muy alta y fornida, con aire de valkiria aflamencada y recompuesta con apaños cosméticos, que sonreía con una boca grande llena de dientes dispuestos al tuntún.

«Queremos ver a los monstruos», decía la gente. «Y a la giganta». Y los liliputienses se refugiaban en su cuarto en cuanto se percataban de algún jaleo, puesto que todo lo pequeño se sabe frágil.

«Que salgan al balcón», oían los liliputienses, y se inquietaban, sin duda por arrastrar ellos malas experiencias con las multitudes.

La giganta teñida de rubio descorría un visillo y la gente decía: «¡La giganta!», y la giganta rubia dejaba caer el visillo.

«Duermen tres en cada catre, como sardinitas de lata», revelaba la limpiadora de la fonda. «Que salgan los tapones», reclamaba la gente.

(CANITO EL SUICIDA se detiene delante de la fonda con su soga náutica, con su botella de moscatel y con su mirada de aspirante perpetuo a difunto inmediato y pregunta: «¿Qué pasa aquí?», y le contesta alguno: «Los enanos», y el suicida vocacional ensaya un gesto de indiferencia: «Yo voy camino del jardín», y Miguelete el Cordial da palmadas de alegría: «¡Los enanos, los enanos!», y prosiguen Canito y Miguelete su cortejo fúnebre de paripé, con el difunto vivo).

De joven, casi de recién licenciado, el farmacéutico Lastra tuvo la ilusión de comercializar unas píldoras que llevaran su nombre y anduvo durante años tras la fórmula magistral que le cumpliera aquel afán científico.

No se conformaba con algo para aliviar la tos, para prevenir la caída del cabello o para corregir las digestiones pesadas, que eran remedios muy trillados por tantísimos boticarios y doctores inventivos y anhelantes de gloria gremial y popular, sino que, al principio, por la pujanza sin freno de los ensueños juveniles, pretendía la consecución de poco menos que la panacea con la que soñaron los alquimistas o, en el peor de los casos, de algo parecido al bálsamo de grande ilusionismo de Fierabrás: un híbrido de ciencia y de magia, capaz de sanar males diversos, desde un hueso maltrecho a un cólico nefrítico, pues, al igual que casi todos los jóvenes, se sentía como el caballero andante de la armadura plateada que se adentra en el bosque para dar muerte a un dragón, por esa extraña tradición de los cuentos de hadas que establece que los dragones están dispuestos a dejarse matar por cualquier valeroso caballero, aunque lo frecuente es que el caballero no sólo no se tope con dragón alguno, sino también que empiece a sospechar que los dragones no existen.

Tras muchísimo experimentar con componentes tanto naturales como de laboratorio, a lo más que llegó Lastra fue a elaborar unas píldoras para combatir el ánimo decadente, a lo que cooperaba una dosis más o menos prudencial de anfetamina.

Lastra nunca llegó a comercializar las pastillas aquellas, a pesar de haber registrado la marca: Píldoras revitalizantes del farmacéutico Lastra, cuyo reclamo publicitario tenía él más que pensado y elaborado para que apareciese en las publicaciones locales y en el *Diario de Cádiz*: ¿Fatiga vital o intelectual, desórdenes del temperamento, pensamientos confusos, talante flemático? Pruebe las nuevas píldoras del Ldo. Herminio de la Lastra y diga adiós a toda aflicción del cuerpo y de la mente.

Pero en tentativa quedó aquello, ya digo, lo que fue una pérdida inconmensurable para nuestro pueblo en concreto y, de

rebote, para el universo en general, pero ya sabemos que la ciencia tiene sus atlántidas.

«El caso es que las píldoras van estupendamente, pero poner una cosa así en el mercado tiene mucha burocracia», se lamentaba Lastra cuando, de vez en cuando, algún decaído, algún apesadumbrado o algún desvitalizado le preguntaba por el rumbo de sus experimentos.

LA COMPAÑÍA DE LILIPUTIENSES estrenó su tanda de funciones con una proporción de éxito y con otra de escándalo, pues eran sus números de condición picante y hubo gente que se levantó de la butaca haciendo alarde de indignación cuando los enanos representaron una versión libre del cuento de Blancanieves, una Blancanieves teñida de rubio y amapolada por el colorete que iba recibiendo con alborozo a todos los enanos en su cama. «¡Tengo la cama llena de pulgas!», gritaba ella en falsete, y los liliputienses enredaban como jorobas ambulantes debajo de una colcha más o menos turca, y Blancanieves, con aquel rubio suyo de oro ful, se reía como las tres mujeres de la casa de los pecados mortales de la calle Gravina, que solían solearse en el balcón envueltas en mantones raídos de una vaga Manila de pájaros exóticos y de flores opulentas, con lunares de lápiz en la cara, exhibidas para un alquiler de media hora, en pugna ellas con un reloj que, al contrario que el del farmacéutico, parecía correr más de la cuenta. («Pétalos desprendidos de la rosa del tiempo», por decirlo con un verso florido que, a propósito de otra cosa, escribió Miguel Prado de Celis, una de nuestras glorias locales en el arte de las sílabas contadas y del soneto en particular).

«Tan giganta no es», opinaban algunos.

Los enanos entraban y salían del escenario con sus andares de paréntesis bamboleante. Saltaban a la cama de la rubia y alborotaban bajo la colcha. Asomaban su cara comprimida en un rictus bufo de plenitud y regresaban a aquella oscuridad caliente.

A lo largo de los tres días restantes fueron cambiando el repertorio, para de ese modo fidelizar a la clientela deseosa de novedades: el viernes representaron la historia de un trovadorcillo enamorado de una mujer titánica; el sábado, las tribulaciones de Julieta la veronesa con su corte de romeos jibarizados y el domingo hicieron un popurrí con personajes célebres del teatro y de la Historia. Y aquello era el mundo en pequeño, los héroes en pequeño, las pasiones del mundo en miniatura. El teatro de la vida pintado con un pincel de un solo pelo.

La gente decía: «Parecen niños chicos, pero qué granujas

son», y los liliputienses hacían visajes cómicos mientras escenificaban los amores de Marco Antonio y Cleopatra en versión libérrima y lasciva, los avatares galantes de Cristóbal Colón en ultramar o las malaventuras de Otelo, el gran celoso. Y Marco Antonio lucía una corona de laurel dorado sobre una peluca rizada, y Cristóbal Colón llevaba en la mano un huevo monumental, y el moro de Venecia era un liliputiense con la cara tiznada que blandía una daga cuando la giganta rubia, envilecida con carmín y colorete y vestida con una túnica de pedrería, se la intentaba pegar con otro enano disfrazado de Gran Dux que arrastraba su capa de armiño por el escenario con la pomposidad de un dios zambo y con el corazón encendido de lujuria a causa de los cascos ligeros de la colosal Desdémona, que era también Cleopatra, que era también Blancanieves, que era también Julieta, que era todas las mujeres.

DESDE QUE LEYÓ un artículo al respecto en una revista de curiosidades, Roberto Gómez, que en los años de carestía se dedicó al estraperlo, tuvo una obsesión: los diamantes. No porque le gustasen y los ansiara, sino todo lo contrario: porque veía quintaesenciados en ellos la tontería sin fondo del género humano. «¿Alguien puede creerse que esos cristalitos valgan tanto dinero?» Era su recurrencia en las conversaciones. Los diamantes. Como si tuviera un diamante incrustado en el eje del pensamiento y el pensamiento le sangrara.

Algunos lo apodaban Roberto Diamante, pues donde estuviera él siempre acababan estando presentes los diamantes, que llevan la dureza en la propia palabra.

«Una cosa que es simplemente carbono…», y con eso vivía, hasta que un día de tantos, en plena madrugada, le dijo a su mujer: «Están saliendo culebras de las paredes», y ya todo cambió.

«SI UN QUIRÓS tiene que echarse la mano al bolsillo para pagar algo, se le saltan las lágrimas. Así ha sido mi familia desde el siglo XV por lo menos». Cuando Federico de Quirós, que presumía de vivir sin trabajar gracias a la avaricia de sus antepasados, se empeñó en creer que estaba perdiendo la memoria –aunque daba la impresión de acordarse de todo, incluido lo que sin duda hubiese preferido olvidar–, el farmacéutico Lastra le recomendó que tomase comprimidos de fósforo. Y así hizo. A su albedrío: se tomaba un par de ellos en cuanto creía tener un olvido momentáneo, convencido de que el fósforo sabría en qué parte exacta de su cerebro debía actuar para neutralizar aquella amnesia específica: «El fósforo conoce su camino», según él.

«No se pase usted con la dosis recomendada. Cuatro al día como mucho», le advertía Lastra cuando Quirós iba a comprarle, con más frecuencia de la debida, las cajas de Fósforo Ferrero. «Es que se me olvidan las cosas», se lamentaba Quirós, aunque lo suyo tenía más pinta de manía que de padecimiento.

«No noto mejoría con el fósforo, la verdad. Salgo a comprar tabaco y cerillas y vuelvo sin el tabaco o sin las cerillas. Siempre me olvido de algo».

De tanto hablar de su memoria declinante y del fósforo, se ganó entre algunos el apodo de El Fósforo –él, descendiente del almirante Quirós de Gama, de cuyo arrojo colonizador se hizo eco Fernández de Oviedo, cronista de Indias por la gracia de su majestad Carlos V, y pariente lejano también, entre otras eminencias, de Juan de Quirós, aquel cura, teólogo, latinista y poeta que fue mentor de Benito Arias Montano, editor de la Biblia Políglota de Amberes.

El caso es que Federico de Quirós es posible que olvidase comprar las cerillas o el tabaco cuando iba a comprar tabaco y cerillas, pero no creo que pudiera olvidarse de otras cosas de las que no puede olvidarse nadie, según veremos cuando toque.

La gente del casino suponía que a Federico el Fósforo lo mató el fósforo, el consumo voraz de aquellas pastillas de fósforo que para él eran algo así como cerillas que ardían por dentro de la

memoria, iluminando las cosas entenebradas allí dentro.

EL 17 DE JULIO DE 1936, a Juan Heredia, que se afilió a la Sociedad de Profesiones Varias por no decir que no y que entre otras faenas remuneradas se dedicaba a recoger por las casas los cachorros de gato y de perro para arrojarlos al mar metidos en un saco, unos veraneantes le regalaron un viejo armario de luna.

Un armario dignifica una casa, da cobijo a la ropa, dignifica la ropa. Para un pobre, el armario es el lujo casi supremo: en un armario, la ropilla del pobre es menos ropilla, es menos pobre. Si no tienes armario, eres más pobre que si eres pobre pero tienes un armario que dignifique la casa, que dignifique tu ropilla, que dé a tu ropilla el rango de ropa. De ropa que se guarda en un armario. De ropa digna de guardarse en un armario.

José Heredia y su armario de luna, en fin. Un mueble que otorgó un prestigio instantáneo a la familia Heredia entre los vecinos del barrio de los pescadores: «Los Heredia tienen un ropero». Chapado en madera de raíz. Con un tirador barroco de latón.

En su luna se reflejarían por turno los Heredia, vestidos para la ocasión con la ropilla de los domingos. María, la madre, que servía en casa del farmacéutico, tendría seguramente una sensación extraña al verse reflejada de perfil: ella, que fue un junco. Isabel, la hija, que servía entonces en casa de mis padres, se miraría en ese espejo soñando con lo que sueñan las adolescentes, que ven cambiar su cuerpo de un día para otro con la sorpresa de una metamorfosis mágica. Gertrudis, la abuela enlutada desde casi niña, leería en ese espejo, escrita con letra muy clara, la admonición de su tránsito silencioso hacia el fin, tras el que se encontraría cara a cara con María Auxiliadora, de la que tenía una imagen de escayola que le tocó en una rifa.

Por una cosa o por otra, los espejos escriben historias de fantasmas, como quien dice.

Y, dentro del armario, la ropilla. La ropilla de la dignidad, en la dignidad de un armario.

Pero al día siguiente de colocar en su alcoba el armario de luna estalló la noticia de la guerra y a Juan Heredia le pareció que estallaba la luna del armario de luna.

A MANOLO BOCANEGRA, secretario judicial y, en sus ocios, criador de gallos ingleses con fama ganada de matadores, se le saltaban las lágrimas cuando veía a un tullido o a un enfermo. Llevaba esa condena de fragilidad en el sentir, igual que la saga de los Quirós llevaba en el suyo el trastornarse cuando tenía que echar mano de la cartera.

Sin embargo, comoquiera que ningún espíritu está hecho de una materia única, Bocanegra se entusiasmaba en el reñidero con el entrechocar de las plumas ensangrentadas y con las salpicaduras de sangre y con el brillo ensangrentado de los espolones de plata que le mandaron de México y con los que armaba a los de su gallera, hasta que acabaron prohibiéndole su uso porque aquellos complementos de fullería mataban a los adversarios en dos o tres embates, lo que deslucía el espectáculo, que lo era de resistencia y agonía.

En este instante, en un día cualquiera del pasado, Bocanegra, en cuyo ánimo pesó siempre como una sombra sólida el haber tenido que firmar los expedientes procesales de los represaliados en los conocidos como «tribunales de sangre», se cruza con Canito el Suicida, seguido por Miguelete el Cordial, y se le saltan las lágrimas, conmovido por los andares descoyuntados de Miguelete y por el teatro loco que se trae Canito consigo mismo. Conmovido por la majaronería de Canito, que lleva su botella de moscatel en una mano y su soga azulina en la otra y que lleva por dentro un laberinto que ni él mismo entiende, camino de su jardín imaginario, de su jardín de muerte pregonada.

LAS TRES HERMANAS Menéndez, cuando cerraron la confitería heredada de sus padres y rotulada con el extraño nombre de La Golosa Marcela, que ni ellas sospechaban siquiera de dónde venía, se colgaban sus largos zarcillos de coral, se daban lustre en las pestañas, se patinaban la cara con ungüentos aromáticos, se pintaban los labios y, en los atardeceres apacibles, se sentaban juntas a la puerta de la calle, como máscaras en el ritual de las ensoñaciones, para bordar en pañuelos de caballero las iniciales de nombres de sus novios imaginarios, de sus pretendientes de pura ilusión, y aquellos fantasmas encarnados en hilo de seda se llamaban un día Fabián y otro día Manuel o Ernesto y todos eran varones gallardos y educados y todos tenían voz de tempestad y fincas productivas por la parte de la sierra y todos iban a llegar el día menos pensado –Fabián, Manuel, Ernesto– para llevarlas a un reino palpable y a la vez de elegante fantasía, y las tres solteras Menéndez se afanaban en los bordados de los pañuelos como si aquello tuviese la fuerza de un conjuro: una efe, una eme, una e.

IGNACIO MUNIVE quería ser un hombre de fundamento y andaba siempre quejándose de su insignificancia: «Si yo fuera un médico bueno o un torero rico…». Lejos de eso, Ignacio Munive tenía un comercio de velas y de objetos de devoción, con aquellos santos de escayola alineados como complementos de milagrería doméstica en los estantes de su tienda: un ejército de magos, todos ellos con esa mirada dulce de los que han visto el lado celestial del ultramundo.

Por no se sabe qué misterio de los que se forjan en la mente de las personas sin misterio, Munive estaba suscrito al diario madrileño *Ya* y a menudo se enteraba de las noticias con retraso, según los imponderables del servicio de distribución. Cuando en las reuniones del Central se comentaba alguna noticia, él podía objetar: «Es prematuro hablar de eso», o bien: «Esa noticia está todavía demasiado cruda», como si los hundimientos de barcos o los relevos ministeriales fuesen meras hipótesis hasta que no le llegase su ejemplar viajero del periódico de la capital.

Ignacio Munive quería ser, ya digo, un hombre de fundamento. Por eso leía un periódico de Madrid y por eso se ofreció a dar el pregón de Semana Santa.

Le advertía Barroso: «Vender santos no es lo mismo que ensalzar a los santos, Munive. No vaya a cometer usted una herejía y se condene por querer hacer méritos para salvarse».

Munive se pasaba las horas en su negocio tomando notas para el pregón, glosando episodios bíblicos y cartas pastorales del obispo, calculando los golpes de efecto de las exhortaciones encendidas: «Reina de Israel, por cuya pureza y lozanía suspiran las estrellas y los astros…».

Si alguien de confianza llegaba a su tienda para comprar un escapulario o una caja de mariposas de aceite, Munive le decía: «A ver qué le parece a usted». Y declamaba con mucho empaque: «Reina de Israel, por cuya pureza y lozanía…». Porque Ignacio Munive, como ha quedado dicho, quería ser un hombre de fundamento, pero los años se le iban sin encontrar la manera de serlo, en parte porque la vida le había vuelto la cara desde que era niño, cuando le costaba trabajo memorizar los nombres de

los ríos nacionales y de las capitales del orbe, resolver las operaciones aritméticas y recitar por orden cronológico los linajes regios.

Ignacio Munive se casó muy joven y había tenido cuatro hijas, a las que, cuando echaron cuerpo, se les puso percha de grandes pecadoras, pues tenían las caderas muy anchas y grandes y lacios los pechos y turbia y como de embrujo malicioso la mirada.

Se paseaban las cuatro hijas de Munive, cogidas del brazo, como una carroza carnal, con un vaivén mullido de curvas, y, aunque la madre intentaba ocultarles las exuberancias con vestidos holgados, las curvas se les marcaban como si fuesen tentaciones líquidas, y los gañanes les decían cosas y les silbaban, y el párroco Bertematti les preguntaba siempre que las veía: «¿No tendríais que confesaros?», pues no imaginaba él que con aquellos cuerpos se pudiese hacer otra cosa que pecar. Pero las hijas de Munive no pecaban porque estaban del lado de la devoción, asiduas en la organización de rifas benéficas, de meriendas de caridad y de orfeones de niños pobres que cantaban los himnos místicos con la pesadumbre de unos ángeles sin alas y con los bolsillos rotos.

Parecía que ellas mismas estaban extrañadas de su cuerpo, de sus curvas, como si Dios las hubiese puesto a prueba dentro de aquellos moldes de bailarinas de Babilonia.

A pesar de alguna reticencia por parte del entonces párroco García, que no acertaba a precisar si aquellos nombres respetaban del todo la ortodoxia, las hijas de Munive fueron bautizadas como Milagros de la Concepción y de la Resurrección de Cristo, Misericordia de María Santísima del Perpetuo Perdón, Auxiliadora de los Niños Mártires y Socorro del Monte Carmelo, aunque se las conocía como Milagri, Misi, Auxi y Socorrito, con lo que la santidad originaria de aquellos nombres de pila viraba un poco al nombre fingido de unas artistas de variedades.

(Auxi se medio incorporó al mundo del espectáculo por la vía devota, ya que se empeñaba en cantar los domingos en la iglesia, acompañada al órgano por el diácono Lucero de Acuña, que aprendió a tocar algunas notas con un par de dedos y las aplicaba a todos los himnos, de modo que la niña iba por su lado

y él por el suyo, como si aquello fuese un concierto de vanguardia).

«Reina de Israel, por cuya pureza y lozanía suspiran las estrellas y los astros…», recitaba cada noche Munive a su mujer y a sus hijas, buscando la aprobación familiar a las variantes continuas de su pregón. Y, mientras tanto, las cuatro hijas de Munive, prisioneras en su cuerpo de encantadoras de rajás y faraones, bordaban o lustraban los metales, asintiendo aplicadamente al pregón de su padre, tan afanado en ser, por encima de todo, un hombre de fundamento.

ANTES DE FUSILARLO, al llamado Guindillo le cortaron una oreja para mostrarla luego como un trofeo. Igual que en las corridas de toros.

M.A.H. pidió asistir a esa tortura, que se llevó a cabo en la sede local de Falange. Lo hizo encapuchado, para ocultar su identidad, aunque todo el mundo acabó sabiendo que bajo la capucha estaba M.A.H., que, cuando las aguas se calmaron un poco, se mudó a Sevilla para trabajar como interventor en un banco y quién sabe para qué otras cosas, con capucha o sin ella.

EL ANTAGONISTA del farmacéutico Lastra era uno al que decían el Hechicero porque hacía brebajes y aplicaba emplastos elaborados con él sabría qué, ya que, aunque la gente le preguntaba, su composición se acogía al secreto profesional, a pesar de que había quien daba por hecho que empleaba componentes propios de la nigromancia.

El Hechicero susurraba frases en un idioma inidentificado mientras ejercía sus curaciones, lo que añadía una dimensión babélica a su tarea.

La gente peregrinaba a su casa, allá por el arrabal de Los Galeones, en busca de alivio o sanación, con la fe nerviosa de los desesperados, y aquello ponía a Lastra de muy malas pulgas, aquel intrusismo, por la vía del abracadabra y de los mejunjes, en la ciencia sagrada y empírica de la farmacopea.

El Hechicero, por devolver a Lastra la inquina, se plantaba de tarde en tarde, cuando le daba la ventolera, a la puerta de la farmacia, muy quieto, con mirada tensa de hipnotizador, como si retase a Lastra a un duelo. Lastra se quedaba mirándolo sin decir tampoco nada, hasta que se aburría de aquel reto silencioso, pues demasiado tenía él ya con el duelo que mantenía desde hacía décadas con su reloj.

LA GENTE calculó mal, y ni que decir tiene que de manera insidiosa, cuando, más de un año después de irse la Compañía de Liliputienses a recorrer mundo con sus enanos pícaros y con su giganta rubia, Encarna la Polita tuvo un niño que le salió enano. «Un hijo de los liliputienses», según quisieron algunos, pues la visita de aquella compañía teatral ascendió en el pueblo a la categoría de hito casi mitológico.

Con esa saña grandiosa que un bulo adquiere en los pueblos pequeños, siempre había alguno que le decía al chiquillo: «¿Cuándo va a volver tu padre con el teatro?», y el padre verdadero del liliputiense, que trabajaba de arrumbador en la bodega de los hermanos Méndez, harto tal vez de habladurías, o por el motivo que él sabría y nadie más, se marchó sin dejar rastro ni señas, decían unos que a Jaén y otros, los más noveleros, que a Camagüey de Cuba. El caso es que se fue, dejando a la Polita con su niño de Liliput, hasta que madre e hijo se mudaron a la pedanía jerezana de Nueva Jarilla, entre otros motivos porque si te conviertes en un tema bufo de alcance municipal, el único remedio consiste en poner tierra por medio. Tierra quemada.

Pero había en el pueblo otro enano: Felipe López.

HERMINIO DE LA LASTRA, el farmacéutico, sin saber que años más tarde aquello estaría a punto de costarle la vida, le dijo un día a la madre de Felipe López: «Lo de tu hijo no tiene arreglo, pero puede crecer un poco», y, aparte de recomendarle los servicios de un médico de los huesos que pasaba consulta en Cádiz capital, le preparó una fórmula magistral de su invención para aliviarle el asma, aunque aquello no tuvo otro efecto en el chiquillo que unas vomitonas de coloso, pues parecía que el farmacéutico le había echado dentro del cuerpo un espíritu líquido, maligno y expansible, que no cabía allí. «Que siga tomándolo. Eso es señal de que el cuerpo reacciona», alentaba Lastra a la madre del pequeño paciente.

Por su parte, el médico de la capital sometió al niño Felipe López al rigor de unas prótesis de cuero y metal que le llagaron las piernas y que le provocaban un dolor tan certero que parecía calculado por un torturador.

Años después, durante la guerra, el enano López tomó parte en muchas de las batidas que se dieron por la sierra para confiscar comestibles y cualquier cosa de precio, y la gente de por allí lo conocía como el Enano de la Sangre, pues tenía pronta la furia y se contaba que una vez en que se echó a dormir en un caserío de Grazalema, extenuado como iba de hacer fechorías y de incautar a la gente la miseria de sus ajuares, le pegó un culatazo con una carabina al hijo de los guardeses porque no paraba de llorar, y el niño no volvió a llorar nunca, y el enano, según contaron algunos de sus camaradas como un dato medianamente exculpatorio, se puso después de aquello de talante meditabundo y agrio consigo mismo, como si la mano se le hubiese ido sola, como si hubiese reventado a través de su mano la mucha cólera que arrastraba, cansado de cargar con su sino de enano y de bregar con la gente asustadiza que enterraba sus alianzas de oro, sus rosarios de plata, sus salazones y conservas para no contribuir a la Cruzada.

(UNA IMAGEN me viene en este instante a la memoria con esa nitidez brumosa de lo visto en un sueño: el sargento Galán paseándose por las calles desiertas, él solo, sin los suyos habituales, como si fuese el único implicado en una gran conspiración, el paladín solitario, el villano ascendido a héroe por sí mismo, con las manos manchadas de sangre por Dios, por la Patria y un poco también porque estaba medio loco.

El sargento Galán, del arma de caballería, que coleccionaba tarjetas postales).

CUANDO HACÍA BUEN TIEMPO, e incluso cuando el tiempo estaba regular, salía Leyva a la calle con sus botes de pintura y con sus pinceles, explayaba una esterilla en la acera y se ponía a pintar, en el zócalo de la fachada de la casa de los Briest, escenas de tauromaquia, retratos de santos y de héroes, crepúsculos de cromatismo extraordinario y lo que fuese que le dictara la inspiración. Cada escena, de un metro exacto de largo, la enmarcaba con una orla de volutas barroquistas. El resultado lo realzaba con retoques de purpurina y de pintura de color plata, imagino que para añadir a los acabados el prestigio de la suntuosidad.

Cuando ilustraba el zócalo entero, que daba a la calle Higuereta y a la de Bejarana, volvía al origen, pintando encima de lo ya pintado, y a una escena de religiosidad podía superponer la de un circo romano con leones, con el graderío en policromía impresionista; un discóbolo podía desaparecer bajo un jarrón con flores inexistentes en la naturaleza, una estampa de garrochistas era sustituida por un batallón de húsares y un bodegón de peces o de frutas por una recreación encendida –el oro, la plata– de la batalla de Lepanto.

Leyva era el casero de los Briest, unos alemanes metidos a folkloristas de las cosas del sur que pasaban los veranos aquí para sondear en lo casi insondable y que daban licencia a Leyva para que pintase a voluntad el zócalo, capricho extraño que tal vez interpretaban como una muestra más del alma folklórica sureña.

El zócalo parecía un titirimundi. Pasaba uno un día por allí y veía figuras de soldados, de monjes orantes y de bandoleros. Pasaba al cabo de un mes y veía figuras de guardias de asalto, de cazadores de la prehistoria y de ánimas del Purgatorio, como si Leyva estuviese empeñado en representar el repertorio inacabable del mundo y de lo que pudiera haber en el trasmundo. Como si aquel zócalo fuese, en fin, su teatrillo particular para resumir en él el universo, con sus bodegones tenebristas y sus marineros gallardos, con sus guerreros y damas imperiales, con sus centuriones, caballeros medievales y

marisqueros.

Según parece, a Leyva le entró el arrebato por la pintura por influjo del ferretero Monzón, que, cuando no tenía clientela, se dedicaba a pintar lo que le decretara su musa intermitente y de talante voluble, aunque en sus últimos años sentía preferencia por la representación de mujeres desnudas, que, a falta de modelos presenciales, copiaba él de las revistas sicalípticas de la preguerra, lo que le dio reputación de libertino, a pesar de que se le había pasado hacía mucho la hora de las disipaciones, que incluso en su juventud fueron, al parecer, meramente especulativas, pues no se le conoció novia y murió soltero.

Con nadie hablaba, que se sepa, el pintor Leyva, aunque tenía su evangelista: un primo suyo al que llamaban Comino y que paraba mucho, como betunero, en el Central. Este Comino charlaba por tres o cuatro y de lo que fuese, incluida la novelilla de la vida de su pariente taciturno, que él narraba como si fuese una epopeya adornada con las galas melodramáticas de la desventura. Algunos se animaban a asegurar que Leyva no hablaba desde el día de la explosión.

«¿La explosión?» El padre de Leyva, que por entonces acababa de enviudar, se mudó a Cádiz para emplearse en la cuadrilla de mantenimiento de unas naves de la Base de Defensas Submarinas que se utilizaban entonces como polvorín de más de dos millares de cargas explosivas, hasta que la mayoría de ellas estalló en torno a las diez de la noche del 18 de agosto de 1947, causando la muerte a ciento cincuenta y dos personas y dejando heridas o mutiladas a varios miles.

Hay quienes calculan que, al margen de las modestas cifras oficiales, los muertos debieron de rondar los cinco mil, pero que las autoridades aliviaron la cifra por no tratarse en realidad de un accidente, sino de un acto de sabotaje perpetrado por… quién sabe. Tampoco faltan los que, aún hoy, buscan derivaciones parapsicológicas de todo aquello y murmuran sobre la presencia de espectros desazonados en el cementerio de San José, justo en la zona de nichos en que se dio sepultura a las víctimas del percance, pues se ve que no sabemos vivir en este mundo sin mirar hacia el otro.

Figuraciones a un lado, el caso es que, en el momento de la

catástrofe, el padre de Leyva se hallaba pintando contrarreloj el despacho del capitán de fragata que estaba al mando de la base, pues a la mañana siguiente se esperaba la visita de un vicealmirante o similar y las paredes tenían picaduras grises causadas por la condensación de humedades. No se encontró el cuerpo del padre de Leyva, fundido en la inmensa nube bermellón que pareció prologar el fin del mundo.

Según precisaba el limpia Comino, la madre de Leyva, que servía en casa del marqués de Villapesadilla, murió en 1950 y el huérfano se vio obligado a medio ganarse la vida descargando cajas de pescado en el muelle, hasta que se presentó como voluntario en la Marina. Tras cumplir el periodo de servicio, encontró colocación en una tienda de ultramarinos de la calle Valverde y poco más tarde en el bar Liba.

Después de aquello, volvió al pueblo de su infancia, se empleó en la ferretería de Monzón y allí, según apunté, descubrió su afición a los pinceles, alentado e instruido por su jefe, el artista proteico. Y en aquella afición se encerraba, encerrado también en sí, voluntarioso en la disciplina difícil de domeñar las formas, de colorear las imágenes que le cruzaban la mente como estallidos estelares, dibujando en cartones lisos y en chapas de madera unas aproximaciones titubeantes de caballos pintos y de soldados con casaca y quepis, de templos paganos en ruinas y de atardeceres de tumultos apocalípticos. Alternando aquel oficio de rango elevado, en suma, con su ocupación de supervivencia.

Hasta que –para alivio de Monzón, a quien irritaba la mudez de su asistente– los Briest lo emplearon de casero. En sus ocios, que eran muchos, se dedicaba Leyva a lo del zócalo, a su obra de quita y pon, a su arte callejero de lo visto y no visto.

Y así hasta que enfermó y consiguió al poco el silencio absoluto, aquella voluntad de silencio que es posible que no le viniera por haber caído en lo más hondo de sí, donde nada resuena, sino tal vez por no tener otro sitio en que esconderse.

A POLÍN EL MAJARA lo incordiaba la gente mediante el sistema de preguntarle quién fue el último rey de Francia, quién colonizó Santo Domingo o cuántas plumas tiene una gallina pigmea, por ejemplo, y Polín contestaba siempre, apretando los labios, farfullando: «Lo sé pero no lo digo».

Y eso es casi todo lo que puede contarse de momento de Polín, al que llamaban Polín por apellidarse Polo y al que apodaban el Majara porque lo era.

EN LA BARBERÍA de Serafín Méndez se hablaba menos del tiempo que hacía que de las suposiciones teosóficas de Roso de Luna, menos de política local o nacional que de las doctrinas de Madame Blavatsky y menos del corte de pelo que de los arcanos humeantes de la alquimia.

Quien iba a la barbería de Serafín cruzaba simbólicamente el umbral de un reino tenebroso en que lo sobrenatural y lo mistérico eran menos una anomalía que un tema cotidiano de conversación, pues de ninguna otra cosa estaba dispuesto a charlotear el barbero Serafín, que se aficionó a esas chaladuras desde que el azar puso en sus manos un ejemplar de *El libro de san Cipriano*, también conocido como *Tesoro del hechicero*, en el que se imparte doctrina sobre la clavícula de Salomón, sobre el Dragón Rojo y la Cabra Infernal, sobre la candela mágica para descubrir encantamientos y sobre la magia caldea y egipcia.

Le dio por ahí.

La clientela se tomaba aquellas conversaciones como un pasatiempo estrafalario pero a la vez instructivo, pues no todos los días tiene uno trato con una persona que mantiene conexión directa –o al menos tangencial– con el ultramundo, el supramundo y el submundo.

Ya en su vejez, cuando la navaja le titubeaba tantísimo en la mano que ni siquiera podía afeitarse él, mantuvo abierta la barbería como local de reunión para quien quisiera dejarse caer por allí con el ánimo dispuesto a elucubrar sobre cualquier enigma irresoluble.

Por aquel entonces, a Serafín se le despertó la curiosidad por los fenómenos ufológicos, que empezaban a cobrar pujanza entre los vulnerables a las hipótesis de altos vuelos, pero le llegó la muerte antes de poder ahondar en ese campo del saber.

Hubo quien dijo –por el gusto de decir– que el barbero se pasaba las noches en vela en la azotea de su casa oteando la infinitud del cielo por si la suerte le deparaba el avistamiento de una nave extraterrestre, fantasmal y mayestática, que brillaría suspendida durante un momento en el aire y que de repente saldría propulsada hacia la estratosfera como si fuese el tapón de

una botella de champán, pero lo que la suerte deparó al barbero expectante parece ser que fue la pulmonía biliosa que se lo llevó a la galaxia umbría de los difuntos hará cosa de tres o cuatro años, aunque dejó atrás este valle de penalidades y de enigmas con la satisfacción de haber conversado con Benito Triguero, vecino de Medina Sidonia, que aseguraba haber sido abducido en varias ocasiones por unos seres de unos dos metros de alto, de piel grisácea y con un solo ojo en la frente, con los que se comunicaba a través de un código telepático que al parecer no se sustentaba en la palabra sino en los conceptos puros, según nos ilustró en la conferencia magistral que impartió en el Ateneo Literario, Artístico y Científico.

En el sepelio del barbero Serafín, el siempre ocurrente Fernán Barroso fue repitiendo una frase chistosa entre los corros de compungidos: «A este lo saca de la tumba esta misma noche el capitán general de los marcianos», aunque al final el barbero esoterista se quedó en su nicho, como todo el mundo, porque una cosa es lo que uno supone en esta vida y otra muy distinta lo que sucede tras la muerte, ya que a partir de ahí se pierde el hilo del guion.

El comandante de artillería Lara estaba al mando de la Batería Duque de Candor –destacamento encargado de la defensa de esta zona de la costa, dotado de dos cañones, del sargento Galán y de tres soldados de reemplazo, en alerta permanente ante el posible ataque por sorpresa de las fuerzas hostiles de la morería– y era además presidente del Ateneo Literario, Artístico y Científico, fundado en 1953.

Tras la charla del mencionado Triguero, y durante el agasajo que los socios de la institución ofrecieron al invitado en el salón de celebraciones del Bar Central, el comandante Lara, que tenía el defecto de sucumbir a una especie de ira épica en cuanto se le contrariaba apenas un poco, no sólo negó la posibilidad de que hubiese vida en otros planetas, sino también la existencia de otros planetas que merecieran ese nombre: «Una cosa es un planeta y otra cosa es una cosa redonda que flota por ahí arriba. A cualquier pedrusco se le llama planeta».

FRANCISCO CAÑAS tenía una mercería, El Metro, y era propenso a los arrebatos. La guerra lo había dejado tirando a loco porque los falangistas lo encerraron durante varios días en un cuarto con un maniquí –requisado de la tienda de paños y confecciones de Ismael López, que por entonces estaba preso– al que pusieron dentro de un ataúd hecho de cartón, con un traje viejo y con una fotografía de Azaña, recortada de un periódico, sujeta con goma arábiga a la cara del muñeco.

«Vela a tu presidente», y Francisco Cañas, atado a una silla, se pasó varios días sin dormir delante del difunto de juguete.

Cuando la cabeza se le descolgaba a causa del sueño, el falangista de guardia le arreaba una colleja en cumplimiento de las directrices paramilitares dispuestas por Melero de Soto, agricultor y ganadero, que se ungió a sí mismo como cabecilla de aquella jefatura del desorden en nombre del restablecimiento del orden.

Cuando lo soltaron, Francisco Cañas se aficionó a fumar de manera imparable, chupeteando mucho los pitillos de picadura, y andaba por la calle arrastrando los pies, con el grado de abstracción de un filósofo, sin quitarse nunca el cigarrito de la boca, mientras el bigote le amarilleaba, como si le hubiesen dado una pincelada de la purpurina con la que el pintor Leyva ennoblecía sus creaciones.

Vallejo aseguraba que, cuando Cañas estaba dormido, su mujer, a lo largo de toda la noche, iba poniéndole un cigarrillo tras otro en la boca, porque de lo contrario no pegaba ojo. Barroso barajaba otra hipótesis, a saber: que el mercero había inventado un artilugio del tipo de los de Leonardo da Vinci, con cinchas, fuelles, cables y poleas, para poder seguir fumando en sueños y así evitarse la pesadilla de estar durante varias horas sin fumar.

La mercería El Metro parecía envuelta, en fin, en la neblina de un bosque de hadas y de elfos. Mucha gente dejó de comprar allí porque decía que los camisones apestaban como a estopa quemada y que las tiras bordadas estaban tomadas de color por culpa del humo.

Ya de anciano, cuando en la mercería apenas le quedaban un surtido de botones, unos mazos de encaje, algunos carretes de hilo y algunas camisetas para frioleros, pues había dejado de hacer pedidos a los representantes, Cañas se dijo un día: «La escultura», como quien formula no un anhelo, sino un resultado: recordó que de joven había hecho por afición algunas figuras de barro que pretendían representar a tonadilleras, a guerreros eminentes y a rejoneadores.

«La escultura», se dijo, en suma, y desde aquel día comenzó a mandar por pellas de barro al Pico de Candor y a moldear en exclusiva figuras de mujer.

Al principio eran piezas pequeñas, miniaturas casi, pero aquellas mujeres fueron pidiendo más barro, más cuerpo, más imponencia de estatua, y la mercería se convirtió en un almacén de mujeres de barro con pechos llenos y con cintura de reloj de arena. Cada vez más monumentales.

Por esas cosas que pasan, aquello le dio menos fama de artista que de trastornado.

«Sacos de patatas», diagnosticaba Sebastián Bódalo, catedrático emérito de un instituto de Jerez. «Las esculturas de París, cuando yo viví en París...», y Bódalo, en el ejercicio del derecho a la fabulación en torno a su biografía, pasaba a narrar sus paseos en barco por el Sena y sus visitas a los salones de divanes recamados de las madamas de acreditada reputación en el negocio de las ilusiones galantes. Porque Bódalo no perdía ocasión de informar al detalle sobre su vida viajera: «Los cinco años que viví en Edimburgo...», «Cuando viví en Belgrado...», «Los ocho o nueve años que pasé viajando por América del Sur...». Y alguno le preguntaba, después de hacer la cuenta aproximada de tantos tumbos: «¿Usted qué edad tiene?», pues a todos sus conocidos les constaba que Bódalo apenas se había movido de Jerez sino para pasar los veranos en el pueblo, donde su familia tenía una villa de aire toscano a pie de playa.

Fernán Barroso llegó un día más lejos y, comoquiera que se había entretenido en contabilizar los años que, según Bódalo, duraron sus viajes, sacó su libretilla y le soltó en el casino: «Usted estará a punto de cumplir ciento treinta y cuatro años, ¿o me equivoco?». Bódalo obvió la impertinencia poniéndose

desdeñosamente de medio perfil, como si dijese: «¡Qué sabrá este dónde he estado yo y lo que es el mundo!». Y entonces Villalta, que disfrutaba de los relatos viajeros de su amigo, aun sospechándolos un poco de chichirimoche, le propuso, para quitar hierro al trance, que le contase otra vez «aquello tan gracioso que le pasó a usted en Chile». Y el catedrático emérito, que al hablar –y hablaba mucho– movía las manos como si moldease en el aire una pelota, atacó una versión, con variantes significativas sobre las precedentes, de aquel gracioso episodio: «Pues pasó que…».

A cada aventura suya que narraba Bódalo le ocurría lo mismo que, según el parecer del doctor Watson, a las de Sherlock Holmes: que cada nuevo caso resultaba más extraordinario que todos los anteriores, aun siendo todos los anteriores inigualablemente extraordinarios.

Francisco Cañas moldeaba el barro con el cigarrillo fijado a la boca como un tubo de escape. «Voy a hacer una mujer de dos metros. Lo nunca visto aquí». Y, con los ojos irritados y encogidos por el humo, daba forma a unos pechos colosales, taladraba un ombligo o se esmeraba en el pulido de las uñas de unos pies tan enormes que se dirían los de una muchacha de la estirpe de los gigantes de la Patagonia.

«A esas muñeconas que hace Cañas les pasa lo que a san Cristóbal cuando lo pinta un aficionado: que si no le queda grande la cabeza, le quedan cortas las pantorrillas. Porque hay que saberse de memoria la proporción áurea, ¿comprenden? La proporción áurea. Sin la proporción áurea las cosas salen cambembas y monstruosas», sentenciaba Bódalo, mientras, en su mercería ya cerrada al público, Francisco Cañas chupaba un cigarrillo tras otro y, en el proceso de ensamblaje, se subía a una silla para retocarle la nariz o el lóbulo de una oreja a una mujer titánica.

LAS MUJERES DE BARRO de Francisco Cañas acababan agrietándose y desmoronándose, supongo que por faltarles un buen armazón y el proceso de cochura, y se abatía él al comprobar que a sus venus se les desprendían lajas de barro al manipularlas, o se les caía una oreja o un brazo, como si fueran leprosas.

A Sergio Luján, en cambio, su desasosiego le vino por el lado de lo pequeño.

Una vez llegaron al pueblo unos veraneantes que habían casado a una hija en México y se trajeron de allí una pareja de perros chihuahuas. Sergio Luján, a quien la gente conocía como el Mono, tal vez porque era muy chato, trabajaba de jardinero en el chalet que alquilaron aquellos forasteros y en ese tiempo parió la perra dos cachorros. Al poco se comprobó que uno de ellos tenía un ojo blanco.

A Sergio le encandiló aquel fenómeno de los perros diminutos y todo el tiempo estaba zalameando a la perra parida.

Cuando los veraneantes se fueron, le regalaron la cría tuerta, que era macho y cabía en el cuenco de una mano de niño, y Sergio Luján se sintió propietario, por primera vez en la vida, de una cosa rara y de valor. Calculó que, también por primera vez en su vida, la gente hablaría con él como solían hablar entre sí los dueños de perros, que forman una especie de cofradía espontánea y callejera, y no ya él como el Mono, sino como Luján, dueño de un perro, y que todo el mundo le ensalzaría la originalidad del perro, del perro raro, del perro tuerto y liliputiense que, de tan diminuto, parecía tocado por la varilla de un encantador travieso.

Cuando el animal salió de cachorro, le hizo Luján un collar con un trozo de cincha, le enganchó una maroma y se echó con él a la calle, con grandes expectativas sociales en mente.

«Un mono tan grande con un perro tan chico», comentó Villalta cuando el Mono pasó ante la terraza del Central. «A ese perrillo se lo van a comer los gatos», le dijo otro. «¿Es mixto de ratón?», le preguntó Barroso.

El perro creció lo poco que tenía que crecer, y muchos

incordiaban al jardinero: «Ponle un bozal al león». O le preguntaban: «¿Muerde o hace pespuntes?».

Pasaron los años y el perro envejeció, y Sergio Luján se hizo muy viejo, y la gente seguía diciéndole: «¡Qué perro tan chico, Mono!», y veces había en que Luján deseaba que se muriese el perro para que la gente no se metiera más con él y con el perro, dos ancianos que tenían ya andares de esqueleto viviente, y veces en que quería morirse él para descansar de aquella vida perra y para que la gente no siguiera diciéndole: «¡Qué perro tan chico, Mono!».

Un perro chico y con un ojo de nube que nunca aprendió a dar la pata porque le fallaba el equilibrio. Al parecer, por lo del ojo.

(Otro ojo)

EL JOYERO MARTÍN HONORIO se refería a la guerra como «aquel tiempo irregular», dando a entender que se había tratado de una irregularidad natural y espontánea, de un error casual en la secuencia de la Historia. Un error que se había corregido por sí solo, como por sí solo se produjo.

«En aquel tiempo irregular, cuando nadie era nadie…», y ya glosaba, como quien recita un cantar de gesta, su participación en diferentes episodios de aquel tiempo irregular.

En aquel tiempo irregular, él perdió el ojo derecho y le pusieron uno de prótesis. «¿Cuál es el bueno y cuál el postizo?», preguntaba a todo el mundo, como un reto, y todo el mundo sabía cuál era el de naturaleza y cuál el de industria, entre otras cosas porque el ojo artificial tenía la rigidez de los ojos de los muñecos, que parecen mirar todo pero no miran nada, aunque la gente le decía, por satisfacerle el capricho, que no apreciaba diferencia alguna, y él concluía: «Pues mi dinero me ha costado», y hacía como si te mirase fijamente con su ojo inmóvil.

DESPUÉS DE LA GUERRA, Felipe López, el Enano de la Sangre, se fue a Córdoba con un cargo en el Auxilio Social. Algo haría allí que lo obligó a regresar al pueblo a los pocos años, pues por nostalgia no creo.

Volvió, eso sí, con una licencia para abrir un estanco, pues se ve que andaba a bien con algunos de los que administraban por entonces los poderes pequeños. Tuvo que poner una tarima para despachar con desenvoltura, y más parecía una figura de guiñol tras una tramoya que un estanquero tras un mostrador. Los paquetes de tabaco y los sellos parecían mayores en sus manos.

El enano desgajaba los sellos con la efigie del Caudillo con la meticulosidad de un orfebre y arrojaba los paquetes de tabaco sobre el mostrador con desprecio de guerrero retirado, de administrador de la vida y de la muerte venido a menos.

Una noche de tantas alguien le dio una paliza, pero nunca se supo quién. «Habrá sido un alma en pena», conjeturó Barroso.

Como dato pintoresco, digamos que el enano López se hizo asiduo del restaurante chino Shanghai Palace, que abrió sus puertas doradas en 1968, lo que dio pie a un debate en el casino:

–Eso no va a durar ni dos semanas.

–Irán los americanos.

–A los americanos no les gusta la comida china. A ellos lo que les gusta es matar chinos, no comer como los chinos.

–Los americanos no matan a los chinos, sino a los vietnamitas.

–Bueno, da igual. Empiezas matando vietnamitas y acabas matando chinos.

(…)

Miguelete el Cordial le huía a López como si López fuese el Anticristo de Liliput, y hasta abandonaba su custodia de Canito el Suicida si veía llegar al enano, y se refugiaba Miguelete en algún portal o se escabullía por una callejuela con esa mirada rígida de los animales perseguidos.

En las madrugadas, por las calles sin nadie, el enano daba tumbos. «Le cabe muy poco alcohol en el cuerpo», decía la gente. «Como si le das aguardiente a un chiquillo de pecho». Y cada

mañana amanecía el enano López con su cara arrugada más arrugada, como un niño arrugado.

MIGUEL PRADO DE CELIS era la firma estelar de la revista de las fiestas patronales, en la que cada año publicaba una ristra de sonetos de inspiración variable, según su musa estuviese en fase sacra o pagana: elogios a la Virgen o celebración de la vendimia, epitafios tardíos para Cristo Crucificado o exaltación de las faenas hortícolas y marineras. Según, ya digo.

Publicó, a su costa, varios libros de versos. Decía sentir predilección, entre los suyos, por *Espigas y mares,* al haber dado en él la quintaesencia de su versatilidad métrica (sonetos, espinelas y romances) y de sus conocimientos líricos tanto del mundo rural y marítimo (sus labriegos meditabundos, sus marineros fatalistas) como de los supramundos teológicos.

Para dorar lo de por sí dorado, el libro se abría con una «Epístola amical», en tercetos encadenados de factura más o menos renacentista, firmada por el vate portuense José Luis Tejada.

Aparte de su fama local como poeta sensible y sonoro, Prado de Celis tenía fama de friolero: aunque hiciera calor, el poeta Prado de Celis tenía frío.

Estableció él una jerarquía de frialdades: el frío polar –o bien su pariente siberiano–, el frío del demonio, el frío engañoso que no parecía frío pero lo era, el frío húmedo como el alma de los peces y el frío seco como el hielo, entre otras. Pero, de las muchas que fijó, la categoría que más fortuna popular tuvo fue la de «frío finito», que era algo así como un frío traicionero y silencioso que, como quien no quiere la cosa, perforaba finamente los huesos.

«Hoy hace un frío finito», decía, y en la mente de sus interlocutores se estampaba la imagen de una cuchilla de afeitar o de un bisturí que trinchaba el aire.

Sospecho que hoy nadie lee los poemas de Miguel Prado de Celis, perdidos en ese limbo en que deambulan, como pájaros ciegos y mudos, los versos sin grandeza, como lo son los de casi todos los que se dedican a ese ejercicio de riesgo, pero mucha gente utiliza la expresión «frío finito» y se acuerda del poeta Prado de Celis cuando hace ese frío que te hiela. Ese frío finito.

Muy finito. Como la línea que separa la gloria local en vida del olvido universal *post mortem*. La gloria póstuma, en fin, gracias al frío. El finito.

FERNÁN BARROSO era secretario del ayuntamiento, como quedó dicho, aunque por el capricho de ser algo, pues tenía fincas que le rentaban y hubiese podido vivir mirando pasar el aire y, sobre todo, ideando ocurrencias más o menos ingeniosas, que era con lo que de verdad disfrutaba. Pero no sólo cumplía con diligencia sus labores funcionariales, sino que, en su calidad suplementaria de cronista oficial, entretenía su ocio con la investigación de la historia del pueblo, removiendo casi todas las tardes el archivo parroquial y lamentándose de que el archivo municipal hubiese acabado en una pira por culpa del alcalde Bonhome de Sanchís, al que le faltaron dependencias para los negociados. «Y quemó los papeles, el muy salvaje», se quejaba Barroso, como si se hubiese quemado la biblioteca de Alejandría.

La gente suponía que Barroso se dedicaba al estudio de la platería de la iglesia mayor, de los escudos heráldicos de la villa y de las leyendas árabes del castillo por quitarse de su casa, donde lo esperaba una mujer, forastera de Puerto Real, que coleccionaba perfumes y que estaba suscrita a revistas tanto de moda como de devoción, satisfaciendo así su cupo proporcional de mundanidad y de beatitud. «Entre santa y cabaretera», sentenció una vez Federico de Quirós cuando la mujer de Barroso llegó a la parroquia supurando efluvios de perfume por todo el cuerpo como si fuese un incensario pagano.

Barroso inició su carrera de investigador con el trazado de su árbol genealógico, del que colgaban un obispo, un general de brigada que tuvo destino en Filipinas, con mando en el distrito de Mindanao, y unos cuantos terratenientes sin más gloria que la posesión de sus haciendas. Después estudió los libros de fábrica de la iglesia mayor parroquial. Más tarde recopiló datos sobre la construcción del órgano, sobre la azulejería portuguesa de la capilla de las Ánimas, sobre las donaciones del indiano Gaspar de los Reyes, que hizo fortuna en el Perú… A menudo le daba el amanecer en su desvelamiento de la relación de costes del coro o descifrando la caligrafía de la carta de un menestral a un clérigo, o al revés, y llegaba entonces al ayuntamiento con ojeras que parecían de pasión, aunque lo eran de estudio.

«A Barroso le ha dado ahora por meterse a sabio», comentaba alguno cuando aparecían en el mostrador del estanco de Gallego aquellos folletos que le imprimían a Barroso en la imprenta El Acorde y que enervaban al linotipista Pacheco, quien, a pesar de tener ya la mente casi mecanizada por tantos años de tarea, entraba en crisis nerviosa cuando le tocaba componer aquellos áridos opúsculos que hablaban de fanegas, de caminos reales, de prebostes y de antiguas lindes en disputa. «Eso no hay quien lo entienda», se quejaba Pacheco.

«A Barroso se le ha caído el pelo de tanto investigar», diagnosticaba el farmacéutico Lastra.

Pero, más que por sus investigaciones, Barroso, que de joven tuvo percha de galán, hasta el punto de haber servido como modelo para una estatua de don Juan Tenorio que moldeó el artista isleño Diosdado; más que por eso, según decía, Barroso estaba en boca de la gente por su mujer: «Es hasta fea», le afeaban incluso las feas. «Cuerpo de diosa y carita de gárgola», según el latinista Machuca. «Huele a tunanta», pues, por su afición a los perfumes, por donde ella pasaba parecía que había pasado una nube química.

Al poco de la boda, Barroso, que de soltero se había aficionado a los bares atendidos por muchachas extranjeras venidas de medio mundo al reclamo del dólar tangible y de los amores etéreos, llegó a su casa casi de amanecida impregnado de una fragancia que no constaba en la colección de su mujer. «Hueles a puta». Y Barroso, sin dar explicaciones, y parece ser que sin mucho cargo de conciencia, se fue al ayuntamiento con el temple de los epicúreos que aceptan degradarse a fatalistas. Cuando volvió a la hora del almuerzo, su mujer había pisoteado la foto enmarcada de la boda. Según contaba el propio Barroso, ella le dijo, apretando un pañuelo como si quisiera exprimirle la blancura: «A partir de ahora, para ti no hay más puta que yo», y Barroso, con su característica sonrisilla de fullero, se jactaba de que él le replicó que eso no es algo que se aprenda en dos días. Hasta que ella, a los ocho o nueve meses de casada, se volvió a Puerto Real («Ahora soy un viudo sin cadáver mediante»), donde, por cierto, Barroso localizó el rastro documental de un antepasado suyo que a finales del siglo XVI combatió nada

menos que contra la armada anglo-holandesa.

Lo que decía el poeta Miguel Prado de Celis, el friolero, el del frío finito, cuando alguien, en el casino, con el periódico entre las manos, comentaba con admiración la grandiosidad de un monumento o de una obra pública: «Eso son física y matemáticas y unos cuantos albañiles. Lo que tiene mérito es escribir un buen soneto, no construir bloques de casas o poner una fuente en un parque. En este mundo, la perfección sólo puede estar en un soneto. Lo demás son chapuzas».

EL PASTELERO VILLALTA tenía fama de tacaño, como si perteneciera a la estirpe de los Quirós en vez de a la suya, y por eso sorprendió muchísimo que diese un banquete para más de treinta personas en los salones del balneario, con la amenización a cargo de la Orquesta Pacífico.

«¿Qué celebra Villalta?» Unos suponían que, dado su carácter agrio, tal vez el inminente fin del mundo, otros que su cumpleaños y otros daban por hecho que se había vuelto loco.

Villalta iba de mesa en mesa animando a todo el mundo a beber y a comer. A la hora del baile, se dedicó a manosear a las mujeres mientras la suya lo miraba con ese desprecio que, a fuerza de ejercitarlo durante décadas, ya ni siquiera respondía a un sentimiento, sino a un hábito insensible.

«¡Que no se vaya nadie todavía!», suplicaba Villalta al percatarse de las primeras deserciones. «¡Todo el mundo a bailar!», y los músicos de la Orquesta Pacífico tocaban por Machín o por pasodobles o por valses modernizados, y Villalta acabó bailando solo en la pista, dando camballadas.

Luego se supo que Villalta ofreció el banquete porque le habían diagnosticado una enfermedad incurable, con una esperanza de vida de pocos meses, de modo que el dispendio no entraba en contradicción con su célebre tacañería, aunque el razonamiento resultaba escalofriante: gastar todo lo posible para dejar lo menos posible a su mujer y a sus hijos, con los que andaba a peores que a malas.

Mientras veía yo a Villalta dar tumbos en la pista, poseído él por esa felicidad amarga y despreciativa de los que se saben moribundos, me acordé de aquella vez en que encerramos en una habitación a Polín el Majara, allá por 1937, y Villalta, borracho y mandón, se divirtió en interrogarlo, acusando a Polín de cosas que el pobre Polín no se hubiese atrevido siquiera a imaginar, lo que no fue obstáculo para que Villalta le partiese la cara. «Con estos nunca se sabe. Más vale que aprendan de antemano la lección. Si la aprenden tarde, ya no tienen remedio», y cambió de asunto: «Vamos al Central a tomar algo. Convidáis vosotros», nos dijo a Barroso y a mí.

Y al Central nos fuimos.

Villalta brindó con la mano manchada de sangre, aunque no podíamos saber si sangre suya o de Polín el Majara.

LUIS BERGALO era patrón del pesquero *Bergantina*.

Una madrugada de agosto de 1936, mientras faenaban en aguas de la bahía, Bergalo y los cuatro tripulantes de su embarcación vieron emerger del agua negra una mole negra que formó un remolino de espuma negra.

Los marineros, ya se sabe, tienden a dar por sentada la existencia de monstruos acuáticos. Llevan eso en el subconsciente, o en la imaginación, o donde sea. Monstruos desconocidos para la humanidad, salvo para ellos, que los ven con los ojos alucinados de la superstición. Monstruos ensoñados que tienen menos relación con la biología que con la mitología.

La estirpe maldecida, en fin, de Leviatán, la serpiente tortuosa, como si dijésemos.

En un primer instante, Bergalo y su tripulación dieron por hecho que aquella epifanía era de condición sobrenatural y, en consecuencia, cada cual debió de sentir esa mezcla de terror y de fascinación que nos invade cuando la realidad se manifiesta en contra de sí misma.

El misterio, sin dejar de serlo del todo, se disipó cuando lograron apreciar la silueta de un submarino. De la escotilla salieron al poco un oficial y dos cabos.

El oficial preguntó por el patrón y Bergalo se identificó como tal. El oficial reclamó a Bergalo los víveres que llevasen a bordo y las reservas de combustible. Una vez consumada la incautación, el oficial firmó un recibí con la relación de los bienes confiscados y se lo entregó a Bergalo: «El Gobierno legítimo de la República se hará cargo en su momento de las compensaciones pertinentes».

Durante el resto de su vida, Bergalo disfrutó de poder narrar aquel episodio que fue su gran gesta, su aventura cardinal en el mundo, su encuentro, al fin y al cabo, con el monstruo marino que inquieta los sueños de todos los que se andan en tratos con el mar.

«Mire usted», y se sacaba de la cartera el recibí, amarillento ya como un pergamino.

Desde muy joven, cuando faenó durante un tiempo en los

caladeros africanos, Bergalo tenía tatuada en el antebrazo izquierdo la figura de una sirena; años más tarde, en el derecho se hizo tatuar la de un submarino.

Como no podía ser de otro modo, la gente acabó refiriéndose al patrón Bergalo como Bergalo el del submarino.

«De repente, empezó a ponerse el agua como si estuviera hirviendo y…».

(Fernán Barroso, tras una de sus laboriosas investigaciones, concluyó que «el submarino de Bergalo» era el *C-2*, a cuyo mando estaba el capitán de corbeta Juan de la Mata, que acabó en la prisión flotante del buque *España nº 3*, en el que fue fusilado y arrojado al mar).

CUANDO a doña Evarista Galván se le tambaleó la razón, le entró miedo. Un miedo sin porqué, aunque formulado con la autoridad de un argumento irrebatible: «Estoy muerta de miedo», decía, sonriendo. «Tengo un miedo grandísimo». Y pedía que no la dejasen sola con su miedo, o que la dejasen a solas con él, según el día.

Miraba siempre en derredor, como si buscase algo en el aire, algo que justificase su miedo, la corporeidad de aquel sentir trastornado, la manifestación material del miedo que estaba matándola de miedo. Buscando, como quien dice, a su asesino.

«Estoy muerta de miedo», y sonreía. Y aquella sonrisa suya era la prueba de que tenía miedo de verdad, de que verdaderamente estaba muriéndose de miedo, porque era la sonrisa resignada de quien tenía el miedo metido en el alma, en los huesos y en la sonrisa.

Para distraerle el miedo, su sobrina Inés –que había sido dama mayor en las fiestas patronales de 1964– la llevaba de visita a casa de sus amistades, las que seguían vivas. Al rato de pregonar su miedo en casa ajena, doña Evarista preguntaba: «¿Qué hora es?», y le respondían, no sé: «Las cinco», y entonces resoplaba y decía: «¿Las cinco? ¡Qué miedo! Yo quiero irme», y le preguntaban: «Pero, ¿por qué va a irse usted tan pronto?», y ella contestaba, sonriendo: «Pues porque tengo mucho miedo y prefiero pasar miedo en mi casa». Y doña Evarista andaba por su casa muerta de miedo, sonriendo. Como si le cayera bien su miedo. Su miedo universal y sonriente.

Se pasaba horas y horas frente a su aparato de radio, oyendo las noticias para alimentar su miedo, aunque ella no iba, creo yo, a la anécdota –una guerra, una epidemia o un terremoto–, sino al centro de lo aterrador, a la esencia trágica de los sucesos mundiales, para refinar así su miedo abstracto, tan dentro de ella como ella misma, tan consumida ya que se le transparentaban los huesos a través de la piel, casi vuelta ella un esqueleto recubierto de un tejido pálido de miedo.

Doña Evarista Galván era hija de don Pedro Galván, juez y filatélico, y se casó con un veterinario de Utrera, donde vivió

hasta la muerte de su marido. A dos de sus tres hijos los mataron en la guerra. Al otro, el menor, Julio, lo quitó de este mundo un accidente de coche.

Era este Julio aficionado a los libros y creo poder asegurar que fue la primera persona que leyó en nuestro pueblo a Marcel Proust, en la edición, en cuatro tomos, de Calpe. Y creo poder asegurarlo porque, cuando doña Evarista se murió de miedo, o de lo que fuese, su sobrina desmontó la casa, conservó lo que quiso y malvendió lo que no, de modo que los libros de Julio –todos con su firma en la página de respeto y con la fecha y el lugar de su adquisición– fueron a parar al almacén del trapero al que decían el Gorrito, a quien compré los cuatro tomos por un duro. *(Julio Gómez Galván. Sevilla, 1926).*

LEOPOLDO VARGAS GRIMALDI, de padre gitano y descendiente de aventureros genoveses por la rama materna, quiso ser matador de toros, pero engordó siendo joven y, por tirón telúrico de la mitad de su estirpe, la de las fogatas y los caminos inciertos, la del bronce, se metió a cantaor flamenco para dar quejidos elegiacos como manifestación de su mal entendimiento con el destino.

En su vida adulta, lució dos ternos cortados por un sastre afamado de El Puerto de Santa María, se dejó caracolillos en la nuca y se adornó el paso con un bastón de bambú que le daba el aire de un mariscal calé.

De muchacho, llegó a torear en festivales y becerradas. «El toreo es cosa de mucho busilis. Si esa tarde te roza la frente el Espíritu Santo, gloria en las alturas, pero como no...», pontificaba ya de viejo, cuando la gordura se había apoderado de él y andaba con los ternos reventones y abrillantados por el roce. «Todas las cosas del arte son un misterio», decía, y a partir de ahí divagaba a lo difuso. Y se dejaba invitar. Sus anfitriones lo animaban: «Cántate algo», y entonces Leopoldo Vargas se frotaba las manos, marcaba palmas sordas y rompía a cantar con la cara congestionada, conforme a la deriva de su sentimiento, que oscilaba entre los cantes festeros y los sombríos y quejumbrosos.

Vargas saludaba a la gente con la pompa con que bendicen los obispos: «Buenas tardes, señores. ¿Cómo están esas gambas?», preguntaba a la clientela pudiente del Central. Y hacía méritos para convidarse: «¿Les canto un poquito por Caracol?».

Vargas estaba instruyendo a un chavalito que digería con exaltación de menesteroso el veneno de la tauromaquia y que también tenía un cuerpo que tiraba a relleno. «No creo que nos vaya a caer encima a los dos la misma tragedia», objetaba Vargas cuando la gente le pronosticaba que el muchacho iba para gordo, con lo cual podía aspirar como mucho a picador. «La ciencia ha adelantado mucho», concluía Vargas.

Durante un tiempo, en su afán de seducir a la fortuna, apoderó a un soldado de la Base que se hacía llamar John de Georgia y que se envalentó para vestirse de luces en algunas

becerradas, hasta que ascendió en la jerarquía profesional y un novillo del hierro de Murube lo volteó varias veces en el aire como si fuese un muñeco de trapo, lo que tuvo como consecuencia fatídica que el arrojo folklórico se le fuese como le vino. «A ver, Vargas, ¿cómo va a ser torero alguien que no habla español?», le preguntaba Barroso.

Vargas cantaba por los bares por gusto o por la convidada y en algunas fiestas por un dinerillo con el que iba bandeándose y redondeando los ingresos irregulares que le producían los gallos ingleses que mandaba a América a través de un intermediario y que gozaban allí de un prestigio de verdugos.

Cuando le daba por adentrarse en las honduras del pensamiento abstracto, le gustaba soltar frases categóricas relativas a cuestiones estéticas: «En esta vida hay que tener arte hasta pa mearse en los pantalones».

«Gitano, siéntate aquí un rato con nosotros», le animaban los habituales del Central, por oírle las miserias. «Esos trajes tuyos parecen ya de charol, por las replanchaduras, y no sé cómo no los revientas», le picaban, a pesar de que Vargas los había mandado a ensanchar, hasta donde dieron de sí, al taller de Micaela Soto, costurera de arreglos. «Para sastres, los de Madrid, y en segundo lugar los de Sevilla», podía decir entonces Sebastián Bódalo antes de hablar de los cuatro o cinco años que él pasó en Madrid, y de los sastres punteros, y de las cupletistas que brillaban como joyas de perdición en la madrugada de las coctelerías. Y el farmacéutico, al hilo de aquello, podía lanzarse a evocar su juventud de estudiante, tiempo suyo de plenitudes mundanas. Y Villalta, el pastelero agonizante, podía animarse a teorizar sobre el punto idóneo del merengue. Y Leopoldo Vargas Grimaldi, con su bastón de bambú sobre las rodillas, solía aprovechar aquellos momentos de rememoración y ensoñamiento para pelar una gamba.

REMEDIOS VALDÉS era propietaria de Comestibles la Providencia y la encargada de recitar las letanías en los rosarios de la aurora, pues tenía una voz que mezclaba la dulzura angélica con la firmeza castrense.

Cuando murió, murieron también algunas palabras que sólo le oí a ella, dueña de un pequeñísimo diccionario alternativo.

Describía a una muchacha, por ejemplo, como «espantijosa», que venía a ser una categoría intermedia entre pudorosa y remilgada, o bien como «salpicona», por alegre y vivaracha. Y muchas otras: «pamplinista», «gatofino» o «pulveroso», que aplicaba a lo que le parecía bien aplicar, con oscilaciones en el significado, a veces inescrutable, aunque el tono te daba pistas.

El peor insulto que podía dedicar a alguien, el más degradante y demoledor, era «frailuco».

También recurría a expresiones peculiares. Si entraba frío por una puerta o por una ventana, decía que se colaba por allí «la filoxera». Si se sentía cansada, decía que le faltaba «calidad». Si soplaba un viento fuerte, lo definía como «la fiesta del pandorgo».

Aparte de eso, nació con la peculiaridad de tener cuatro riñones. «Dos en funcionamiento y dos expectantes, a la espera de acontecimientos», según bromeaba el doctor Figueroa.

Remedios Valdés fue madrina de guerra durante la contienda del Rif y casi a diario escribía una carta a su soldado desconocido, al que, aparte de alguna lata de conserva o de una tableta de chocolate, mandaba estampas de oración, calcetines y guantes tejidos por ella, aunque sin certeza de que las cartas y los obsequios llegasen a destino, por lo incierto de las rutas que habían de seguir y por las muchas manos por las que habían de pasar.

Su momento estelar lo tuvo con la confección de un «detente, bala» en el que se esmeró con labores de ganchillo y de encaje sobre una estampa del Sagrado Corazón. Antes de mandarlo al soldado, una sobrina suya lo colocó en una de esas capillas portátiles que las beatas y monaguillos distribuyen por las casas de los temerosos de lo imprevisible, de los enfermos

esperanzados y de los agonizantes, y lo expuso, para disfrute general, en el casino, donde el párroco Lacaci le dio la bendición.

Hubo quien se permitió comentar que aquello, más que un «detente», parecía una de esas escarapelas que les ponen a las vacas premiadas en los concursos de vacas. El coronel Vázquez, que, a pesar de haber pasado a la reserva, o tal vez por eso, vivía en una especie de éxtasis heroico permanente, con el pensamiento militarizado desde que se levantaba hasta que se acostaba, y cabe suponer que también en sueños, llevó las cosas al territorio áspero de la realidad y sentenció: «Como te pongas en la trayectoria de una bala, ni la armadura de Carlos V».

Más allá de ese idilio epistolar y figurado, Remedio Valdés nunca tuvo novio, quizá porque llegó a sentirse la viuda de aquel muchacho que, según contaba ella, no murió matando, sino de cólera morbo, lo que lo hacía aún más inocente, más víctima de la voluntad de Dios que de la locura de los hombres. Llevó de por vida Remedio Valdés en su adentro ese luto por fidelidad a un fantasma, más nítido tal vez en su pensamiento que la figura oronda y adornada de Pedro Carrizo, quien la pretendió con tenacidad, aunque no hace falta decir que del todo en vano.

PEDRO CARRIZO lucía cinco anillos de oro. Tres en la mano izquierda y dos en la derecha. Del cuello le colgaban tres cadenas de oro con cinco o seis medallas de oro.

Aparte de sus ornamentos, Carrizo lucía suficiencia. Podría decirse que todas las frases que salían de la boca de Carrizo empezaban por «YO», con la vocal también en mayúscula. Podría decirse, en fin, que, de haberse dado las circunstancias históricas y personales adecuadas, Carrizo hubiera sido tal vez un general tronante y frenético que defendiese con menos honor que temeridad un baluarte indefendible, o incluso un emperador dedicado a labrarse la gloria mediante el exterminio y la destrucción de los territorios conquistados, pero el destino quiso poner a Carrizo tras el mostrador del Bar Carrizo, que abría de seis de la mañana, para dar desayunos, a doce de la noche, para ofrecer una última estocada de aguardiente a quien eso le viniera bien para dormir.

El Bar Carrizo abría todos los días de la semana para que Carrizo pudiera comprarse cosas de oro en la joyería de Martín Honorio, que perdió el ojo derecho en la guerra, como creo haber precisado anteriormente, y que escribía poemas en la revista de verano de la localidad: *Brisas*.

LA REVISTA *Brisas* la editaba Sergio Gómez, teniente de la Guardia Civil, que con una aportación del ayuntamiento y con la publicidad de algunos comercios locales cubría costes y se ganaba además unas pesetas, aunque la verdadera ganancia, según él, no era otra que la de satisfacer su vocación de periodista, conciliando de ese modo el ejercicio de las armas con el de las letras, así fuesen las letras volanderas de la prensa periódica.

En sus páginas se ofrecían noticias locales, conjeturas sobre la huella dejada en el pueblo por civilizaciones míticas y arcaicas, ecos de sociedad, divagaciones líricas y consejos de higiene. También en cada número, invariablemente, el joyero Martín Honorio ofrecía a la afición un poema, siempre sobre la base de la poética de alguna eminencia en ese arte, de modo que lo mismo regalaba un soneto al modo aproximado de Lope de Vega que un romance al estilo calé de García Lorca, según el año y según el giro de su musa parasitaria.

Contaban del teniente Gómez que se le veía rondar de madrugada por las calles, espectral y sigiloso, esclavizado por las fantasías del deseo y del amontillado Cabriola, en busca de amores rápidos y de pago. «A Gómez, en cuanto cae la noche, le suenan por dentro los tambores de África y las trompetas de los siete ángeles del Apocalipsis», según el dictamen metafórico y epigramático de Barroso.

Brisas lo mismo publicaba la elegía ripiosa a un niño muerto que la necrológica ensalzadora de algún prócer local que «marchó a la Casa del Padre», pues no se contemplaba la posibilidad de que hubiese marchado al Purgatorio, y no digamos a la zahúrda en llamas de Satán. Eso quedaba descartado: cualquier difunto que apareciese en las páginas de *Brisas* había sido, con fórmula inmutable, «español ejemplar y cristiano caballero».

Ofrecía *Brisas* reclamos publicitarios para atraer a los veraneantes, a pesar de ser una revista de circulación local que los veraneantes sólo podían leer si estaban ya aquí, sin necesidad de reclamos turísticos tan indiscutibles como el de EL MAR

SIEMPRE ES EL MAR o bien tan debatibles como el de LAS PLAYAS MÁS ACOGEDORAS DEL SUR.

En las páginas satinadas de *Brisas* podía disfrutarse de la loa a la dama mayor de las fiestas patronales («Una corte de ninfas te engalana…», «Más bella que en el sol los alamares…»), de digresiones vagamente escolásticas que tiraban a esotéricas, de sonetos en acróstico –lo que es gran maestría–, de la noticia gozosa de las bodas de oro sacerdotales de un párroco, de «dialoguillos poéticos» entre campesinos y ángeles o de poemas expresionistas a Cristo crucificado:

> Tras la parodia de aquel juicio aleve,
> infame lanza hundióse en tu costado,
> redención con tu sangre fue el pecado
> cuando agotó el dolor tu carne leve.

(Etcétera).

Un colaborador asiduo era el presbítero Jimeno, cuyo estro no tenía miedo alguno a las alucinaciones místicas:

> Con lanas de Humanidad
> –por que su grey no recele–,
> Pastor a un tiempo y Cordero,
> Enmanuel vestirse quiere…

En las páginas de *Brisas* todos los gentilicios se escribían con mayúscula: los Sevillanos, los Madrileños, los Ingleses… Bueno, los gentilicios y cualquier otra cosa, por una especie de tendencia a la elevación de categoría mediante la elevación tipográfica: el Verano, la Feria, la Bahía, la Fe, la Humildad…

Incluso Galiana, que fue concejal de cultura, a la vez que de parques y jardines, incluido el cementerio, se animó una vez a elucubrar en sus páginas sobre la materia más abstracta de su concejalía: «Debo decir, en primer lugar, que la Cultura, el concepto de Cultura que yo concibo, es un término muy amplio y que para mí la Cultura (del latín *cultura*) debe tener un sentido universalista y no tener apellidos, ya que encasilla el

conocimiento del Hombre a una sola faceta», y algunos se preguntaban quién le había escrito aquello tan categórico al concejal Galiana, ya que todo el mundo era consciente de que él no sabía con certeza si la tinta salía por el plumín de la estilográfica o por el capuchón.

Aparte de *Brisas*, disfrutábamos por entonces de dos publicaciones de periodicidad irregular y de espíritu devoto: *El Trono de María* y *El Mirador Mariano*. El nombre de la primera sugería la solemnidad de una monarquía etérea y celeste: la Reina entronizada; la cabecera de la segunda, con su leve aliteración, insinuaba un asomarse a la supravida de la Señora virginal. Ambas revistillas competían en piropear a la Madre: si en *El Trono de María* le concedían la condición de Abogada, de Corredentora y de Mediadora, en *El Mirador Mariano* ensalzaban «el jazmín celestial de tu sonrisa», le otorgaban la cualidad de ser un «ampo de nube y nieve» o la dibujaban como «nácar entre la arena».

Por si a alguien le interesa, *El Trono de María* la editaba Rogelio Chirado, que de joven quiso ser marino mercante porque le llamaba la mar, aunque se quedó varado como gerente del hostal Buenos Aires, mientras que *El Mirador Mariano* era empeño de Lolo Bergalo, dueño de El Eco de París, comercio especializado en vestidos de novia y de fiesta.

LUIS REYES, contable de la Comercial Ferretera, tenía una muletilla: «¡Para qué te comunico!». La aplicaba a todo. Si alguien le preguntaba por su salud, respondía: «¡Para qué te comunico!», y lo mismo si le preguntaban por alguien, por algo, por cualquier cosa visible o invisible.

Nadie sabía bien lo que comunicaba Luis Reyes con su muletilla interjectiva que sugería un afán de comunicar y, al mismo tiempo, la inutilidad de la comunicación.

Otro que tenía una muletilla era Eugenio Fontana, oficial de Telégrafos, que remataba casi todas sus frases con un «digo yo», como si se disculpase por decirlo, o como si tuviera la convicción de que todo, incluido lo más evidente, está sujeto a la interpretación y a la controversia, según quien lo diga.

…Y no me olvido de la muletilla de Eugenio Sánchez, representante de vinos de Jerez y Sanlúcar: «¿Empeño? Por la cucaña», con lo que pretendía dar a entender que a casi nada merece la pena dedicar demasiados afanes, premisa con la que en la antigua Grecia tal vez hubiese podido crear una escuela filosófica, aunque aquí no pasó de ser considerada una tontería.

Para qué te comunico.

Digo yo.

La cucaña.

A LAURA MARTÍN, alma local de la Sección Femenina, le gustaba hablar de enfermedades, de las imaginariamente suyas, que eran casi todas las conocidas por la ciencia médica, como si su organismo fuese una novela de terror en la que, sin aviso, el hígado de Laura Martín amanecía envenenado por una bacteria, el corazón de Laura Martín se paraba en seco o los pulmones de Laura Martín se encharcaban con un fluido magmático de consecuencias letales.

Cerraba ella los ojos para mirarse el cuerpo por dentro, y dentro de él veía un bulto sospechoso, un órgano tumorado, una arteria a punto de estallar. Exploradora de sus dolencias interiores, Laura Martín se palpaba el cuerpo como si su cuerpo fuese un campo de minas.

Si no se notaba nada raro, lo interpretaba como el presagio de un mal en gestación, de la incubación de un tumor de los de morirse en cuatro días, aunque ella murió a los noventa y tantos, y con ella su intrigante novela mórbida, escrita en el aire con la misma caligrafía sangrante que los créditos de las películas de vampiros.

EL PRINCIPAL contrincante lírico del joyero Martín Honorio no era tanto Prado de Celis como el abogado Braulio Garcés, que publicaba en las revistas del pueblo unos sonetos de inspiración sacra, con preferencia por los crucificados y por las vírgenes en sus variadas advocaciones:

Señora de esa luz desamparada
que en la noche del Gólgota relumbra
igual que un corazón que en la penumbra
arde en llama de amor enamorada,

ayúdanos a ser contra la nada,
socórrenos del mundo que acostumbra
abrirnos ese abismo que vislumbra
el alma que se quiere sosegada.

Faro en la gran tiniebla de los mares,
¡oh perla de la fe, consuelo nuestro
en esta aterradora tempestad!

Alívianos, señora, de pesares,
de la duda que ahonda en lo funesto.
¡Reina de la clemencia, ten piedad!

Garcés llevaba qué sé yo la de años ganando los Juegos Florales, echándose al bolsillo las dos mil quinientas pesetas del premio y prendiendo la flor natural con un imperdible en la solapa de su smoking, hasta que Barroso, en su calidad de secretario del ayuntamiento, cabe suponer que harto de tener que oír año tras año, en la gala en honor de la santa patrona, las ocurrencias rimadas de Garcés, decidió incluir en las bases de la convocatoria una cláusula según la cual no podían concurrir los galardonados anteriormente, lo que desoló a Garcés: «Contaba yo con ese dinerillo extra…». Aunque no sólo por eso, claro está: también por la esfumación de aquellos momentos de gran gloria en que subía al escenario, hacía una reverencia de trovador galante a la dama mayor de las fiestas, se dirigía al atril, daba un

golpecito de comprobación al micrófono y, ahuecando la voz, declamaba sus ristras de octosílabos y endecasílabos, rematados con el preceptivo madrigal dedicado a la dama mayor, que, sentada en su trono de purpurina y gutapercha, con un ramo de flores en el regazo, iba recibiendo con expresión atónita las metáforas que convertían sus mejillas en amapolas o rubíes, sus dientes en perlas iridiscentes y sus ojos en azabaches o en turquesas, según.

Ya de viejo, a Garcés se le coló en el pensamiento una obsesión: que la Guerra Fría acabaría por calentarse y la URSS se adueñaría de Europa, sometiendo así a todos los países no sólo a una tiranía proletaria, sino también al ateísmo materialista, lo que tal vez le sirvió de estímulo para publicar su libro *Loas sacras*, compuesto por doscientos sonetos, lo que no era desde luego poca cosa, aunque tenía escritos muchos más.

FEDERICO DE QUIRÓS, conocido como El Fósforo, por lo que conté, tenía de guardés del cortijillo La Enramada, allá en el cerro de Castro Romano, propiedad suya, a Olegario Sánchez.

Olegario vivía allí solo, cimarrón y montuno, y desde hacía años no bajaba al pueblo para evitar así la tentación de acabar malamente en las tabernas, en las que contaba con un historial turbulento. Apenas tenía trato con la cuadrilla de arqueólogos que de vez en cuando aparecía por la finca para catar y excavar, pues hubo allí una fortificación en el tiempo de los romanos imperiales, como el nombre del cerro indicaba.

Una mañana de verano, Quirós paró en La Enramada en compañía de Rendón, de Melero de Soto y de unos camaradas forasteros con los que llevaba un par de días dando tumbos festivos por la comarca, aunque cabe suponer que ya con la alegría en esa fase declinante en que se escora al hastío.

A falta de cantaores y de mujeres, que eran los recursos habituales para intensificar esas expansiones, Olegario Sánchez era el único factor de entretenimiento disponible, de modo que con él se divirtieron una vez que el desayuno campestre dio paso al consumo del fino Macharnudo, que ya mojaba lo muy mojado durante aquella gira.

Le hicieron montar a pelo y con los ojos vendados un potro a medio domar. Le hicieron correr detrás de una gallina y ensillar un ternero. Le obligaron a beber todo lo que Olegario se había obligado a no beber en los últimos años en su lucha contra aquel mal encantamiento. Por último, ya con la diversión en fase asalvajada, Quirós le ofreció veinte duros si bajaba al pozo y capturaba un sapo, un lagarto o una culebra, lo que hubiera por allí, y Olegario se arrojó al pozo, menos por la recompensa que por obediencia debida, y todos le animaban desde el brocal. Pero Olegario Sánchez no consiguió salir del pozo, por más que intentó escalar por la cuerda del balde.

A falta de otra solución, pues nadie andaba con la mente clara, se optó por dejarlo allí, confiado a la Providencia: «Ya saldrá cuando se le pase la juma», y se fueron.

Federico de Quirós siempre fue un hombre de suerte: aquello

tuvo lugar el 14 de julio de 1936, y lo que vino a continuación hizo que el de Olegario Sánchez se diluyese entre otros muchos cadáveres, igual que pasa en una epidemia. En tiempos de guerra, al fin y al cabo, no te mueres de nada en concreto. Te mueres de guerra, digamos.

Quirós no habló jamás de aquel episodio, pero sí Eligio Rendón, que fue muy aficionado a narrar las epopeyas en que había tomado parte, al menos hasta el momento purificador en que decidió hacer borrón y cuenta nueva de su pasado.

Y el misterio principal: ¿por qué se empeñaba Quirós en tomar pastillas de fósforo para fortalecerse la memoria?

Una leyenda familiar sostenía que, durante la guerra, Antonio Romero, maestro nacional, profesor particular de piano y numismático, había emparedado las piezas más valiosas de su colección de monedas y que, por un sentido extremado de la seguridad, o por una desconfianza extrema hacia el rumbo imprevisible de los acontecimientos de la postguerra, había dejado todo donde lo escondió, sin decir a nadie dónde, en parte quizá porque aquel secreto le otorgaba ante los suyos la autoridad y el aura del dueño de un tesoro. El caso fue que murió de repente, y con él su secreto.

Jacinto Romero, su hijo, no dejó muro de la casa por picar, baldosa por levantar ni escondrijo por inspeccionar, incluido el aljibe ya seco, y acabó viviendo en una casa ruinosa, pues no mandaba reparar lo destruido, lo que no le impidió reunir una nutrida colección de muñecas de porcelana a las que se distraía en vestir y desvestir.

LOS ANUNCIOS de *Brisas*:

ULTRAMARINOS VALLEJO. *Comestibles de finura. Selección de alpargatas*

FONDA EL COMERCIO. *Confort sin igual y habitaciones con lavabo*

BAR EL INESPERADO. *El mejor marisco de la bahía. Manzanilla en rama*

GESTORÍA LA GLOBAL. *Eficiencia y diligencia*

LA GOLOSA MARCELA. *Especialidad en sultanas de coco de Jamaica*

FINO PIPIOLO. *El regalo del paladar selecto. Con la acreditada garantía de Bodegas Hnos. Méndez*

PANADERÍA MECÁNICA DE LUIS VALERA. *El pan de los dioses*

COMESTIBLES LA PROVIDENCIA. *Amplio surtido de conservas y legumbres. Jabonería. Cerería*

PASTELERÍA LA GUINDA DE ORO. *El dulzor de la vida*

SEGUROS LA MUNDIAL. *Vida. Incendios. Cosechas. Accidentes. Ganados. Cinematografía*

FUNERARIA EL TRÁNSITO. *Solemnidad garantizada*

A DOMINGO REYES, secretario administrativo del Socorro Rojo Internacional y tesorero del Sindicato de Profesiones Varias, se lo llevaron una noche, lo fusilaron en un descampado y lo tiraron a una fosa común en el cementerio de Puerto Real, según unos rumores, o en el de El Puerto de Santa María, según otros.

Décadas más tarde, su hermano José, cosario que cubría la ruta entre el pueblo y Sevilla, seguía preguntándose por él: «Por la mañana estaba conmigo y ya no lo vi más. ¿Dónde estará mi hermano?». Esa fue la pregunta esencial en la vida esencial de José Reyes, su enigma irresoluble: aquella esfumación como de número de ilusionista.

El pesar parecía llevarlo por dentro como si fuese un coágulo de ámbar, con el recuerdo del difunto encapsulado allí igual que el insecto milenario al que mató la casualidad, la resina goteante y dorada.

El dolor adquiere forma, se escenifica: en el dolor de José Reyes se adivinaba una noche sin contornos, unos disparos, tal vez las maldiciones y las risas despreocupadas de los ejecutores, el cadáver de su hermano en el suelo.

José Reyes murió preguntándose, como un hábito de aflicción, por el paradero ignorado de aquel hortelano que desapareció una noche, llevado entre cuatro, para acabar enterrado en ese sitio que para su hermano fue siempre la tierra más incógnita del mundo.

«En la fosa de Puerto Real», le aseguraba Barroso. Pero quién sabe.

A JAVIER MÉNDEZ, alias Patito –aunque otros lo apodaban Potingue–, lo fusilaron el 16 de septiembre de 1936 porque debía cien duros a Melero de Soto por la renta de una parcela de labor y Patito le dijo que no tenía intención de pagárselos, con el argumento de que aquellas tierras salitrosas no valían para el cultivo, sin saber lo que luego llegaría a ser Melero de Soto: el primero que, nada más enterarse por la radio del Alzamiento, se plantó en la Plaza del Consistorio con una escopeta de caza para ayudar en lo que fuera necesario; el primero que se puso a las órdenes del gerifalte falangista Zamacola cuando este llegó al pueblo con su centuria portuense y el primero que gritó consignas retadoras ante la Casa del Pueblo, cerrada ya a cal y canto. El pionero de casi todo, como quien dice, lo que le valió para que se le considerase la persona idónea, por encima de los títeres asustadizos del ayuntamiento, para dirigir los destinos de la Patria a escala local, aunque los cien duros se vio obligado a darlos por perdidos.

En la década de 1930, Mariano Rodríguez de Rivas organizó en Madrid una serie de visitas a los jardines y cementerios románticos en compañía de escritores como César González-Ruano, Agustín de Foxá y Alfredo Marquerie, que recitaban allí sus prosas y versos de retórica lúgubre y apesadumbrada.

Los textos que se leyeron en aquellas rondas se editaron en 1935, al cuidado tipográfico de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, en edición de 225 ejemplares numerados, con el título de *Los crepúsculos*. En los créditos se especifica que «el ejemplar número 1 se imprime en honor de Charles Baudelaire, poeta de una obra que amó el crepúsculo y poeta de una vida que se abría en los atardeceres» (¿?), y se hace constar que sería depositado «encima de su tumba del cementerio de Montparnasse de París».

Pues bien, años más tarde, durante uno de esos banquetes que le gustaba organizar con cualquier pretexto al alcalde Blasco de Quirós, José María Pemán, con su suelta facundia, rememoró aquello y propuso a nuestros poetas locales emular la experiencia, propuesta que, viniendo de quien venía, fue acogida menos como una diablura que como un mandato estético.

Se fijó la fecha (el 6 de junio de 1955) y la hora (las 11 de la noche), con el compromiso por parte de Pemán de inaugurar la efeméride luctuosa con algo suyo escrito *ex profeso*, detalle que entusiasmó a los poetas locales, que de ese modo se veían ya contagiados, por emanación, de la gloria de aquella gloria en vida gaditana, así fuese por compartir escenario con él y así fuese el escenario el cementerio.

Llegó el día y dio la mala casualidad de que soplaba un viento de levante que parecía prologar el fin del mundo, con rachas bravías y silbantes, pero allí acudimos todos, vestidos –según se dio por preceptivo– de negro riguroso. Bueno, todos no, porque al final el vate Pemán excusó su asistencia, lo que puso a los poetas locales de un ánimo más mortuorio que el que llevaban de por sí.

El consuelo fue que se presentó sin aviso el poeta sevillano Juan Sierra, a quien todos admiraban por su poesía sacra de

empaque barroco, aunque a todos desconcertaba con sus poemas de vena surrealista, pues lo mismo bebía aquel poeta del manantial de agua clara del clasicismo que de los veneros tóxicos del subconsciente. (Bolaño –de quien luego hablaremos–, que acababa de comprarse un diccionario de mitología, en la nota introductoria que puso en las páginas de *Brisas* a una serie de décimas de exaltación mariana firmadas por el sevillano, decía de él: «Juan Sierra es el Jano de la poesía española. Una de sus caras mira a la Virgen Santísima y la otra a Lucifer, al ser el más devoto de los paganos y el más pagano de los devotos»).

Los cipreses del cementerio, combados por el vendaval, parecían arcos a punto de disparar una flecha a la luna. La arena de los senderos volaba como una metralla fina. Alguna que otra corona fúnebre rodaba por allí, como también rodó el sombrero del poeta Miguel Prado de Celis.

Los versos se dijeron a toda prisa, sin florituras en la entonación, sin gustarse en el eco de las rimas, pues el tiempo no acompañaba para el lucimiento, igual que ocurre en las tardes ventosas de toros.

Allí estábamos, en fin, en medio de aquella especie de aquelarre lírico, y creo que todos nos sentimos ridículos de repente, burlados no sólo por el viento y por Pemán, sino también por los muertos, que se reirían de nosotros desde su ultratumba.

«Bueno, señores, esto parece que ya no da más de sí», sentenció el alcalde Blasco de Quirós, de modo que nos dispersamos, con algo muy frío por dentro, frío como los mármoles de las lápidas, que parecían haberse licuado para metérsenos en la sangre.

«Pemán ha demostrado que no tiene palabra», se lamentó Prado de Celis, una vez recuperado su sombrero.

(UN DATO: en 1927, el ayuntamiento de aquí concedió a Pemán el título de hijo adoptivo. En 1931, tras la proclamación de la República, se le revocó el nombramiento, aunque no se alegó un motivo político para la revocación, sino otro más pintoresco y un tanto tangencial: el gasto indecoroso que ocasionó al ayuntamiento el banquete y el diploma. En septiembre de 1936, el vate y orador gaditano volvió a ser adoptado en sesión solemne y plenaria.

Según Barroso, lo de Pemán con el pueblo venía ser una trama propia de Dickens: «El huérfano intermitente», decía).

El año de 1950 fue importante para Fernán Barroso por dos acontecimientos dispares: se compró una Moto Guzzi y descubrió un libro que le fascinó: *Kaputt*, de Curzio Malaparte, del que no dejaba de hablar desde el fervor y la hipérbole, lejos de la chufla que solía aplicar a sus consideraciones: «Ahí está quintaesenciado el horror suntuoso de la guerra».

A tanto llegaba su exaltación que a varios nos regaló un ejemplar de la edición española de 1947, y a tanto llegaba su entusiasmo que, a través de la embajada de España en Roma, logró que a Malaparte, «el esteta del fascismo», le llegase una carta suya en la que le manifestaba aquel entusiasmo.

El caso fue que Malaparte le contestó con un tarjetón con membrete de la revista *Prospettive*, con cuatro líneas de agradecimiento protocolario, pero que para Barroso, no obstante, fue algo así como el verse de repente en posesión de los manuscritos del Mar Muerto.

Durante semanas, Barroso llevó encima el tarjetón de Malaparte para mostrarlo a quien pudiera interesarle e incluso a quien no.

En 1957, dieron en el periódico la noticia de la muerte de Malaparte. Barroso llegó cabizbajo al casino, como si se le hubiese muerto un hermano («Se nos ha ido el último poeta épico», se lamentaba), y a todo el que andaba por allí volvió a mostrar el ya célebre tarjetón: *«Caro amico di quella Spagna eroica. La ringrazio davvero per la Sua lettera fraterna e le Sue parole lusinghiere nei confronti del mio libro, che mi hanno fatto tanto piacere. Le porgo i miei distinti saluti. Malaparte».*

Por casualidades que no vienen al caso, aquel tarjetón acabó en mi poder, con arreglo a esa vocación peregrina que tienen las cosas inertes, huellas de un tiempo que está ya fuera del tiempo, porque me da a mí que tanto la esencia originaria como el sentido final de los objetos mueren a la vez que su propietario y son tan cadáver como él.

LA GENTE daba por hecho que al Niño Roberto, propietario de la Fábrica de Hielo y Champanería la Royal, iba a matarlo el alcohol, pero el caso fue que lo mató una frase. Una frase que dijo, eso sí, con mucho alcohol encima.

La frase que habría de matarlo se la soltó, en marzo de 1936, en el Bar Central, a Eligio Rendón, que paró allí a tomar un café tras salir de una junta de gobierno en la casa de la hermandad de penitencia de la que era tesorero, pues se acercaba la Semana Santa y los devotos andaban de preparativos. El Niño Roberto, que era de boca más imprudente, soez y temeraria a medida que avanzaba el día, le hizo una pregunta: «¿Ya vienes de ponerles a tus muñecos cositas doradas en la cabeza?». Pero esa no fue exactamente la frase letal, sino la que le dijo a continuación: «Por mucha penitencia que hagas, siempre serás una maricona».

Nadie se explicaba cómo le dio por ahí al Niño Roberto, que salía de penitente en un par de procesiones, y se convino que el alcohol le había endiablado del todo el pensamiento y que ya no era dueño de sus actos y mucho menos aún de sus palabras, poseído como estaba desde adolescente por el maleficio de la bebida.

En la madrugada del 14 de septiembre de 1936, el Niño Roberto fue sacado a la fuerza de su casa y ya no volvió. «Lo mataron los suyos. La gente de orden», se quejaba su madre.

Eligio Rendón se jactó durante un tiempo de haber librado al país de un golfo, aunque, al correr del tiempo, le dio por decir que él no había tenido nada que ver con la muerte de nadie.

ANTONIO VALDÉS estaba en este mundo como pudiera estarlo en el otro, pues era de natural apático, como si el mundo sólo le interesara –y muy vagamente– como curiosidad incomprensible.

Valdés fue, por orden cronológico, dueño de una pajarería, concejal, corredor de fincas y se jubiló de escribiente de la notaría de Juan Monroy, tras lo cual se dedicó a la cría de jilgueros, canarios y petirrojos, como quien cierra un círculo. A los que cantaban poco o sin armonía los soltaba en su azotea, que para aquellos pájaros, nacidos en jaula, debía de ser el territorio sin fin de la Nada inmensa.

«Yo he hecho de todo en esta vida», decía, dándose el mérito de un aventurero. «De todo menos emborrachar a las mujeres y salir a pescar por la noche».

Valdés, que llevaba un peluquín que le daba un vago aspecto de muñeco de ventrílocuo, paraba mucho en el Central con el farmacéutico y allí hablaban de las incidencias del orbe con el atrevimiento y la convicción de unas eminencias. «El día en que estalle un planeta y nos caigan encima los meteoritos…», y tomaban gambas.

A Valdés le gustaba leer libros de divulgación para poder decir, por ejemplo, si veía a una mujer con un perro o si el Mono pasaba con su chihuahua tuerto de Liliput: «Julio César, cuando se daba un paseo por Roma y veía a mucha gente con perros y monos, se preguntaba si las mujeres no parían niños. Y no lo digo yo, sino el mismísimo Plutarco».

Desde que inauguraron el cine Victoria, Valdés no dejaba pasar una sola película. «El cine es una cosa muy rara, don Herminio: parece que aquella gente está allí delante de usted huyendo a caballo o yendo por agua al arroyo. Como en el teatro, pero en gigante». Y el farmacéutico decía que muy bien, pero que él no iba al cine a perder el tiempo. Algunos tampoco iban nunca al Victoria porque durante la guerra, cuando aquello era el Teatro Calderón, recluyeron allí, a falta de sitio en los calabozos, a muchos desafectos, ya fuesen notorios o presuntos.

A Valdés le dio un día un ataque y se quedó inválido de medio cuerpo. Andaba como si tuviese de plomo la mitad de su

persona. Impulsándose como el fardo de sí mismo. Con la boca torcida, detenida en un gesto de repugnancia. Incluso el peluquín parecía ladeársele un poco. «¿Cómo va eso, Valdés?», le preguntaba el farmacéutico mientras pelaba las gambas del aperitivo. Y Valdés miraba al farmacéutico comerse las gambas, porque a él le faltaba medio cuerpo para poder pelarlas y no estaba dispuesto a comerse una gamba pelada por otro.

EN LA BOÎTE La Cueva, los naipes eran arrojados sobre la mesa por los jugadores afortunados con la arrogancia de quien ha dominado el cálculo de probabilidades.

(El muslo blanco y blando, entre un tul negro, de la ya envejecida. Las piernas cruzadas de la novata en la degradación, que aún fuma con impericia y con asco, pero que sabe que tiene que fumar).

El humo de los cigarrillos vagabundea por el aire dibujando ectoplasmas. Como si fuese la fumarola que sale de la lámpara maravillosa antes de que se corporice el genio que concede tres deseos.

Alguien derrama un vaso.

«Hace mucho calor», se quejan los clientes y las mujeres. Toni Saavedra, el encargado, ceutí de cuna y luego nómada, reconoce a regañadientes que hace mucho calor y, a pesar de que tiene por parte del dueño la encomienda del ahorro, empiezan a girar con lentitud las aspas de los ventiladores, hasta que cogen fuerza y dispersan el humo, pero no espantan el calor.

Una carcajada traspasa la cortina escarlata del reservado.

Los ojos que parecen espiar. Los ojos que parecen no mirar nada y miran todo.

Una reunión de furtivos a cara descubierta, acogidos a un código: La Cueva es una realidad alternativa en la que nadie es quien es.

La región clandestina.

Un ballo in maschera.

Y el olor de aquello.

MANUEL MONJE, alias Triana, quiso ser torero de arte, pero acabó de torerillo bufo en el espectáculo *Toros y alegría*, alternando con enanos que se mostraban traviesos en el ruedo y afligidos en la intimidad, con una *troupe* de flamencos especializados en los cantes chicos, con un imitador de Antonio Machín que era en realidad un gitano con la cara embetunada y guantes negros, con un tragafuego de Lebrija que se hacía pasar por indio y con una vaquilla que parecía saberse de memoria, palabra por palabra, todos los tomos de la enciclopedia taurina de Cossío.

Cuando dejó atrás aquella especie de bohemia cañí, se dedicó al negocio de la rifa y vendía papeletas por el pueblo, pregonero él de fortunas, cargado con la mercancía que gentilmente ofrecía el azar a través de su persona: una radio transistor o una cesta de comestibles o una tostadora de pan o una muñeca habladora o lo que fuese.

A nadie, que se sepa, le tocó nunca nada de lo que rifaba Monje, del que la gente murmuraba que andaba conchabado y a comisión con el dueño de un ultramarinos, con el de una tienda de electrodomésticos y con el de una juguetería, a los que devolvía el género una vez rifado.

«Al único que le toca lo que rifas eres tú», le reprochaban, pero él se encogía de hombros para dar a entender que la suerte va por el mundo a su antojo y parecer. Aun así, la gente le compraba las papeletas, en parte por ser muy baratas, en parte por quitarse a Monje de encima, pues podía ser muy cargante con su promesa de grandes chambas, y en parte por misericordia, ya que él vivía en el recuerdo de sus días de gloria terrenal en el mundo del espectáculo, cuando la vida le era alegre y viajera y todo le parecía eterno y sin más allá, mientras soñaba el sueño de otro sueño, por decirlo de algún modo. El incumplido: el de no ser Monje, sino Triana.

(Hace mucho, pero como si fuese hoy…)

EL OJO DE CRISTAL de Martín Honorio dio lugar a un debate medio cómico y medio teológico en el casino: había quien opinaba que era algo así como el ojo de Dios, porque el joyero y poeta veía a través de él lo que no veía nadie, y quien opinaba que era el ojo del demonio, al ver a su través lo que no debería verse.

A falta de otro objeto de burla, bueno era, en fin, el ojo postizo, aquel ojo díscolo e individualista que daba a la mirada de Martín Honorio una focalización asimétrica, entre el terror, la indiferencia y el asombro.

«Mientras el ojo izquierdo mira una cosa, el otro ojo, el ojo loco, mira otra cosa», sentenció Barroso. «Ese ojo está siempre frío», remató Vallejo.

Y ahí quedó el coloquio, porque un ojo tampoco da mucho de sí.

BALTASAR DONAIRE, Hijo Predilecto de nuestra Villa, tenía varias empresas prósperas repartidas por la provincia de Madrid y solía aparecer por el pueblo una vez al año, siempre en día festivo, con la pompa de un mesías industrial nimbado en un resplandor de oro contante y sonante. La banda municipal hacía un pasacalles muy de mañana, antes de clarear, en homenaje a su advenimiento. La gente se despertaba con la charanga y se asomaba a los balcones como si hubiese estallado una revolución.

A Baltasar Donaire –«el rey mago Baltasar», según el epigramista Barroso– las autoridades le preparaban una recepción solemne en el salón capitular del ayuntamiento, con maceros y gallardetes y discursos. Baltasar Donaire recibía los elogios del alcalde con el ensimismamiento de un eremita. Con los ojos cerrados. Con la humildad mortificada de quien se ve apabullado por tanta glorificación.

Baltasar Donaire se paseaba luego por el pueblo con el boato del dueño de unos grandes tesoros, estrechando manos y oyendo sin escuchar las historias de penurias que le contaban los espontáneos, esperando de él el milagro caritativo de la multiplicación de las cosas comestibles.

«Prometo montar una fábrica aquí el año que viene. Se lo debo a este pueblo, que es el mío», proclamaba Baltasar Donaire con los ojos vidriosos por la emoción, y la gente aplaudía y se imaginaba, flotante en el aire, un edificio humeante y productivo, un manantial de dinero.

Cada año hacía la misma promesa. Cada año, al oírla, las autoridades sonreían con la satisfacción de haber arrancado a Baltasar Donaire aquella promesa. Cada año, después del pasacalles honorífico, de la recepción de gala y del baño de multitud, Baltasar Donaire, vestido de negro, se marchaba en su coche negro, con su chofer vestido de negro, dejando un poso de ilusión laboral en quienes soñaban con la instalación de aquella fábrica: «Don Baltasar ha prometido que el año que viene…». Y todos se esforzaban en creer que aquella sería la fase definitiva de la promesa eterna: «El año que viene…». Y al año siguiente

Baltasar Donaire, cada vez más viejo y más desorientado, más vulnerable a los halagos municipales y a la lágrima fácil, daba un discursillo de mucha bambolla retórica en el salón capitular del ayuntamiento: «El año que viene…».

La gente temía que Donaire se muriera antes de poder cumplir su promesa. Aun así, la fábrica crecía en la imaginación de muchos como un recinto sagrado y remoto, como el templo industrial de las quimeras: «El año que viene…».

Pero los años se fueron como relámpagos y acabaron llevándose en su vértigo a Baltasar Donaire, lo que tuvo como consecuencia que el alcalde decretase tres días de luto oficial y que la bandera del balcón del ayuntamiento ondease a media asta, con un crespón.

Su primogénito heredó el tratamiento que en el pueblo se había dispensado a su padre, y decía: «Mi padre murió con la ilusión de montar aquí una de nuestras fábricas. Prometo que el año que viene…». Y en los ojos de los menesterosos volvía a brillar la ilusión de la fábrica, la fábrica de las ilusiones.

El pasacalles se repetía cada año con su despliegue de marchas militares y de sones de zarzuela y la recepción oficial transcurría anualmente con su rutina de discursos esperanzadores que procuraban conjugar el lirismo y el pragmatismo, a la espera de un compromiso concreto con respecto a la fábrica abstracta.

«El año que viene…», y el hijo de Baltasar Donaire iba envejeciendo como envejeciendo iba en la imaginación de la gente la imagen de la fábrica. La fábrica en ruinas antes de construirse.

(DONAIRE HIJO entró en bancarrota y parece ser que acabó malvendiendo los pocos negocios que logró librar del embargo. Años más tarde, se rumoreó aquí que lo encontraron muerto en una calle de Estepona, donde había abierto una coctelería servida por mujeres, pero quién sabe, porque a la gente le gusta mucho meterse a novelista y todo lo que se habla forma una especie de corriente subterránea que nadie ve, pero que todo el mundo oye. El fluir de un agua envenenada: «A ese…», y ya ese, quien sea, puede darse por… ¿cómo decirlo?… Por *¿fabulado?*)

ELADIO MAS tuvo de niño un caballo de balancín, de capa alazana y crines blancas, y se daba en él cabalgadas ilusorias por los desiertos abrasadores, por el Far West y por las callejuelas sinuosas de Bagdad, al hilo de las sugestiones que le brindaban las películas que echaban en el Royal Cinema, que fue la cueva de Montesinos de los veranos de su infancia, el lugar de los encantamientos.

Cuando no tuvo edad de jugar con el caballo, llevaron el juguete a un trastero con goteras. El caballo se mojó y le salió moho.

De niño, Eladio Mas imaginaba que aquel caballo tenía cosas escondidas en su interior: bolindres, golosinas e incluso ánimas de pistoleros muertos. Que el caballo era, en suma, algo así como el tan célebre de Troya, sin él saber lo de Troya hasta que, años después, vio la película de Robert Wise y se acordó del caballo de su niñez y fue al trastero para rescatarlo, movido por esa melancolía –se diría que casi sólida– que se deposita en nuestras pertenencias infantiles, pero el caballo no estaba, y nadie supo decirle por qué no estaba donde tenía que estar, así fuese reblandecido por el agua de las goteras y desfigurado por el moho, aunque Eladio recuperó con el pensamiento la estampa del caballo desvanecido, convirtiéndolo en un caballo mayor de lo que era, más esmaltado, con las crines más largas y onduladas. La imagen inmóvil, en fin, de aquel caballo que jamás volvió a balancearse, paralizado en el vacío tan rarísimo del tiempo, igual que el reloj de Herminio de la Lastra, el reloj Junghans que no funcionaba como debía por una causa extremadamente misteriosa, indescifrable incluso para el relojero Beltrán, que lo arreglaba todo.

(Otro caballo…)

EN 1953, cuando las autoridades norteamericanas, a propuesta expresa de Franco, decidieron elegir este pueblo como enclave para una base naval, el presidente de Estados Unidos era Eisenhower.

Vicente Canales Padilla, que parecía entender el vivir como una sucesión de ocurrencias improvisadas, y mejor cuanto más estrambóticas, tuvo la ocurrencia de regalar a Eisenhower el caballo más vistoso de los cuatro o cinco que ocupaban sus cuadras. Quizá porque admiraba a Eisenhower como cosa en sí, digamos, lo que tal vez no tendría demasiado fundamento, o quizá porque admiraba a Eisenhower por la eventualidad de que fuese presidente de Estados Unidos, lo que, sin tener tampoco fundamento alguno, tendría al menos un poco de sentido, dentro del poco sentido que solían tener las ocurrencias de Vicente Canales, ya fuesen esas ocurrencias de índole intelectual, como, por ejemplo, su afán infructuoso de escribir una comedia rural y estrenarla en Madrid, o de índole meramente absurda, como aquella vez en que subió a la azotea de su casa en la madrugada de un Viernes Santo y se dedicó a tirar cohetes, lo que a punto estuvo de costarle una detención de no haber mediado en el asunto su padre, don Ernesto Canales y Daoíz, terrateniente, amigo de juventud del dictador Primo de Rivera y camarada de vejez del poeta Pemán.

Vicente Canales mandó una carta a las autoridades de la base militar en la que explicaba el motivo de su regalo, en el caso de que regalar un caballo a un desconocido admita algún motivo y alguna explicación.

La respuesta se hizo esperar, sin duda por tener que recorrer muchos conductos, pero al fin le llegó, firmada por un funcionario del gabinete del presidente, que en nombre de su jefe le agradecía muy de corazón el obsequio, aunque le precisaba que, dado el carácter peculiar de aquel regalo, y dado también que el traslado del caballo a Washington se vería sometido a trámites logísticos y sanitarios de bastante complejidad, el señor presidente se honraba en considerarse dueño de aquel animal de

tan buena estampa –como podía comprobarse en las fotografías con que Canales acompañó su escrito–, pero que, una vez sopesado el asunto, se decidía que el señor Canales quedase como custodio del caballo en cuestión, así su propiedad se transfiriese de pleno derecho al señor Eisenhower.

De modo que, gracias a la ocurrencia de Canales, Eisenhower pasó a ser propietario de un caballo que nunca poseyó y Canales dejó de ser dueño de un caballo que en la práctica siguió siendo suyo.

El caballo se llamaba *Trotillo*, o tal vez *Tardillo*, no lo recuerdo, pero la gente solía referirse a él como «el caballo de Eisenhower», empezando por el propio Canales, que decía a su mozo de cuadra: «Ensíllame hoy el caballo de Eisenhower». (Él lo pronunciaba algo así como «Ezenjave»). Otros llegaban más lejos y suprimían la preposición: «el caballo Eisenhower».

El abogado Mendoza Pereira, que alardeaba de su conocimiento del arte ecuestre porque su padre fue coronel al mando de la Yeguada Militar de Jerez y él se crio entre cabalgaduras, se arriesgó a dictaminar que el caballo de Eisenhower tenía un defecto: el lomo demasiado largo. «En caso de venta, eso lo abarataría mucho», para añadir: «Y en un concurso morfológico, lo descalificarían a la primera». Barroso, por su parte, no se privó de ensayar una de sus agudezas habituales: «Vicente se ha creído que Eisenhower es Calígula».

En el Casino Municipal, Canales se jactaba de que Eisenhower le había prometido, a través de un alto funcionario, que, cuando visitara las instalaciones militares de la base, montaría su caballo brioso, su tan preciada posesión de ultramar. Su «*pure Spanish horse*».

Y el debate:

–¿Eisenhower no está muy mayor para montar a caballo?

–Igual ni siquiera sabe montar.

–Todos los americanos saben montar a caballo.

–Los que montan bien son los indios –apostilló Antonio Valdés en su calidad de cinéfilo.

Eisenhower murió en 1969 sin pisar la base. El caballo murió unos años antes sin sentir sobre su lomo demasiado largo el peso histórico de Eisenhower.

Por lo que respecta a Vicente Canales, se mató una noche de 1971 en su Dodge Dart de color verde cuando volvía de Jerez de la Frontera, adonde iba a menudo a mezclarse con flamencos y a contar a sus amistades nocturnas de allí aquellos chistes suyos de los que sólo se reía él, que a su vez era el único que no se reía cuando alguien hacía una alusión chistosa al caballo de Eisenhower.

EL COMPETIDOR profesional de Serafín Méndez, el barbero fascinado por las ciencias ocultas, era el maestro Bertolera, que tenía su establecimiento, rotulado como SALÓN DE CORTAR EL PELO, en la calle Veracruz.

Lejos de entretener su tiempo de recreo con la exploración de los ultramundos extraordinarios, a tientas entre fumatas sacrílegas y espíritus errabundos, que era, según vimos en su momento, el ámbito de interés de Méndez, el maestro barbero Bertolera se entretuvo en catalogar los apodos de los vecinos, pues raro era el que no tenía uno. Apodos que los hijos heredaban de sus padres, a menudo como única herencia, y que acababan suplantando a la larga al apellido, hasta el punto de que los Curtido pasaban a ser los Bazuelo, los Medina pasaban a ser los Cachitopán y los Castellano se convertían en los Caracolillo. Y así perduraban, como digo, a la manera de sobrenombres legendarios, transmitidos de generación en generación, aunque no faltaban los degradantes, con su sufijo de desprecio: Papelucho, Ricacho, Perrata…

El propio maestro Bertolera era beneficiario de uno, ya que sus apellidos eran Real Santamaría, y ni él sabía de dónde salió aquello de Bertolera, que es palabra que no existe en ningún idioma y que, más que un apodo, parecía un enigma. Un sonido vacío. «De mi abuelo me viene», y ahí se paraba el escudriñamiento, pues más atrás sólo había tinieblas: aquel instante en que alguien decidió que alguien no iba a llamarse como se llamaba, sino Bertolera.

El maestro Bertolera, en fin, echaba sus ocios en eso, en fijar esa labor de transformación nominal del vecindario, ese baile de disfraces de la identidad: un modesto número de magia que hacía desaparecer el yo para que de la chistera saliese un ser ajeno a sí mismo: Pericopatuca. Bombillazo. Hociquito. Singusto. Cuatrotiempos. Cortarrabo. Negrochuru. Miracielo. Ojitovinagre. Treschica. Caritaplata.

«¿VIERON USTEDES al gigante?». Lo preguntó Eligio Rendón en el casino. «¿Qué gigante?», preguntó a su vez Vallejo.

El caso fue que un día apareció por el pueblo un hombre altísimo, al que algunos estimaban una altura de dos metros y otros, los aficionados a magnificar las anomalías, de al menos dos metros diez, si no más. Nadie sabía quién era, y nadie lo supo: se paseó durante un rato por las calles del centro y no se le volvió a ver, como si fuese una aparición sobrenatural de quita y pon.

«Tenía pinta de extranjero. La gente de aquí no es tan alta. Además, un gigante español siempre acaba en un circo», apreció Barroso, y hubo acuerdo en lo de la extranjería, incluso entre quienes no habían visto al visitante.

Bocanegra dijo que le habían dicho que a alguien le habían dicho que vieron al forastero al volante de un coche muy grande de color rojo. «Seguro que era un coche extranjero», y la lógica impuso que un extranjero condujese un coche extranjero, y más aún tratándose de un extranjero tan grande.

El misterio, en fin, iba adquiriendo contornos: un gigante extranjero que llegó aquí en un coche extranjero de color rojo y muy grande, acorde con la magnitud de su conductor.

«Un caso claro de gigantismo», según Lastra, que reconoció no haber visto al gigante. «Eso viene por un problema en la somatotropina, que es la hormona del crecimiento», precisó el médico Figueroa. El comandante Navas se acordó de la giganta rubia de la compañía de los artistas de Liliput. «Esa no era giganta, sino grandota», diagnosticó Figueroa.

Y así se echó atrás la tarde. Como si estuviésemos dentro de un cuento oriental. Como si hubiese pasado por el pueblo el gigante que devoró a los hombres de Simbad el Marino en su tercer viaje por las regiones más prodigiosas y peligrosas del orbe.

VICENTE GAMERO era fotógrafo de profesión y polemista en sus ocios. En sus últimos años, su afán se centró en mandar día sí y día no una carta al director de *Diario de Cádiz*. Cartas en las que protestaba de cosas, ya fuesen locales o internacionales, concretas o abstractas, morales o técnicas. Casi nunca se las publicaban, lo que también era motivo de protesta para él, que parecía haber hecho del protestar el fundamento de su estar en el mundo.

En el casino y en el Central, sus argumentos airados resonaban como una amenaza bíblica, con la contundencia de la soflama de un profeta que dispusiese de un remedio instantáneo para el Caos, aunque la gente le oía las sulfuraciones como quien oye en un teatro las hipérboles de un melodrama.

Más que por sus fotos en sí, a Gamero se le recuerda por un mono que tuvo. Al parecer, se lo regaló un pariente cosmopolita que vivía por la parte de Málaga y que se lo trajo de un viaje. No sé de qué raza era el mono, pero tenía el tamaño de un gato. Gamero incorporó al mono como elemento profesional y la gente se hacía fotografías de risa con el mono de Gamero. Pero Gamero se hartó del mono y protestaba también del mono, que al parecer era revoltoso y glotón, aparte de no mostrarle respeto alguno y de haber cogido el vicio de chapotear en las bandejas de revelado. Hasta que un día el mono desapareció. «¿Qué ha hecho usted con el mono?», le preguntaban. «¿Con el mono?», preguntaba él como respuesta. «Menudo hijo de puta era el mono», y ahí quedaba la explicación. Algunos bromistas iban al estudio y le pedían una foto con el mono cuando ya el mono estaba en paradero desconocido. «¿Con el mono? ¿Con el mono?», les preguntaba Gamero, y los echaba a empujones.

Un día Gamero cayó enfermo de cama y dejó de vérsele por las calles, aunque seguía escribiendo sus cartas de razones coléricas.

Cuando alguien le preguntaba a Rosa, su mujer, por la salud de Gamero, ella le decía: «Se pasa la noche en vela hablándome de muertos. Y a mí me habla también como si estuviese muerta».

Hasta que Gamero dejó de hablar de los muertos y se fue con

ellos, tránsito que tuvo lugar –si no me falla la memoria– durante las fiestas pascuales de 1964.

ANTES DE LA GUERRA, Luis Varela, panadero, se afanaba en buscar argumentos en contra de la existencia de Dios mediante razonamientos que aspiraban a convertirse en conclusiones científicas irrefutables, y con aquello se entretenía, sobre todo cuando alguien le llevaba la contraria y la discusión se escoraba al territorio de lo abstruso, que es donde suelen acabar los debates teológicos, a falta de un soporte empírico.

Durante y después de la guerra, optó, no obstante, por practicar un ateísmo mudo, digamos, ya que no secreto, pues nadie ignoraba que en su mente seguían bullendo las convicciones de siempre.

«¿Va ya existiendo Dios para usted o todavía seguimos en las mismas?», le preguntaba Barroso, o bien: «¿Ha sacado ya usted la papeleta de sitio para la procesión del Nazareno?», y el panadero Varela, que pasó de ateo fogoso a prudente, se limitaba a agachar la cabeza con mansedumbre, como si estuviese inundado de beatitud, aunque, según Barroso, en los ojos se le notaba que el ateísmo le ardía por dentro como un fuego de azufre.

De tarde en tarde, Barroso recibía el encargo de trazarle el árbol genealógico a algún nuevo rico –o medio rico– del pueblo. Aquello le divertía mucho, sobre todo porque, antes de empezar la tarea, ya conocía el resultado, por mucho que sus clientes entretuvieran la expectativa de que apareciese un vizconde o un obispo no en el tronco, pero sí al menos posado en alguna rama, como un imprevisto pájaro exótico.

Allá por 1980, el escritor argentino Manuel Mujica Láinez, al que dijeron que su familia materna era oriunda de aquí –aunque con la grafía Laynez–, visitó el pueblo en busca de sus raíces, en compañía de un joven secretario demasiado joven tal vez para ser un secretario, y le pasó lo mismo que a los que encargaban a Barroso lo del árbol con la esperanza de hallar en él una rama dorada, hasta el punto de que, según contó luego nuestro sapiente y chismoso cronista, que fue su anfitrión y guía durante aquella visita fugaz, el aristocrático autor porteño, vista la estirpe que le señaló Barroso, optó por suponer que le habían dado una pista falsa y que su familia materna debía de provenir de unos Láinez de la localidad de Medina Sidonia, no de los Laynez de aquí.

…Otro que le encargó un árbol de fantasmas familiares a Barroso –apellido, por cierto, según decía él, de origen árabe, cabe suponer que de sultán para arriba– fue Guillermo Balanta de Fontaine, que había nacido aquí accidentalmente, por la profesión de militar de su padre.

De joven, Balanta se fue a Australia, donde hizo fortunilla con el negocio de la exportación de cobre, y, por él sabría qué antojo de la sentimentalidad, vino aquí, cuando enviudó, a esperar su muerte, que daba por inminente, aunque el desenlace no se produjo hasta un decenio más tarde. «Balanta tiene más salud que un canguro», bromeaba el médico Figueroa.

Tras rastrearle el linaje, Barroso expuso a Balanta unas conjeturas –Senegal por medio– que gustaron poco al cliente.

«Cuanto menos se sacudan esos árboles, tanto mejor», determinó el genealogista. «Tarde o temprano, aparece por allí el mono de Gamero».

EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN que se habilitó en los terrenos del antiguo Consorcio Almadrabero hacinaron a varios centenares de prisioneros de guerra traídos de medio país.

Se contaba que el sargento Vázquez, que era natural de Algodonales y tenía media cara quemada, se divertía con ellos: los hacía formar en la playa a las horas de calor por el gusto de ver desmayarse a los más debilitados, aun andando todos desnutridos y exangües por los trabajos improductivos que les encomendaban para no darles ocio, aunque a veces el alcalde los reclamaba para una obra pública a cambio de un rancho y de una copa de moscatel. A los conflictivos les pasaba el sargento Vázquez un alambre de espino por el cuello y los jalaba como si fuesen perros. A los que se animaban a conspirar los fusilaba y los sepultaba en la playa, toda vez que la Comisión Gestora se negó a correr con el coste de los numerosos enterramientos de los penados.

Muchos chiquillos se agolpaban cada tarde tras la alambrada para ver a los cautivos. Algunos les lanzaban mendrugos y otros les tiraban piedras.

POR DESIGNIO de Barroso, a Miguel Pérez de Lerma y Ruiz-Henestroza se le aplicó en un principio el apodo del Etcétera. Para abreviar. Miguel el Etcétera. Pero Barroso, al ser ocurrente por naturaleza y casi por oficio, le concedió más tarde el título bufo de marqués del Perejil, en atención al oficio de frutero del hasta entonces el Etcétera y a la rimbombancia de sus apellidos. Rimbombancia que, según esas pesquisas históricas que se entretenía en llevar a cabo Barroso, era debida a que a finales del siglo XVIII fue destinado a la Iglesia Mayor Parroquial un cura que había sido capellán de no recuerdo qué casa condal ecijana y que padecía de ínfulas aristocratizantes, aunque desde un ángulo un tanto paradójico, digamos: a todo al que bautizaba, así fuese hijo de gañán, de limosnero o de medio vagabundo, le enlazaba los dos apellidos paternos con los dos maternos, a menudo barajándolos en función del efecto eufónico, sin priorizar los del padre sobre los de la madre, y añadiéndoles a su antojo un guion, una «y» o una «de», o las tres cosas, y de ahí que en el pueblo abunden los apellidos compuestos, hasta el punto de que algunos podrían servirle a un caballero andante: Arana de Bergalo y del Valle Monforte, pongamos por caso.

Cada mañana, Barroso, cuando iba camino del ayuntamiento, saludaba, con una leve reverencia, a Miguel (etcétera), que llevaba ya un buen rato disponiendo el género en su frutería: «Buenos días tenga el señor marqués». Y el aludido agachaba servilmente la cabeza y fingía sonreír con el fatalismo de quien se sabe convertido en un pelele por la ocurrencia de un ocurrente. Una ocurrencia que llevaba un veneno oculto, ya que el frutero había tenido un cargo en el sindicato Nuevo Horizonte de la CNT, aunque, en cuanto se vio venir lo que finalmente vino, se apresuró a ofrecerse como camarada a los falangistas, entre los que fue acogido con ese desprecio que se dispensa a los conversos.

Al correr de los años, a Miguel (etcétera) le dio por decir que en su casa había un fantasma y consultó el asunto con el barbero Serafín, el esoterista, quien al parecer le recomendó la práctica de algunos sortilegios de efectividad acreditada de los muchos

propuestos por san Cipriano en su libro magno, aunque por lo visto el fantasma en cuestión siguió en su sitio, que no era otro, claro está, que la cabeza de Miguel Pérez de Lerma y Ruiz-Henestroza, de quien nunca se supo si se había vuelto loco o si se hacía el loco, y que tuvo muy mala muerte, porque parecía que le llegaba y tardó en llegarle.

«Reina de Israel, por cuya pureza y lozanía suspiran las estrellas y los astros...». Ignacio Munive dio su pregón con la voz solemnizada de los rapsodas favorecidos por Calíope, la musa de la elocuencia.

Las autoridades ocupaban la primera fila del teatro. El público abarrotaba el patio de butacas con sus galas escogidas. En el escenario, las damas de honor parecían flotar dentro de sus vestidos blancos de princesa literaria.

«Faro clemente del náufrago y el descarriado, Señora de las tinieblas disipadas, a tus plantas pongo esta ofrenda de elogios y de súplicas...».

Las cuatro hijas de Munive, con mantilla negra, movían como abanicos sus pestañas de concubinas lujuriosas del califa a la vez que enroscaban el rosario en los dedos como si fuera una serpiente.

«Máter de refulgencia cegadora, pasmo del pecador y bálsamo de los tormentos...». Las letanías acababan en aplausos, como si Munive estuviese participando en un concurso de advocaciones y ganara cada ronda: «Alteza celestial, mansa del Señor, regazo acogedor del indigente...».

Tras los acordes de la marcha triunfal de *Aida*, de Verdi, Munive recitó el preceptivo madrigal a la dama mayor: «Perfecta flor de nieve y azucena...». Y la dama fue recibiendo el chaparrón de endecasílabos –algunos de ellos con los acentos dislocados– con el rubor de una reina impostora, de una cenicienta que era obsequiada con más tributos y honores de los que merecía, y se le saltaron las lágrimas. «Sirena de este mar embravecido...».

ERNESTO NEVA era pintor de arte, con la limitación de que sólo pintaba uvas. Racimos de uvas. Decía Neva: «El buen pintor se demuestra cuando pinta uvas. Ahí se delatan los impostores y los pintores malos».

El catedrático emérito Bódalo, que entendía un poco de todo, le replicaba: «Y las manos también. Yo incluso diría que lo más difícil es pintar manos», y Neva se mostraba de acuerdo, aunque a medias: «Sí, pero la complejidad de la uva…».

Neva teorizaba sobre el tratamiento artístico de la uva, a la que aplicaba características insoslayables para todo aquel que se arriesgara a pintar uvas: hablaba del «terciopelo de la uva», de «la neblina algodonosa que recubre la piel de la uva», de «la pátina etérea de la uva», de «la hondura de cristal de roca de la uva, porque la uva pintada no puede ser opaca», y así.

Cada año, más o menos, Neva montaba una exposición en el Casino Municipal. Ponía precio a sus cuadros, pero nadie, que yo sepa, le compró jamás uno, de modo que Neva los regalaba, pues su trabajo en la gestoría La Global le daba para vivir sin dependencia del negocio incierto de la uva artística.

«El tratamiento de las sombras de la uva…», podía decir de repente Neva en medio de una reunión, sin venir a qué, pero la gente, indiferente por lo general al universo específico de la uva, seguía a lo suyo.

ALBERTO PUNTALES, gestor administrativo, barítono del orfeón parroquial y tesorero del Ateneo Literario, Artístico y Científico, se metió a concejal porque antes se le metió en la cabeza la obsesión de promover la edificación de rascacielos en el pueblo para instaurar aquí lo que él denominaba «el modernismo».

Como es natural, y cabe suponer que por suerte para todos menos para él, en saco roto cayeron sus afanes, lo que le agrió un poco el sentir, al verse como un idealista desoído, arúspice en vano del modernismo urbanístico, augur desdeñado del advenimiento triunfal y soberbio de los titanes de hormigón.

«Del terreno que ahora ocupan diez o doce viviendas se sacarían doscientos apartamentos con vistas a la playa, pero…», se lamentaba cuando renunció a su concejalía al comprobar que sus compañeros de corporación se tomaban a chirigota su utopía de grandiosidad y elevación, hasta el punto de que algunos se referían a él como Alberto Rascacielos, por esa tendencia local, tan creativa, al apodo hiriente.

En el polo opuesto podríamos situar la utopía urbanística de Mario Nogales: someter el pueblo a una transformación arquitectónica retrohistórica, digamos. Consistía el curioso ensueño de este Nogales, en fin, en reformar los principales edificios del centro con arreglo al estilo del arquitecto paduano Andrea Palladio, de modo que la fachada del ayuntamiento tomase la forma de la del palacio Thiene Bonin Longare, de Vicenza, o que la del Casino Municipal se dignificase con la armonía de las líneas de la del Palacio Pisani de la localidad de Montagnana, y así con todo.

En colaboración con el carpintero Lacave, al que le dio por amenizar con labores de marquetería los tiempos regalados de la vejez, Nogales montó una maqueta de cómo quedaría nuestro centro histórico una vez sometido a su embellecimiento clasicista y la exhibió durante unos días en el casino con apreciable éxito de público, aunque con nula repercusión práctica en las fuerzas vivas, que se limitaron a sentenciar: «Otro chalao».

FAUSTO CERVANTES tuvo una pescadería y un día de tantos, sin aviso ni explicaciones, la cerró. A partir de entonces, nadie logró averiguar de qué vivió hasta aquella tarde en que lo encontraron muerto en la orilla de la playa, sentado en una butaca plegable y con su caña de pescar en la mano, pues le había dado por esa actividad recreativa, quizá para mantener un vínculo con el mar. Se dedujo que había pasado allí varias horas con el alma ya en vuelo libre hacia alguna de esas tres esferas teológicas a las que va a parar el alma inmortal de los adultos, pues la pleamar le cubrió los tobillos y la butaca se había hundido una cuarta en la arena reblandecida por el oleaje.

En torno a su falta de ocupación laboral circularon –cómo no– teorías imaginativas: algunos dieron por hecho que le tocó la lotería de Navidad y que, por mantener la cosa en secreto, cobró el premio en un banco de Jerez; otros, que había heredado de un pariente unas fincas arrendadas por la parte de Bornos, de donde era oriunda la rama paterna de su familia, incluidos aquellos Cervantes que patentaron el fertilizante agrícola Don Quijote, en competencia desigual con el gigante conocido como Nitrato de Chile.

Presumía él de haber sido asistente de un tal capitán Michavilla (o quizá Michevilla) en la toma de Ronda, al mando del general Varela, y a todo el mundo enseñaba una fotografía que le hicieron junto a su superior, con unos montes al fondo y un perrillo de lanas a sus pies. Durante un tiempo presumió también de sus hazañas, aunque luego, al igual que otros, las negó.

Como dato curioso y trivial, señalemos que a Fausto Cervantes le regalaron una pareja de palomos colipavos, lo que no dejaba de ser un regalo rarillo de por sí, pero sobre todo para hacérselo a un antiguo pescadero, a quien se supone que tiran más las cosas del mar que las del aire, pero el caso fue que le regalaron los palomos, ya digo. Les construyó Fausto un palomar en la azotea de su casa y cada día subía a echarles maíz o pan duro migado con la dedicación meticulosa de un mayordomo.

Yo los veía desde la azotea de mi casa: aquellos palomos que

exhibían la cola como si fuesen pavos reales. Pavos de Liliput, pavos empavonados y arrulladores, el macho siempre persiguiendo a la hembra, siempre arrastrando la cola con la gallardía chulesca de un palomo galante.

«Tengo que subir a dar de comer a los palomos», anunciaba Fausto Cervantes en el Central o en el bar de Pelapú, pues frecuentaba ambos, según la hora. La gente le decía: «No seas tonto y cómete tú los palomos, que sólo tienen gasto». Pero Fausto Cervantes subía a dar de comer a los palomos con puntualidad. Y el palomo macho, de tanto arrastrar su cola de pavo como un chulo, tenía siempre manchada su cola de pavo, su cola extravagante de pavo adherida como un complemento carnavalesco a su cuerpo de palomo, siempre arrullándole a la hembra, levantando la cola sucia con el hieratismo remilgado de un pavo.

«Los palomos», decía Fausto Cervantes tras apurar el vaso, como quien formula una obligación moral. Y subía a la azotea para echar de comer a los palomos.

Nacieron más palomos colipavos y el palomar fue llenándose de palomos colipavos incestuosos, un festival de colas de pavo añadidas como un abanico persa al cuerpo de aquellos palomos disfrazados de pavo, y Fausto Cervantes subía todos los días al palomar y se quejaba de que le daban asco los palomos colipavos porque todos tenían la cola manchada de mierda y se picoteaban entre ellos y siempre había varios con la cabeza ensangrentada y algunos se quedaban ciegos y se estrellaban contra la tela metálica del palomar que Fausto Cervantes, el pescadero emérito que vivía de él sabría qué, construyó esmeradamente cuando le regalaron los palomos.

EL COMISARIO VELARDE, que presumía de haber viajado por todos los enclaves emblemáticos de España, incluidos los africanos, pues su primer destino lo tuvo en Tetuán, perdió la poca serenidad que le permitía su cargo cuando en los muros del pueblo, con Franco agonizante, empezaron a aparecer pintadas subversivas. «Así se formó el otro lío», diagnosticaba. «Eso lo escribe el demonio», según él. «Pues me da a mí que el demonio se llama Benavente», se permitió suponer Barroso por el gusto de suponer algo, con el solo fundamento de que Benavente no ocultaba sus ideas mediante soflamas retadoras a las autoridades civiles y militares, e incluso eclesiásticas, cuando se pasaba de exaltación y de vasos de fino Pipiolo en el bar de Pelapú. «Ese no sabe ni escribir», objetaba Velarde.

Una mañana apareció en la mismísima fachada de la comisaría una pintada: «VELARDE CRIMINAL», a lo que alguien añadió debajo, en pequeñito, con un lápiz, antes de que la borrasen, «Y MARICÓN».

A pesar de que Velarde daba por sentado el analfabetismo de Benavente, lo mandó llamar y le hizo pasar la noche en el calabozo. «Por si acaso».

Lo de las pintadas fue a más. «Hemos abierto pesquisas», informó Velarde en el casino a pregunta de Bocanegra, el secretario judicial, que también andaba muy preocupado por aquel asunto.

UNA DE LAS MUCHAS VECES en que se le fue la mano con la bebida, el enano López se presentó de madrugada en casa de Herminio de la Lastra con una botella de brandy Fundador y con su arrogancia de gerifalte diminuto. «Soy yo», le dijo al farmacéutico cuando el farmacéutico le abrió la puerta y no vio a nadie a la altura de sus ojos, sino de su cintura, y pensó por un instante, en su soñera, que el Enano de la Sangre era un niño.

«Tengo que hablar con usted», parece ser que le dijo el enano. «¿Qué quieres hablar tú a estas horas?», parece ser que le preguntó el farmacéutico. El enano le tendió la botella. «Hasta la última gota», precisó el enano. «¿Tú estás loco?» El enano insistió: «Entera».

Hubo un forcejeo, declaró ante el juez el enano. No lo recordaba bien, declaró el enano. Don Herminio cayó al suelo y él le estrelló la botella en la cabeza, según reconoció. Había bebido mucho. Alegó que, siendo él niño, el farmacéutico se divirtió a su costa haciéndole tomar un jarabe. «Estuve una semana entera vomitando», se lamentó el enano ante el juez Manrique, que atendía aquel relato con el desinterés con que un anciano escucha un cuento infantil.

BASILIO PRAGA se llamaba en realidad Basilio Robles. El apellido postizo lo adoptó en 1976 –fecha de su segunda exposición individual– a sugerencia de un galerista de Sevilla que gestionaba unos cuarenta metros cuadrados de universo consagrados a la fugacidad rotatoria de las tendencias artísticas.

A él le pareció bien: Praga, tal vez porque se sintió de repente un ser modestamente nuevo, un poco más sombrío quizá, más dado al recogimiento, más aliado de las oscuridades y con más nieve en el ánimo. Praga…

En su juventud, antes de emplearse como jefe de compras en el ayuntamiento, Basilio Robles acudió durante un curso a la Escuela de Artes y Oficios de Cádiz, situada en el callejón del Tinte, frente a la crujía izquierda de un palacete de reconstrucción isabelina en el que algunos suponen que se alojó Lord Byron, aunque a saber. Aquella primera exposición de Basilio Praga como tal Basilio Praga tuvo precisamente como eje el poema «Muchacha de Cádiz» del londinense tumultuoso. El recién nacido Basilio Praga mostró al público una veintena de lienzos en los que ofrecía su versión pictórica de la visión turística de Byron: muchachas sobre fondos de colores casi puros, en contraste peligroso con melenas agorgonadas, con ojos que buscaban el misterio y se acercaban, no obstante, al espanto, tan lejos de la liviandad galante de los versos del poeta.

Luego vinieron más tentativas, expresionistas y abstractas, figurativas y simbólicas, barrocas y minimalistas, pues se ve que no encontraba el centro de sí... o bien que su centro era un embrollo.

Un día, fatigado tal vez de incertidumbres estéticas y de rutinas funcionariales, pidió una excedencia en el trabajo y decidió abrir un negocio dedicado a la venta de útiles de dibujo y pintura: PAPELERÍA Y MANUALIDADES PRAGA, y allí acabó perdiendo sus ahorros, hasta que, fatigados tal vez de sí mismos, tanto Basilio Robles como Basilio Praga aparecieron ahorcados en su casa de la calle Álvaro Méndez.

En el casino, Paco Gómez, que era dueño de Suministros Eléctricos Gómez y de dos cines de verano y que andaba muy

tocado de sombra por la muerte reciente de un hijo, sentenció: «Ese infeliz ha hecho lo que en el fondo nos gustaría hacer a todos, pero no nos atrevemos».

Villalta, por su parte, lanzó una pregunta: «¿Ahora sus cuadros valdrán caros?». Como era de esperar, hubo quien supuso que sí y quien supuso que seguirían sin valer nada.

EL CABO GALINDO, de la policía municipal, tuvo una obsesión muy concreta cuando se notó entrar en la vejez y ya no se sentía capacitado para misiones de mayor riesgo: dispersar a los niños que jugaban a la pelota en aquellos sitios en que un cartel anunciaba la prohibición de jugar a la pelota. De ahí su mote: el cabo Pelota, a quien se atribuía, junto a Pachuco el Insomne y dos más, la detención o secuestro, según se mire, a finales de 1936, de Domingo Reyes.

El cabo Pelota, como los otros de su gremio, llevaba en verano un correaje de cuero blanco sobre un uniforme caqui y un salacot forrado de tela blanca, lo que daba a aquel cuerpo de seguridad el aire de unos aventureros que se disponían a explorar una selva. En el caso del cabo Galindo en concreto, una selva repleta de pelotas salvajes.

CUANDO EL TIEMPO la jubiló de la casa de mujeres de la calle Gravina, Juana la Loba montó un kiosco al que los niños iban a comprar golosinas y los mayores a cambiar novelillas de amor y del Oeste y a llevarse, si lo había, un paquete de Winston de contrabando.

En los días en que soplaba viento de levante, a Juana la Loba se le ponían los nervios como cuchillas de afeitar y, aparte de despachar la mercancía con sus malos modos habituales, despachaba a la vez un repertorio de blasfemias. Gritaba ella por cualquier cosa y aquellos gritos resonaban dentro del kiosco como el lamento de una alimaña enjaulada. Cuando la Loba entraba en frenesí, los niños, para animar el asunto, tiraban piedras al tejado del kiosco y la Loba se pasaba un rato maldiciendo y cagándose en los muertos de todos los ángeles y de todos los arcángeles, y cabe suponer que se libraban los serafines, los querubines, los tronos y las dominaciones por no estar ella muy al tanto de la jerarquía de los coros celestiales.

La Loba acabó quedándose a dormir en el kiosco porque no pagaba el alquiler de su habitación en un corral de vecinos y la pusieron en la calle con un rebujo de enseres, lo que agravó sus males de cabeza.

Para algunos, el entorno del kiosco se convirtió en una zona peligrosa: «¿Dónde vas tú tan peripuesto y tan decente?», le espetaba a algún transeúnte que había sido cliente suyo en la calle Gravina y que sin duda se extrañaría de que aquel espantajo desdentado, vociferante y despeluchado hubiese sido una vez deseable, al igual que les pasaría con la Marwa, la de los grandes ojos de cierva, que vino de Túnez al poco de la llegada de los americanos y que fue perdiendo la razón a la vez que la juventud, hasta el extremo de acabar mendigando, descalza y harapienta, por las calles, tras haber sido la soberana exótica de la *boîte* La Cueva.

Juana la Loba murió en su kiosco. Pasaron tres o cuatro días antes de que descubrieran el cadáver. La gente veía cerrado el kiosco y prefería no preguntarse nada en concreto. Pero el sol pegaba en el techo de uralita y aquello acabó oliendo fuerte.

La sacaron de allí envuelta en una manta.

Los niños se ensañaron a pedradas con el kiosco como si quisieran abrir por la tremenda el gran cofre de las golosinas, el tesoro dulce de la bruja muerta.

Durante un tiempo, a todo el que pasaba por allí le seguía oliendo a cadáver. Parecía, además, que el kiosco era una caja de resonancia de ultratumba, pues la gente lo circundaba con el temor irracional de oír, por la costumbre de oírlos, los aullidos de la Loba, que por cierto era hermana de uno al que decían Morito Bravo porque sirvió como soldado de cocina en la Comandancia General de Ceuta.

El 17 de abril de 1936, Morito Bravo fue uno de los cabecillas de la revuelta que culminó con la quema del retablo de la parroquia de La Caridad. En su expediente procesal consta que «fue visto por numerosos testigos en el momento de arrojar a una pira varias imágenes y ornamentos sacros», lo que poco después le costó un ingreso en el Penal de El Puerto de Santa María y finalmente, ya iniciada la guerra, un fusilamiento en el puente de Paparratones, según las pesquisas que el maestro de escuela Federico Alcedo se impuso llevar a cabo durante décadas para esclarecer aquellos episodios.

De rebote, a Juana la Loba, entonces adolescente, la pelaron al rape y la pasearon por las calles céntricas para que quien tuviera ese antojo pudiese insultarla por las culpas sacrílegas de su hermano.

Suponía la gente que de ahí le vino a la Loba el trastorno suyo, así como el mal rumbo de su destino, dejando a un lado los efectos perturbadores del viento de levante sobre el ánimo de la población en general.

PANCHO GALLARDO ganaba todos los concursos de baile. Pancho Gallardo tenía la elegancia sigilosa de un cisne y el cuerpo elástico de los contorsionistas. Pancho Gallardo se peinaba siempre con brillantina y sabía sonreír. Pancho Gallardo sabía sonreír y hablar al oído a las mujeres. Hablarles al oído de asuntos del corazón y tararear las melodías que interpretaban los músicos con smoking de las orquestas que venían al pueblo para amenizar las verbenas cuando la vida no era aún ese espejo hecho pedazos que uno se empeña en reconstruir con el miedo de un niño que acaba de destrozar por accidente el objeto más preciado de la casa.

«ÉRAMOS JÓVENES y nos sentíamos importantes dentro de aquellos uniformes que nos dieron», según contaba, menos como una exculpación que como un resumen.

Pachuco el Insomne iba siempre de noche por las calles arrastrando su falta de sueño como una cadena de reo, dando vueltas y vueltas por las calles sin gente como quien recorre el círculo alucinatorio de una eterna vigilia, noche y día confundidos, sol y luna lo mismo para él: emblemas cambiantes de su condena.

«A ese le dimos el paseo». Pachuco el Insomne hablaba de sus cosas.

«Yo no disparé aquella vez. A ese no lo maté yo».

Hay cosas que tienen una explicación muy sencilla: «Éramos jóvenes y arrogantes», y un encogimiento de hombros.

La memoria me tiembla como una mano.

EL DUEÑO de la zapatería de caballeros El Paso Recto, si no había clientes que atender, se asomaba a la puerta de su comercio para observar los zapatos de los transeúntes. A veces ni siquiera saludaba a sus conocidos, porque él sólo veía zapatos. Y pensaría: «A ese le hace ya falta un par de zapatos nuevos». O pensaría: «Esos zapatos se los ha comprado en la capital». Él, Paco Buendía, el vigilante del calzado.

Quien siempre llevaba zapatos muy buenos era Pancho Gallardo. Todos los premios de baile, según quedó dicho, los ganaba Pancho Gallardo, que tenía la ligereza de movimientos de un acróbata, de una pluma.

Pancho Gallardo se llevaba siempre los trofeos. Copas doradas o plateadas. Figuras doradas o plateadas que representaban una pareja mixta de bailarines. Pancho Gallardo bailaba con muchas mujeres. Todas las mujeres querían bailar con Pancho Gallardo.

«¿Sacamos a bailar a Pancho Gallardo?» Lo preguntó el sargento Balsa una noche en que hacíamos guardia en el faro por si acaso la flota enemiga (¿?) tenía la ocurrencia de invadirnos. Habíamos bebido un poco, porque hacía frío. (Y el aburrimiento). Pancho Gallardo vivía cerca. «Ve por Pancho Gallardo», ordenó el sargento Balsa al cabo Hernández, al que le gustaba cantar por bulerías, pues se había criado en el barrio jerezano de San Miguel y llevaba aquello en su entraña como una especie de categoría aristotélica.

Al rato volvió Hernández con Pancho Gallardo. Traía las solapas de la chaqueta levantadas, encogido de miedo y de frío. «Queremos que bailes», le dijo el sargento. Pancho Gallardo puso cara de pavor, gesto de bailarín dramático. «Baila con esta señorita», y el sargento le ofreció una escoba que había por allí. Pancho Gallardo la cogió. «Baila con la dama», le ordenó el sargento. Y Pancho Gallardo, el bailarín alado, bailó con la escoba. «Arrímate más, que es muy puta», le animaba el sargento. Y nos reíamos. Y Pancho Gallardo daba pasos de baile con la escoba. Y nos reíamos. «Mueve el culo, maricón», decía el sargento. Y Pancho Gallardo movía el culo.

Ricardo Virgili fue profesor de dibujo técnico en El Puerto de Santa María y, cuando se jubiló, se vino a vivir aquí con una hermana suya que era viuda de uno al que decían el Guindoso, herrador y domador de caballerías.

Cansado tal vez de proyecciones ortogonales y oblicuas, de líneas ocultas y de dimensión, Virgili se metió a pintor artístico de domingo, digamos, recreando mares y campiñas, y tuvo su inesperado momento de ascensión –la vida es rara– cuando Juan Rubio le encargó una marina de dos metros de largo por uno de alto para decorar el testero de la barra del restaurante que iba a abrir cerca del muelle: el Mirador de Hércules.

A Virgili le palpitaban las manos por un mal que el médico Figueroa diagnosticó como «temblor hereditario», lo que no fue impedimento para que cumpliese el encargo con diligencia: un mar de azules de topacio y de azules de Prusia, un mar convulso, con olas como lomos de tritones. Un mar de trazo tembloroso, salido de una mano temblorosa, como tembloroso es el mar.

Aquello fue el detonante de una dedicación un tanto compulsiva y más profesionalizada que hasta entonces, pues Virgili se animó a acometer una serie de doce marinas, una por cada mes del año, acogido él al recurso fecundo de las series temáticas, con el fin de apurar de ese modo una ocurrencia: la variación que convierte lo mismo en diferente, sin dejar de ser lo mismo. Un mar anochecido de índigos profundos y uno refulgente de amarillo de cromo, mares invernales como de esmeralda sucia, mar añil de los veranos, mares otoñales de jade traslúcido y de zafiro poliédrico, mares por momentos de púrpura.

«Si el mar no hiciera ruido, sería aterrador», comentaba Virgili en el casino, convertido en un filósofo de las aguas.

Según teorizaba él, antes de coger los pinceles se detenía a *pensar* el color, a reflexionar sobre el misterio de la perspectiva (no ya la caballera o la isométrica, sino esa perspectiva etérea y heterodoxa que hace soñar a los ojos con las infinitudes), a sospechar que el secreto de la gran pintura es una simple armonía matemática en la que las cuentas no cuadran, porque la

genialidad implica casi siempre una anomalía: la norma que se enrosca sobre sí misma para devorarse a sí misma.

Colores que se encostran, contrastes inauditos, penumbras que sugieren enigmas policromos, verdes hondos de mar, blancos sinfónicos y bermellones más densos que la sangre, cinabrios de sangre misma…

La materia, en suma, como gran ornamento. Como la traducción geométrica del universo palpable… lo que no quitaba que Virgili fuese un pintor malísimo.

Y en esas distracciones anduvo hasta que las manos dejaron de temblarle para siempre.

...POR LO QUE RESPECTA a Ernesto Neva, el pintor de uvas, cabría añadir que un día dejó de lado el tema central de sus disertaciones –es decir, el tratamiento artístico de la uva como cosa en sí– y se dedicó a hablar de su entendimiento de la vida, que me atrevería a resumir de este modo aproximado: la vida es una historia, pero llega el momento en que deja de ser una historia para convertirse en la historia de una historia, en una metahistoria: nuestra historia consiste ya en contar nuestra historia, y entonces lo mejor es morirse.

Ese era, en esencia, el discurso de las postrimerías del pintor Neva, discurso que soltaba, viniese a cuento o no, en las reuniones del Casino Municipal, aunque la gente le hacía el mismo caso que cuando hablaba de la piel aterciopelada de la uva.

AYER llegó al pueblo un mendigo. Muy joven. Iba vestido de muchacha, con el pelo largo, lacio y de un color inconcreto, entre el oro y la ceniza. Se puso a pedir a la puerta del casino, con la mano extendida como una especie de princesa paródica y avergonzada, hasta que llegaron los guardias y lo echaron de allí. A la hora de misa, pidió a la puerta de la parroquia mayor, y también lo echaron. Se subía constantemente sus pechos de relleno, comentó alguien. Recogía restos de comida de las papeleras y abría de noche las bolsas de basura, según contaban. Se comía delicadamente la basura, según decían.

Nadie, al parecer, le oyó la voz.

Enterado nuestro alcalde, indicó a los guardias que le diesen dinero para que se fuese a otro pueblo a exhibir su porte entre angelical y monstruoso.

«Aquello era igual de raro que salir a la calle y toparte con un unicornio montado por una muñeca», según Barroso, aunque nadie le entendió del todo aquel paralelismo.

(…Y, DE REPENTE, retrocede el carruaje abstracto del tiempo: a pesar de estar prohibido por aquel entonces el carnaval, Toni Benjumeda, lotero ambulante y cuidador de ancianos, se disfrazaba cada año con el vestido de novia de una hermana suya y se echaba a la calle, hasta que los guardias lo detenían amablemente, lo llevaban a la comisaría, redactaban una denuncia que de inmediato quedaba archivada y lo escoltaban hasta su casa para que se quitase el disfraz y dejara de exhibirse por ahí… hasta la próxima. El cabo Pelota le decía: «Toni, hijo de mi alma, a ver si el año que viene te disfrazas de doña Cuaresma. Para variar», pero Toni Benjumeda le replicaba que para eso estaban ya los penitentes y que él se disfrazaría, como poco, de Virgen de las Angustias, con el corazón traspasado por siete puñales, por las angustias que le hacían pasar los hombres.

Y en aquello estuvo hasta que murió, aunque sus familiares no respetaron su deseo de ser enterrado con el vestido de novia, entre otras razones porque bueno era el párroco Bertematti, admonitor tremendista de los padecimientos infernales, para prestarse a oficiar un funeral carnavalesco).

MANUEL PADILLA tuvo la suerte de descubrir desde muy joven su afición: la elocuencia.

En soledad, ensayaba exordios que avivaran la intriga en torno a un argumento, ideaba metáforas vehementes, aunque no siempre comprensibles, y movía la mano como un metrónomo para marcar las sílabas, los conceptos primordiales, la reverberación de los acentos agudos.

Como una cosa lleva a la otra, Padilla distrajo el sueño de llegar a la alcaldía para poner en práctica su elocuencia, y se imaginaba en todo tipo de tribunas: «Mientras los vientos acaricien las velas del navío, hay esperanza de nuevos horizontes». A alcalde no llegó, pero sí a concejal, y sobre todo se prodigó en dar pregones civiles y religiosos.

Comoquiera que su elocuencia fue derivando a los simbolismos crípticos y a las metáforas demasiado abstrusas, cuando no al galimatías, había quien le seguía el discurso y había quien no, pues a veces hasta se arriesgaba a soltar una frase en latín, lengua que en su boca resultaba doblemente muerta, al haber salido él del colegio muy de niño, pero todos coincidían en elogiarle la imponencia de la voz, con aquellos ecos graves que parecían formar una cúpula solemne en el vacío; aquella modulación ondulante que Padilla acertaba a dar a las frases, la nitidez vibrante de su vocalización, con unas eses finales que sonaban un poco postizas, de tan cristalinas como resultaban para alguien de aquí. «Frente al embate de las malas mareas, no zozobre el alma como la barquilla temerosa, sino afróntelo como el buque sólido en que navega la fe como preciada mercancía», y así.

Aparte de su don natural para la elocuencia en estado puro, Padilla era propietario de la fonda El Comercio, en la que se alojó la *troupe* de liliputienses, y explotaba dos licencias de taxi.

«Madre tutelar de quienes entre lágrimas de espanto y desconsuelo vagamos por el mundo, protege nuestra nave en sus derivas». (Porque él era muy aficionado a recurrir a las embarcaciones como elementos simbólicos). Y en una de esas se sintió indispuesto, detuvo su pregón –que aquel día versaba

sobre el misterio de la Anunciación del arcángel Gabriel a la santísima Virgen– y murió a los pocos minutos en la sacristía de la iglesia mayor, asistido por el párroco y por el médico Figueroa, mientras los feligreses, murmurantes, parecían oler la cercanía de la muerte en el aire perfumado por el incienso.

Partió, digamos, su nave.

MIGUEL BOLAÑO tuvo una sastrería de caballeros, Stylo, que cerró en 1963 porque no le salían las cuentas, pues, aparte de soportar la competencia de los trajes baratos que cortaba y cosía el sastre chino Wang Pu *(finest tailor in town),* que se instaló aquí al reclamo de la base militar, aunque acabó especializado en vestidos de novia y de comunión, quienes podían le encargaban los trajes de presumir al sastre Vidales, que ofertaba unos paños ingleses que se agenciaba de estraperlo en Gibraltar y que además trabajaba los uniformes de gala de los oficiales norteamericanos, con sus vistosos galones y entorchados.

Bolaño, que había heredado varias casas y varias parcelas rústicas, cambió las tijeras, la tiza y las agujas por la gestión del arrendamiento de sus propiedades, y de aquello vivió, entre el desahogo y la incertidumbre, hasta su muerte.

De joven, Bolaño quiso estudiar Historia en la Universidad de Sevilla, pero su padre, que era empleado de la sucursal de la Caja de Ahorros de Cádiz, le argumentó que en la Universidad sólo estudiaban los muertos de hambre y que él heredaría muchas posesiones, y que esa era toda la historia que tenía que saber.

Cuando ascendió de sastre a rentista, Bolaño, para satisfacer a medias su vocación malograda, se dedicó, aparte de a la composición de algún que otro poema ocasional, al rastreo de la huella del pueblo en la literatura más o menos ilustre y, con las guías del azar y del tesón, las únicas posibles, fue encontrando esas huellas aquí y allá, de las que iba dando noticia anualmente en la revista de las fiestas patronales, hasta que se animó a recopilarlas y a darlas a la imprenta, a su costa, con el título de *Nuestra Villa en la literatura*, que se prestigió con un prólogo de tono condescendiente de Barroso, colega suyo en el arte de iluminar las tinieblas humildes de la historia local, aunque no faltaba quien suponía que Bolaño estaba deseando que Barroso se muriera para relevarle en el cargo honorífico de cronista oficial del pueblo. (Al margen de aquel prólogo, Barroso le dedicó en el casino una de sus agudezas: «Bolaño ha pasado de ser el sastrecillo valiente a ser el erudito temerario»).

Gracias a Bolaño, supimos por ejemplo que doña Cecilia Böhl

de Faber, conocida como Fernán Caballero, describió de este modo la actividad de nuestro muelle en un día cualquiera del último cuarto del siglo XIX:

> En la punta del triángulo que forma el pueblo está el muelle, y en él los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres a Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz, para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Y ya luego glosaba Bolaño la estampa, muy a su aire, pues no estaba obligado al rigor académico y no tenía muchos escrúpulos en elevarse en un vuelo sin motor a las especulaciones floridas.

Por su parte, Pedro Antonio de Alarcón, que fue huésped de nuestro castillo ducal durante una temporada, situó aquí su relato detectivesco «El libro talonario», en el que un hortelano sigue el rastro de sus calabazas robadas y, a partir de ahí, Bolaño se ponía una mano en la cintura, como si dijésemos, y con la otra mano elucubraba.

Como es natural, no descuidaba Bolaño el relato de amenas curiosidades… Por ejemplo: a principios del siglo XX, el alumbrado público del pueblo no se encendía si había luna llena, como medida de ahorro. Pedro Muñoz Seca, que de joven tuvo aquí una barca de recreo, vino en noche de plenilunio para asistir a la representación de una de sus primerísimas piezas teatrales. Pero se dio el caso de que, aparte de haber luna llena, atronaba una tormenta y soplaba un vendaval.

Al terminar la función, no había ningún sitio abierto donde el autor y los actores pudieran cenar algo. El comediógrafo portuense improvisó estos versos que el entonces alcalde, don Ramiro Camacho Beltrán de Salas, se preocupó de transcribir y que serían dignos de sonar en boca del desventurado don Mendo:

> ¡Oh noche imponente y hórrida
> que puso mi rostro lívido!
> ¡Noche en que el destello víbrido
> del rayo me amenazó!
> Noche cruel y fantástica

en que la sublime música…
¡Bueno, noche en que hubo alguno
que ni comió ni cenó!

Allá a principios de la década de 1950, Gerardo Diego, que andaba por la provincia dando recitales de poemas, de los que se acompañaba al piano, pasó fugazmente por aquí, traído por Pemán, y aquel tránsito tan rápido entristecía a Bolaño, que dio en suponer que, de haber estado más tiempo entre nosotros, el poeta santanderino hubiese dedicado un libro entero a cantar nuestras delicias locales, aunque, como muestra y consuelo, dejó constancia de su visita en estos versillos:

Pasé de largo por Rota.
Pasé como sobre brasas.
Qué linda piña de casas.

Rota de mis alegrías.
Rota.
Ay, Rota de mis penas.
Pasé de largo.

Bolaño se sentía especialmente orgulloso de haber enmendado la plana a María Teresa León y a Rafael Alberti, que andaban por aquí cuando se proclamó la II República. En *La arboleda perdida,* su libro de recuerdos, Alberti cuenta que aquel 14 de abril de 1931

> …sorprendidos y emocionados, nos arrojamos a la calle, viendo con asombro que ya en la torrecilla del Ayuntamiento de Rota una vieja bandera de la República del 73 ondeaba sus tres colores contra el cielo andaluz. Grupos de campesinos y otras gentes pacíficas la comentaban desde las esquinas, atronados por una rayada *Marsellesa* que algún republicano impaciente hacía sonar en su gramófono.

De sobra sabemos que la memoria admite fantaseos y adornos, en el caso de que la memoria no sea más que una fantasía muy adornada. Según la documentación a la que accedió

Bolaño, la bandera republicana no ondeó ese día –ni en las semanas siguientes– en el ayuntamiento ni en ninguna parte, pues el equipo de gobierno, de signo monárquico y conservador, se resistió a la adopción del símbolo renovado, e incluso fue necesaria la intervención del Gobierno Civil de Cádiz para atajar aquella rebeldía. Pero los ojos del recuerdo ven cosas que los documentos no ven.

«Qué mentirosos son los comunistas», sentenciaba Bolaño.

(En esos días, por cierto, los Alberti reciben aquí la visita de Ignacio Sánchez Mejías, que sumó a su habilidad como matador de toros la de periodista, la de conferenciante y la de autor teatral, todas ellas a su manera, tan peculiar como él mismo).

(…Y ESTE OTRO DATO lo aporto yo, no Bolaño: el 11 agosto de 1934, Pepín Bello –amigo ocioso de los artistas de la generación del 27, sobre todo de García Lorca y de Dalí–, mientras pasa unos días de playa en Rota, se entera por la radio de que a Sánchez Mejías, amigo suyo del alma, lo ha corneado en el muslo un toro de la ganadería de Ayala en la plaza de Manzanares.

Mi padre me contó que había desayunado al día siguiente con Bello en el Central y que lo vio consternado por las noticias que le llegaban desde la clínica madrileña en que habían operado al torero: «Se va a morir, porque los dioses también mueren». Murió al día siguiente.

No sé, una de esas simetrías raras: Sánchez Mejías viene un día de tantos a Rota a visitar a los Alberti; unos años después, Pepín Bello se entera en Rota de la muerte de Sánchez Mejías, que había preguntado varias veces por él mientras agonizaba. Mientras tanto, a Rafael Alberti le llega la noticia de la tragedia, con retraso de varios días, durante una estancia en la URSS, donde ha acudido para asistir a un congreso de escritores).

…PERO LAS INVESTIGACIONES que emprendía Bolaño no siempre tenían un resultado alegre. Pío Baroja, por ejemplo, le dio un disgusto.

El caso es que el escritor vasco pasó unos días aquí en 1924 y tomó unos apuntes del natural que luego aprovechó para el «Epílogo egotista» que puso a su libro *Juan Van Halen, el oficial aventurero.*

En esas páginas cuenta Baroja que, en el hotel de Cádiz en que se hospedaba, «convaleciente de unas fiebres, con la idea de buscar una casa donde pasar una temporada tomando el sol», optó por venirse al pueblo y alquilar un cuarto en la casa de la viuda de un marino.

> El tren se acercó a Rota, que avanzaba con su caserío blanco y su muralla en el mar. La entrada en el pueblo era mísera. El centro parecía mejor. En un antiguo convento arruinado, en una cúpula de azulejos se veía un gran nido de cigüeñas. Se llegaba a la Plaza del Ayuntamiento, una plaza enlosada, triangular, que la gente del pueblo llama la plaza de la Plancha, y por un arco gótico de la muralla se salía al puerto.

A menudo, Bolaño se lamentaba con amargura de aquella descripción tan dañina, a pesar de que algunos le decían que, al fin y al cabo, Baroja no se inventó nada: la entrada del pueblo era por entonces un arrabal de chozos y chabolas, el que fue convento de los monjes mercedarios estaba hecho cisco y el castillo ducal en ruinas. Bolaño objetaba: «De acuerdo, pero de ahí a contarlo en un libro… También pudo quedarse a pasar la convalecencia de las fiebres en su tierra», asunto este al que el doctor Figueroa añadió una apreciación clínica: «Lo de tomar el sol está bien, pero según de qué fiebre convaleciera. Eso no lo precisa Baroja, a pesar de que estudió medicina. No sé…», y Bolaño volvía a lo mismo. «Pero contarlo en un libro…».

A FERNÁN BARROSO lo enterraron el mes pasado. Aquel día estaba el cielo amarillo e imaginé que, de haber sido otro el muerto, él hubiese ideado alguna de aquellas ocurrencias que determinaban menos su talante humorístico que su carácter impertinente. (No sé, ¿tal vez relacionar aquel fenómeno meteorológico con la vaporización del espíritu azufroso del difunto? Tal vez).

En sus últimos años, Barroso no sólo renunció a lo que él llamaba su «viacrucis pagano», que tenía como estaciones de penitencia el Arirang, el Cantonese Room, el Benny's Pool, el Club Suzie, el American Bar y, en fin, todo el entramado babilónico en el que se divertía la soldadesca norteamericana, sino que también dejó de publicar sus opúsculos eruditos sobre los escudos de armas de la villa, sobre los índices demográficos de la localidad a partir del siglo XVI, sobre los plateros y tallistas que faenaron en las parroquias y sobre ese tipo de asuntos que le entretenían la vida o que lo distraían de la vida.

Tras jubilarse, aparte de perder su afición al epigrama, se le entristeció el pelo a la vez que el espíritu, no se afeitaba a diario y andaba siempre con un transistor pegado a la oreja, mareando el sintonizador en busca de melodías o de noticias de última hora que tal vez lo llevaban, desde su anclaje habitual en el pasado histórico, de regreso al presente.

«A Barroso lo ha vuelto loco el querer saber de tantas cosas», diagnosticaba alguno. «A Barroso le ha entrado el mal de los inocentes», determinaba otro, pues era tradición que todas las tandas sucesivas de inocentes oficiales del pueblo deambularan con una radio pegada a la oreja, como si con eso quisieran no perder el hilo tan delgado que les unía al mundo.

«Se ha vuelto tonto de lo listo que es», decía alguno cuando Barroso pasaba por la calle dejando un eco de voces o de música apenas audible para la gente, porque el oído de Barroso se tragaba casi todas las voces y casi toda la música que salía de su transistor.

(UNA MANO DE NIÑO sostiene un mazo de cromos de obras maestras de la pintura impresos en tinta sepia. Una mano de viejo sostiene un mazo de tarjetas postales de ciudades que nunca ha visitado. Una mano de niño abre una caja de hojalata en la que guarda unas gafas rotas, una pluma de pájaro, un recordatorio de su primera comunión, una entrada del Circo Maravillas y un compás. Una mano de viejo escarba en el pasado y sólo encuentra allí cosas pequeñas, porque la memoria es Liliput). *(Desarrollar esto)*.

DONDE ESTABA el comercio de equipamientos devotos de Munive, el hombre que buscaba un fundamento para su estar en el mundo, hay una frutería. En el bar de Pelapú, una caja de ahorros. La zapatería El Paso Recto es ahora una heladería atendida por un dependiente disfrazado de muñeco feliz, con delantal y visera, en contraposición al aura de taciturnidad y de naufragio que nimbaba a los camareros del Bar Central, que fue reformado y parece otro. La farmacia Hermes la lleva un forastero venido de Ubrique, y el reloj Junghans, el reloj rebelde que un día decidió interpretar el paso del tiempo a su antojo, sigue allí, aunque el nuevo titular ha desistido de darle cuerda.

Y así casi todo.

Como si nuestra vida pasada no hubiese sido sino una representación ante escenarios cambiantes, entre figurantes efímeros, lo que no deja de resultar curioso, ¿verdad?, curiosa esa sensación de movimiento cuando nos ponemos a recordar y las imágenes se dinamizan con la misma incoherencia que las de los sueños, porque el caso es que la memoria acaba siendo una ficción estática en la que el fluir del tiempo se solidifica: no se trata de una secuencia, sino de un grumo, de una cápsula de irrealidad en la que resuena el eco de quienes fuimos, sin reconocernos apenas en nuestra concatenación de identidades, mudables como somos, fabuladores de nuestro vivir, desconocidos ya ante el espejo, a la espera de lo que quiera que nos traiga el futuro, que en la juventud es el espacio de las quimeras altivas y en la vejez el del pánico a lo imprevisto.

Barroso, cuando se hizo viejo y pesimista y entró en fase de abandono, solía repetir una frase: «Llega un momento en el que, cuando te pones a recordar, parece que estás hablando con tu dentadura postiza sumergida en un vaso de agua».

Sales a la calle y te dices: «Aquí estaba…», lo que fuese que estuvo. Y traspasas entonces los muros del pasado como un fantasma traspasa los muros de un castillo en una historia de fantasmas, que es el género al que acaban perteneciendo en esencia casi todas las historias.

A VECES, muy de vez en cuando, y por supuesto como una idea que duda bastante de sí misma, me digo que todos deberíamos dejar un testimonio escrito de nuestro paso por aquí, por esta entretenida feria de las fugacidades. Dejar constancia, no sé, de nuestras convicciones y rutinas, de la gente a la que hemos tratado, de nuestros logros y anhelos. Un recuento intransferible, en fin, de naderías. No para que sea leído, claro que no, porque a ver, sino como una especie de memorial del todo inútil incluso para uno mismo, pues tal vez no haya cosa menos verosímil para cada cual que el relato de su propia vida.

Cuando a la mente le da por volar por encima de lo probable, imagino una Biblioteca Universal de Testimonios Privados en la que se custodiaría el conjunto inane de nuestros informes de vida. Una biblioteca a la que no acudiríamos para consultar libros ni para pedirlos en préstamo, sino para entregar nuestros escritos testimoniales a un funcionario displicente que nos miraría con un leve desprecio al recogernos los papeles, sellarlos con un tampón y darnos un resguardo.

Todas las personas de las que he hablado aquí están muertas. Al recordarlas para redactar este informe –o lo que quiera que sea–, han salido por un momento de su otro mundo y al instante han regresado a él, obedientes al mandato de la nada.

Cualquier vida es rara y compleja, como no hace falta ni decir: una historia inexplicable incluso para su protagonista. Pero el tránsito a la inexistencia simplifica todo: en el preciso instante en que cierras los ojos para siempre, te conviertes en una abstracción simplificada para quienes te recuerdan, si es que alguien te recuerda.

Aparte de eso, da la impresión de que el tiempo fluye, sí, pero llega un momento en que percibes que tu vida va más lenta ya que el tiempo. Algo detenido, como el reloj de la farmacia.

Todo sucede y, de repente, nada existe.

Esa es la gran magia.

«Me acuerdo», decimos.

Pero no. No es del todo verdad.

Apéndices

1
Nota y envío

Le cuento…

A Alberto Márquez Rancés lo traté muy poco de mayor, pero mucho durante la infancia, ya que fuimos compañeros de colegio, primero en el de los salesianos de Rota y luego en el de los jesuitas de El Puerto de Santa María, circunstancia que nos propició una especie de politeísmo en la escala de las santidades de bajo rango: empezamos bajo la tutela meliflua de san Juan Bosco y acabamos bajo la protección épica de san Ignacio de Loyola.

Durante la adolescencia nos perdimos de vista, pues su familia se mudó a Córdoba, donde su padre obtuvo plaza de registrador de la propiedad.

Reapareció Alberto en mi vida en el verano de 1996 o 1997, no acierto a precisarlo. Había leído algún libro mío, según me dijo, aunque sin especificar cuál de ellos, de lo que deduje que se trataba de una mentira cortés. Me informó de que tenía escritas varias novelas y un buen montón de poemas y se ofreció a enviármelos para que le diese mi «sincera opinión», así como para que le orientase en el sector editorial, ente que, según me confesó con un rictus de desprecio, le parecía repugnante, aunque al parecer repugnantemente necesario para que el mundo no se privase del beneficio gozoso de sus creaciones. Creí adivinar en su actitud ese reproche silencioso al que estamos acostumbrados quienes nos dedicamos con constancia más o menos profesional a la literatura. (Algo así como: «Si yo no tuviese otras cosas más importantes y lucrativas que hacer, sería mejor escritor que tú, pero es algo que no me interesa»). Con la esperanza de que la amenaza de enviarme sus escritos no se

cumpliese, le dije que por supuesto.

Nunca me mandó nada.

No obstante, en el invierno de 2018 me llegó, a través de un familiar suyo, un paquete que contenía la totalidad de sus escritos y una nota: «Por si se te ocurre hacer algo con esto. Un abrazo desde el trasmundo», con lo cual aquella lejana amenaza acabó cumpliéndose de forma póstuma, como la maldición de algunos faraones. Según me informaba su familiar, Alberto había muerto de un cáncer rápido en Valencia, donde ejercía de agente inmobiliario, y había dispuesto testamentariamente que me hicieran llegar sus papeles, que recibí con ese respeto que la muerte añade a los afanes humanos, aunque el respeto no pudo ir, por desgracia, más allá de eso.

Una de las tres novelas que venían en el lote, la única que me animé a leer entera, se titula *Las noches sin castigo*, que me sugirió algo así, no sé, como un viaje hacia atrás en la cronología literaria: la impresión de estar leyendo una de aquellas novelitas sicalípticas que se hicieron populares a principios del siglo XX. (Ya sabe usted: alcohol fatalista y mujeres fatales, calaverismo y filosofismos sombríos de madrugada, entremezclados con explicitudes eróticas que oscilaban entre la solemnidad y la chabacanería). Ya las primeras páginas ponían de manifiesto que no se trataba de buena o mala literatura, sino de una falsificación de la literatura como concepto genérico.

Lo mismo podría decirse de sus poemas: un discurso resonante en un vacío. Palabras y palabras que circulaban aleatoriamente por esa vía muerta en que lo abstruso pretende sugerir complejidad: «Corteza vana de la desolación, / páramo herido por el cuarzo…», etcétera.

No hace falta decir que, aunque prevista, aquella decepción me produjo una leve congoja, pues nunca se pierde la ilusión de descubrir a un genio oculto, acontecimiento que se produce con la misma regularidad que las apariciones de la Virgen sobre una zarza.

Pero –y a esto iba– entre los papeles de mi amigo de infancia había dos carpetas con escritos y documentos variados de su tío abuelo Miguel Rancés Olivares, al que conocí de vista y de quien nunca supe de sus aficiones literarias, más allá de verlo alguna

vez ojeando libros en la librería-papelería-estanco de los hermanos Gallego y leyendo la prensa en el patio columnado y penumbroso –con aquel olor a tabaco rancio que impregnaba los muros como una huella arqueológica– del Casino Municipal.

Una de esas carpetas contenía el manuscrito y el mecanoscrito de *La gente*, que es la obra que le adjunto conforme a la versión que me tomé el trabajo y la libertad de disponer para su publicación por el Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz, aunque finalmente la aplicación tal vez un tanto rigurosa de la Ley de Memoria Democrática lo impidió.

Como verá, su sobrino nieto anuncia en el prólogo la publicación del libro de su pariente, con los costes a cargo de la familia, pero esa publicación nunca se llevó a cabo. Entre sus papeles hay un presupuesto, fechado el 14 de septiembre de 1988, de la imprenta Delcast: 300 ejemplares, 185 000 pesetas; 100 ejemplares, 140 000 pesetas. Tal vez el desembolso resultaba demasiado elevado, no sé. Tal vez el entusiasmo de su sobrino nieto entró en fase de desidia, aunque tampoco puedo saberlo. El caso es que aquel libro volvió a la oscuridad de un cajón.

Es curioso: en el prólogo que escribió para aquella edición truncada, Alberto Márquez Rancés confiesa que no existe un recurso narrativo que le resulte más «ineficiente y fullero» que el del «manuscrito encontrado», pero el caso fue que se encontró el manuscrito de su pariente. Yo, que tampoco soy partidario de esa estrategia narrativa, por parecerme demasiado truculenta, me veo un día como legatario inesperado no sólo de los escritos de Alberto Márquez Rancés, sino también de los de Miguel Rancés Olivares.

«¿Y quién fue *en realidad* Miguel Rancés Olivares?», me pregunté entonces, y me dediqué a indagar en la única fuente de información posible: sus familiares y amistades.

Más allá de indicarme que su padre –al que algunos se referían, por hacer broma con su apellido, como el Egipcio– fue interventor del ayuntamiento y su madre ama de casa y pianista aficionada, comprobé que los miembros de su familia no estaban ni muy interesados ni muy al tanto de los pormenores de su vida. Los más viejos mostraban desapego: una figura vagamente incómoda, y los más jóvenes desinterés: una figura remota. Por

ejemplo, Alfonso María, su hermano pequeño y ya casi centenario, lo recordaba con una extraña forma de compasión: «Miguel nunca fue feliz porque llevaba su cruz por dentro. Era de buena condición, pero sabía que no podía ser bueno del todo, y eso le amargó la vida. Desde chico», para concluir, con un encogimiento de hombros: «Cada uno es como es. Lo que le toca, ¿verdad?».

La hija de Alfonso María, Begoña Rancés Figueroa, que vivía en la que fue casa de su tío, pues la recibió en herencia, me atendió en una salita santificada por la talla de un Niño Jesús durmiente y por un lienzo en el que una mujer llevaba sus pechos en una bandeja, lo que me pareció una ocurrencia como poco de Magritte. «Santa Águeda de Catania, la virgen mártir. Es una copia del cuadro de Zurbarán. Me lo regaló mi ahijado Guillermo», según me ilustró al percatarse de mi curiosidad, que en realidad era estupor.

Begoña Rancés enviudó de muy joven y parecía vivir, a sus setenta y pico largos, en un pasado particular construido con recuerdos difusos y fantasías vehementes, asistida por una sirvienta de su misma edad y mucho más achacosa que ella, pues el simple hecho de transportar el servicio de café parecía resultarle tan arriesgado como el número circense de esos chinos que hacen malabares con platos de colores.

Por sus modales anticuados y algo teatrales, entre el protocolo rígido y una discreta coquetería –resorte sin duda de una juventud convencionalmente mundana–, así como por su aire de tener la cabeza a pájaros, Begoña Rancés me hizo recordar a la vieja dama bostoniana de aquel poema juvenil de T.S. Eliot: «…entre veleidades y escrupulosamente escogidas / lamentaciones… / la conversación comienza y se desliza».

Recordaba ella a su tío con afecto, aunque me confesó, como quien revela un secreto de Estado, que de niña le daba miedo porque era un hombre muy callado y sonriente. «A la gente que sonríe mucho se le acaba poniendo cara de demonio, ¿sabe usted?».

Conservaba algunos documentos de su pariente; entre ellos, su DNI, por el cual supe que Miguel Rancés Olivares nació el 23 de febrero de 1918, hijo de Alfonso y Teresa. Le pregunté si

quedaban en la casa algunos de sus libros y me dijo lo esperable: que con la biblioteca arrambló Alberto y apenas quedaban algunos. Ante mi interés por verlos, me llevó al que fue despacho de su tío, presidido por el retrato al óleo que le hizo Antonio Benavides. Los pavorosos muebles retrorrenacentistas, con sus cabezas de guerreros en relieve y sus volutas toscas, como talladas a hachazos, parecían menos de madera que de chocolate. En un estante dormitaban un método práctico de mecanografía, un devocionario con el lomo agrietado, alguna guía turística y poco más. «Llévese los que quiera. Yo ya no tengo la vista para nada».

Luego pidió a su sirvienta que le acercase «la cajita de las fotos»: una lata de dulce de membrillo con la imagen del Divino Pastor estampada en la tapa. «En algunas saldrá mi tío», y se puso a escrutarlas con la ayuda de una lupa. Para mi extrañeza, comprobé que en casi todas las fotos de grupo había una cara recortada. Como es lógico, pregunté al respecto. «Es que no me gusta verme». En un par de fotos estaba Miguel Rancés Olivares, entre familiares. «Guapo no era, pero vestía bien», según quiso precisar.

Antes de irme, me dijo que removería cajones por si encontraba algo que pudiera resultar de interés para mi «investigación». De ser así, me prometió que me *avisaría*, aunque sospeché *a)* que no buscaría nada, *b)* que, en el caso de que lo buscase, no encontraría nada y *c)* que si encontrase algo, no me *avisaría*, porque salí de su casa con la certeza de que Begoña Rancés vivía ya más en un pasado estático que en un presente continuo y que se había olvidado de mí antes incluso de despedirme de ella. (Nunca, en efecto, me *avisó*, y murió hace un par de años).

Como detalle curioso, e incluso un tanto escabroso, la sirvienta, cuando me acompañó hasta el portón, me mostró otra lata de dulce de membrillo, más pequeña que la otra, adornada con el cuadro *La rendición de Breda*. La abrió y me dijo: «Mire», y lo que miré no fue otra cosa que un revoltijo de caras de Begoña Rancés en distintas etapas de su vida. «Ella me obliga a recortarlas, pero yo las guardo».

Bien…

Asegura su sobrino nieto que Rancés Olivares «apenas salió del pueblo». Bueno, sí y no. Las fotografías que venían entre sus papeles lo sitúan en París, en Tánger, en Lisboa y en varias ciudades españolas. También viajó en una ocasión, en junio de 1970, a El Cairo, donde, en una cuartilla con membrete del hotel Winter House, escribió este poemilla, muy de tarjeta postal, en el que resuenan ecos del Verlaine más parnasiano que simbolista:

La caravana

Al contraluz lunar, los cómicos camellos
parecen siluetas de un reino de ultratumba.
Por esta ruta vagan orfebres y especieros
que absortos van y vienen de las tierras de Nubia.

Transportan mercancías que a veces son tesoros
y otras veces quincalla, caprichos para pobres.
Avaros y nocturnos, comerciantes de todo
lo que el mercado exhibe desde el alba a la noche…

¡Quién se fuese con ellos a vivir su aventura
rutinaria y exótica por caminos dorados
por el polvo desértico o plateados de luna!
¡Ah, vida la del errante, por los mundos lejanos!

Por otra parte, y a juzgar por sus fotografías y papeles, sus viajes veraniegos a Marruecos fueron frecuentes a partir de 1976. Al hilo de la casualidad, el poeta Francisco Brines me comentó que había conocido en Asilah, por mediación del dramaturgo palentino Amalio Seguí, a mi paisano, a quien luego trató en Tánger y en Fez y a quien recordaba como un caballero tímido y melancólicamente sonriente al que gustaba el trato con muchachos, pero, que él supiera, se limitaba a contemplarlos desde una «castidad maliciosa», según expresión maliciosa de Brines.

En las carpetas de Rancés Olivares que tengo en mi poder hay varias cartas de escritores: una de Juan Gil-Albert, una de Julio Aumente, dos de José María Pemán, una de Juan Sierra, dos de Joaquín Romero Murube, una de José Manuel Caballero Bonald,

dos de Juan Ruiz Peña, una de Jorge Guillén y tres de Julio Mariscal Montes. Muchas de ellas son notas de mera cortesía, pero otras tienen interés literario, como por ejemplo la muy extensa, con su caligrafía de aspecto entre taquigráfico y jeroglífico, de Gil-Albert, quien, con el pretexto de agradecer a Rancés Olivares una carta de felicitación –que debió de hacerle llegar a través de la casa editora– por su libro *Los arcángeles*, aprovecha para divagar sobre el deseo en general y sobre esa obra suya en concreto, siempre con aquella especie de *vanidad inocente* que caracterizó al autor valenciano, que jamás dudó –con toda la razón del mundo– de su talento.

Hay entre sus papeles un cuaderno rotulado como *Infancia*. Se trata sin duda de otro de sus proyectos inconclusos, ya que lo escrito apenas ocupa media docena de páginas. Vaya una muestra:

> Resulta raro cómo una imagen insignificante de la infancia puede sobrevivir a nuestro proceso continuo de desmemoria. Por ejemplo, el padre Piñero nos hace, como cada día, un dictado. Mi mano derecha sobre el cuaderno escolar. La goma de borrar en mi mano izquierda como un recurso de reparación, como el factor prodigioso que convierte en una ceniza aromática los errores ortográficos. Mi mano detenida de pronto en la palabra «vaharada», que no había oído nunca, sin saber yo si llevaba intercalada una hache, porque la uve sí sabía yo que era uve y no be, ya que el padre Piñero hacía una clarísima distinción fonética entre ambas mediante el método de pronunciar la uve como una especie de mugido y la be como un balido rápido y seco. «Del ramo de claveles emanaba una voluptuosa y benéfica vaharada de olor».
>
> Años después, al padre Piñero tuvieron que destinarlo a otro colegio porque ya resultaba imposible mantener en secreto consentido su atracción impropia por los niños más frágiles, aquellos a los que manoseaba el cuello mientras se paseaba por la clase cuando hacía un dictado y marcaba la diferencia entre la uve y la be: «La belleza es vanidad. Lo banal es veneno».

En cuanto a la tendencia política de Rancés Olivares, su

sobrino nieto no sólo opta por no hacer referencia a ella, sino que además, cuando mecanografió el manuscrito de su tío abuelo, he comprobado que suprimió algunos fragmentos que tal vez consideró espinosos, como por ejemplo el de la participación de su pariente en el interrogatorio al que fue sometido el infeliz conocido como Polín el Majara. No fue la única amputación, pues aplicó tijeras allá donde se adivinase la implicación de Rancés Olivares –aunque fuese de forma tangencial– en algunos episodios de la Guerra Civil, así como su acomodo, tal vez desde la indolencia, a la situación social que trajo el franquismo, hasta el punto de haber sido concejal durante los años que fueron de 1963 a 1966. No puedo saber si con esas supresiones procuró preservar la reputación de su pariente o la reputación de la familia, algunos de cuyos miembros eran por aquel entonces socialistas con cargo público.

Como no hace falta decir, he restituido, con arreglo al original, los fragmentos cercenados, aunque me queda la duda de si algunas de las tachaduras que se aprecian en el manuscrito se deben a Rancés Olivares o a Márquez Rancés. (Me inclino a suponer que Márquez Rancés no *tocó* el manuscrito, sino que fue suprimiendo lo que le pareció conveniente a medida que iba mecanografiándolo. Sea como sea, esos descartes, marcados a lápiz con una línea transversal en el manuscrito, sólo son cinco. He optado –no sin algún escrúpulo– por reincorporarlos, al no encontrar razones para su supresión, más allá de la autoridad absoluta del autor sobre su texto. Pero a veces, ya se sabe, los autores *corrigen mal*). Asimismo, he devuelto a su estado original las modificaciones estilísticas –por lo general muy caprichosas– que deduzco que Alberto aplicó al texto de su pariente, imagino que desde la convicción de que con ellas lo mejoraba, aunque tengo la duda de que el adjetivo «ondulada», pongamos por caso, sea *peor* que el adjetivo «serpentina».

Entre los papeles de Rancés Olivares –incluido, por cierto, el tarjetón de Curzio Malaparte– encontré esta anotación en la que podría adivinarse un vago afán exculpatorio:

> En los momentos en que el guion de la Historia lo escribe, con su guantelete de hierro, la barbarie, todos somos actores

> disciplinados. Unos interpretan al villano y otros al héroe. Algunos al verdugo y otros al mártir. Según la rueda de la Fortuna… o más bien de la mera casualidad. A fin de cuentas, se trata de eso: de un mero guion inalterable que cada cual acata con la docilidad de los mansos de espíritu, y el primer sorprendido de su papel es uno mismo.

También esta otra:

> Cuando las historias ascienden a Historia, todos sabemos distinguir dónde estaba el bien y dónde el mal, la razón y la sinrazón, la justicia y la infamia. Sí. Cuando nos situamos en la Historia –y mejor cuanto más lejana en el espacio y en el tiempo–, todos nos alineamos moralmente con el bando de los justos. Pero cuando estamos dentro de una historia, de una de esas historias pequeñas que, con el tiempo, formarán esa simplificación magnificada que es la Historia, la perspectiva cambia un poco, por no decir que cambia completamente.
>
> Echas la vista atrás y ves a un infeliz amarrado a una silla, con la cara ensangrentada y los ojos menos aterrados que sorprendidos. Sorprendidos tal vez de que la realidad haya huido de sí misma. Una escena insignificante que nadie podía sospechar que estaba escribiéndola, con la caligrafía de todos, la Historia.
>
> Echas la vista atrás, en fin, y resulta que allí, donde menos debías, estabas tú. O, más exactamente, no tú, sino un desconocido para ti mismo que por desgracia eres tú.

Cuando estalló la Guerra Civil, a Rancés Olivares aún le faltaban unos meses para cumplir los dieciocho años. Para vivir una guerra, cualquier tramo de edad es malo, pero el de la adolescencia añade unas fragilidades específicas a ese clima general de sinsentido, al incidir esa dislocación traumática de la realidad en un pensamiento a medio definir, vulnerable al atolondramiento, a la arrogancia y a la sugestión ante las falsías retóricas de los grandes ideales, vengan del lado que vengan, puesto que cualquier discurso bélico está obligado a sustentarse menos en la razón que en la exaltación. Aparte de eso, en una guerra, al igual que hay grados en la culpabilidad, hay grados en

la inocencia, pero nadie es inocente del todo. Rancés Olivares no lo fue, aunque me dicen los amigos suyos que le han sobrevivido que ni tuvo fervores ideológicos cuando era joven ni los tuvo de mayor, limitándose a un dejarse llevar por las circunstancias, supongo que, en parte, porque era un hombre que guardaba un secreto. Un secreto que lo convertía en un estigmatizado sin otra opción social, en aquellos tiempos, que la de procurar la ocultación de su estigma.

Me gustaría poder decir que, durante el franquismo, Rancés Olivares tuvo algún gesto público de desafección hacia el régimen, por insignificante que fuese ese gesto, o bien alguna muestra de apoyo paladino al posterior proceso democrático, pero no puede ser. Todas las amistades suyas a las que he consultado coinciden en señalar su distancia, cercana a la abulia, con respecto a cualquier ideología política: «Mire usted. Esto es muy sencillo. Si Miguelito hubiese nacido en la Rusia de Stalin, hubiese sido un comunista ejemplar sin ser comunista. Si hubiese nacido en la Italia de Mussolini, hubiese sido un fascista intachable sin ser un fascista. No le interesaba destacar en nada. O, mejor dicho, no *podía* destacar en nada. Ya sabe usted… Él tenía su doble vida, y eso le exigía una doble discreción», me comentó alguien que prefiere no ser nombrado.

De todas formas, hay que tener en cuenta que en Rota la guerra propiamente dicha duró muy poco: durante los dos o tres primeros meses detuvieron a algunos, fusilaron a treinta y seis de esos detenidos y, a partir de ese momento, podría decirse que el pueblo entró con mansedumbre en una fase anticipada de postguerra, a la espera de que acabase la contienda en los demás frentes y viniese lo que hubiera de venir.

Con respecto a *La gente*, no sé si puede catalogarse con rigor como una novela –a pesar de que el concepto de «novela» se aplica a estas alturas a cualquier capricho en prosa– o como una suma de anotaciones para una novela que nunca fue tal, al faltarle un desarrollo canónicamente narrativo, un sistema de engarces, aunque el procedimiento cuenta, por supuesto, con muchos antecedentes, me temo que no todos ellos modélicos. Pero el caso es que Rancés Olivares parece ser que la quiso así, y si no fue lo que quiso, es lo que ha quedado: una fragmentación

de la realidad, un rompecabezas costumbrista, una panorámica sin ilación argumental entre las partes. Un amasijo, en fin, de personajes y de tiempos desordenados. Respetemos en cualquier caso su opción técnica, a pesar de sus carencias estructurales, ya que nunca faltará quien considere que la precisión *matemática* de las tramas novelísticas no pasa de ser una superstición decimonónica.

Por la diversidad de tipos de papel y de variantes caligráficas que presenta el manuscrito, se deduce que Rancés Olivares escribió este libro a lo largo de muchos años, menos como un proyecto definido que como un proceso acumulativo. Podría entenderse, no sé, como una especie de diario en que el protagonista no es quien lo escribe, sino los otros.

En una anotación que se halla entre sus papeles hace esta declaración de humildad como escritor:

> No se me concedió el don de la fantasía, el de sobrevolar, con la suelta ensoñación, regiones fingidas y ciudades embrujadas en las que tuviesen lugar sucesos extraordinarios. Tampoco la habilidad para crear esos muñecos literarios cuyo ingenioso mecanismo los hace parecer seres de carne y hueso ante los lectores, que como amigos o adversarios los toman. No tengo la facultad, en suma, de trascenderme en lo inaudito y prodigioso, y apenas la de acertar a contar lo que veo, lo que he visto, lo que doy por hecho que he visto, lo que hubiese preferido no ver.
>
> Qué no daría yo por concebir historias verosímiles con dragones y monstruos, intrigas que tuviesen la exactitud de una ecuación, misterios que mantuvieran en vilo hasta la última frase a quienes se asomasen a mis invenciones.
>
> Incluso me conformaría con ser un turista muy paseado por el mundo y narrar realidades que, aun siendo testimoniales y realistas, provocasen en los lectores no sólo la sugestión de trasladarlos a espacios asombrosos, fértiles en pintoresquismos, sino también la sugestión de ser yo depositario de un vivir novelesco: el aventurero que fascina a los de su tribu con la crónica de sus andanzas.

Estas anotaciones –algunas de ellas en cuadernos y otras en

hojas sueltas– son numerosas, conforme a ese espíritu de disgregación literaria que parecía poseer a Rancés Olivares. La mayoría son reflexiones generalistas, por así decirlo, pero otras se adentran en los pormenores de su intimidad. Como por ejemplo esta:

> Miro a mi madre mirar al frente y sé que frente a ella se abre la perspectiva de un vacío.
>
> Sentada en su mecedora, que se balancea con la precisión de un metrónomo, balancea ella su pensamiento extraviado, su mente liberada de cualquier patrón lógico, con sus razonamientos independizados de la realidad. «¿Quieres un poco de agua?», le pregunto, y me mira como quien se asoma a una especie de abismo sonoro que acabara de abrirse ante ella. (¿Qué es «querer»? ¿Qué es «un poco de agua?»)
>
> Cada sábado, de cuatro de la tarde a nueve de la noche, soy el guardián de mi madre.
>
> Llega el momento en que los progenitores empiezan a devorar saturnalmente a sus hijos, a robarles la vida para seguir ellos en la vida. Los ladrones de cuerpos. Todo es una transferencia del dolor, un traspaso del daño. La anticipación de lo que te espera. Esa lección práctica en el aprendizaje de la decrepitud.
>
> Cada sábado, de cuatro a nueve, aprendo a morir un poco.
>
> Esa mano que se agarra a ti mientras le cambias la muda sucia, esa mano temblorosa que se extiende ante ti cuando vas a ponerle en ella las pastillas, esa mano es la que está asesinándote poco a poco. Esa mano amorosa.
>
> Acomodada entre cojines en su mecedora de ratán, mi madre se duerme. Y, de pronto, se despierta sobresaltada, con ojos que parecen ver el mundo por primera vez. Jadeando. «No es nada. Es sólo una pesadilla», le digo, acariciándole la mano. Sólo una pesadilla: el eslabón de una cadena de hierro oxidado que une ya la vida con la muerte, sin distinción entre la una y la otra.
>
> El tiempo abolido.
>
> Un pie aquí, en esta fugacidad. El otro en la oquedad venidera.

En otra anotación parece hablar de su propia oquedad

venidera:

> La vejez es esta confusión, este saber lo que no hace falta saber. Un deambular por un trazado de espirales en que se trenzan pasado y presente, lo imaginario y lo real, lo vivido y lo ensoñado, la palpitación de la conciencia y esa especie de magma emocional que se solidifica en el corazón.
>
> El cuerpo que se cansa de sí mismo, obligado a estar pendiente de sí mismo, porque está matándose a sí mismo, y hay que vigilarlo, sedarlo, engañar a la enfermedad con unos venenos beneficiosos que la despistan durante un rato de su cometido.
>
> Esas pastillas que operan dentro de ti como un aplicado ejército de salvación y que van diluyéndose en tu sangre, licuando en tu sangre sus tósigos benefactores, hasta que la muerte dice: «Ya», y tu cuerpo asiente y te dice: «Ya», y te dices: «Por fin».

En una cuartilla leemos esto otro:

> Hace poco más de un mes murió mi madre. El cálculo del dolor nunca es exacto: lo imaginé menor.
>
> Nos toca desmontar su casa. ¿Hay algo más *incomprensible* que una casa ajena? Durante años fue también mi casa, la casa familiar, cuando éramos otros, los despreocupados con respecto a tantas cosas, incluido el futuro, pero hoy es un cúmulo de enseres que apenas mantienen relación entre sí: un Niño Dios de escayola y una caja de galletas que contiene útiles de costura, unas cuarenta cucharillas de alpaca con el escudo municipal de los lugares que visitó con mi padre, que murió hace algo más de nueve años y que procuró vivir como ese pastor galante de porcelana francesa que lleva décadas encapsulado en una campana de cristal: intocado por el aire, intocado por la vida.
>
> Las cosas, tantas cosas: la cubertería de plata que no se usaba nunca, el crucificado de marfil al que rezaba para que le hicieran efecto los medicamentos que guardaba en un pastillero semanal de plástico… Su vestido de novia, de seda ya raída, amarfilada, y una huevera portuguesa en forma de gallina…

> ¿Qué se hace con todo eso?
>
> Lo que cualquiera deja atrás es un batiburrillo caótico que, de repente, ha perdido no sólo su utilidad, sino también, y sobre todo, su carga simbólica de posesión: lo que se queda sin dueño. La utilería desamparada del teatro privado que cada cual se traía consigo mismo.

También encontramos entre sus manuscritos esta especie de tentativa de confesión:

> Todo el mundo guarda dentro de sí algo que nuestro pensamiento ha sentido sin pensarlo, algo que nuestro sentimiento ha pensado sin sentirlo. Algo que, de saberse, nos convertiría de inmediato en aberraciones andantes para los demás, porque toda aberración es exclusiva: esa novela que escribe sobre nuestra piel el rumbo fortuito de la existencia, y cualquier existencia resulta impenetrable para los otros: una especie de cadena narrativa sin ton ni son.
>
> Si no somos capaces de *leer* nuestro pasado, ¿qué va a leer allí nadie?
>
> Por eso la identidad procura sustentarse a partes equilibradas en la exposición y en la ocultación.
>
> Cualquier secreto es eso al fin y al cabo: la herida interna, infectada de silencio.

Imagino que lo coherente sería que este libro se mantuviera como ejemplar único, como una especie de testimonio errante y secreto o como uno de esos libros que Miguel Rancés Olivares imaginó en la Biblioteca Universal de Testimonios Privados: un vertedero decoroso para lo que nunca habrá de ser leído.

A falta de esa biblioteca, me permito enviárselo a usted en su calidad de director del Archivo Municipal, por si a alguien le sirviera alguna vez, de la mano de quién sabe qué azares, para hacerse una idea de cómo fue durante una época la vida en nuestro pueblo a través de estas «estampas narrativas» de tonalidad sepia.

VICENTE RUIZ DE LARA,

de la Real Academia de San Isidoro
de Ciencias, Artes y Letras

2
Tres poemas
de
Miguel Rancés Olivares

publicados en la revista
Los lamentos de Apolo

LOS LAMENTOS
DE
APOLO

REVISTA DE POESÍA

5

EN ESTE NÚMERO

POEMAS

DE

JUAN RUIZ PEÑA * MANUEL RIOS RUIZ * FEDERICO BOBADILLA * JUAN VALENCIA * PILAR PAZ * CABALLERO BONALD * MIGUEL RANCES * FERNANDO QUIÑONES * GITANILLA DEL CARMELO * ANGEL GARCIA LOPEZ *

JEREZ DE LA FRONTERA

1965

Soneto de la noche enemiga

¿De dónde vienes tú, la inesperada
oscuridad que invade mi sentir?
¿De dónde este culpable resurgir
de la sombra temida y más amada?

Yo me busco en la noche y no hallo nada.
Yo me pierdo en la niebla del vivir
para no ser yo mismo, para huir
de mi memoria turbia y repudiada.

Altas fueron las torres del pecado
que escalé con sigilo y en secreto,
en plena madrugada y con temor.

Cada noche un portal y un bar cerrado,
un deambular sin meta y sin objeto
y el simulacro amargo del amor.

(Nº 3, abril-junio de 1964)

Plenilunio

Cuánto brilla la luna, colmada de sí misma,
en esta noche ambigua de un verano indulgente
que ofrece su perdón al alma y la conciencia.
Alta luna de blanco, novia muerta de nieve.

Yo te he visto vagar en mis noches de insomnio
igual que el carruaje que gobierna la muerte.
Yo te he visto ocultarte tras las lívidas nubes
que simulan espectros y dragones celestes.

Gran luna del perdón, dame tú una respuesta
para este no sentir ni penas ni placeres
ni el prodigio del mundo. Háblame, dama errante,
adorno de la noche callada y delincuente.

(Nº 5, enero-marzo de 1965)

Pentagrama

¿En qué idioma nos canta ese pájaro pobre
que no es el ruiseñor de la oda de Keats
ni la alondra de trino matinal que oyó Darío?

Mañana tan sonora en que habla la luz.
Y tanta claridad de repente adornada
por un gorrioncillo que es todo el universo.

(Nº 6, octubre-diciembre de 1966)

3
COLOFÓN

La imaginación literaria de muchos ha dado forma a la monstruosidad, que se resiste a ser un concepto abstracto. De ahí que resulte tan variado el catálogo de monstruos irreales: vampiros sedientos de vida y licántropos enajenados por el plenilunio, gorgonas y dragones con entrañas de fuego, arpías y basiliscos… Un bestiario concebido tal vez para suplir una carencia iconográfica de la realidad y colmarla de prodigios aterradores con lo importado del sueño… o de lo ensoñado.

Pero el caso es que los monstruos verdaderos viven junto a nosotros, visten como nosotros, simulando acatar las convenciones y las leyes, camuflados en el desierto de la multitud. Algunos acaban siendo admirados por la plebe y condecorados por los oligarcas. A veces se les encumbra al sillón solemne de los regidores. Ninguna señal los distingue, ningún estigma. El monstruo lo llevan dentro, y en ese adentro ruge, y malpiensa, y trama.

Sales a la calle y allí están.

Y allí estás también tú, sin saber si eres uno de ellos para ellos.

Una complicidad secreta. Una confabulación tácita.

Y en eso andamos todos, poco más o menos, mientras andamos por aquí.

M.R.O.

La gente
Felipe Benítez Reyes

Primera edición en libro electrónico (EPUB): septiembre, 2025

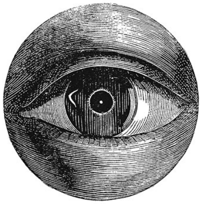
© Felipe Benítez Reyes, 2025
© Fundación José Manuel Lara, 2025
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño y maquetación: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: Collage de F.B.R.
Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ISBN: 978-84-19132-74-1 (EPUB)



La gente
se terminó de convertir
a libro electrónico
en septiembre de 2025,
en Sevilla